

EMILIA

ó

LOS EFECTOS DEL COQUETISMO.

POR

R. EL MUGIENSE.



BUENOS AIRES.

Imprenta de la BOLSA, San Martín Núm. 65.

1862.

EMILIA

6

LOS EFECTOS DEL COQUETISMO.



INTRODUCCION.



La Falsta.



ISTINGUESE con el nombre de coqueta, la mujer inclinada á ocultar las tendencias de su corazon por medio de palabras y gestos, haciendo un estudio particular de todos sus actos exteriores, por manera que la coqueta es una mezcla original de infierno y gloria, de demonio y ángel que nadie puede definir con exactitud.

La imajinacion empero, debe suplantar la carencia de tintes indispensables para fotografiar ese ser voluble é inconstante que comienza á abundar entre nosotros.

Figuraos por un momento una jóven de 18 años, la vista baja, encendidas las mejillas, desojando una hermosa camelia entre sus pequenuelas manos al oír las palabras de un jóven en cuyos ojos brilla esplendente el fuego que encierra su corazón enamorado.

Pues bien; atended las palabras de ambos.

Emilia es el nombre de la que muellemente reclinada en un *tête á tête* parece cada vez mas preocupada de las palabras del jóven que con la verdad del que siente la dice:—hasta cuando quereis torturar mi corazón? ¿no os bastan aun, las mil promesas no cumplidas? . . . ¡Ingrata! juzgad de mi sufrimiento por los latidos del corazón,—y al tomarle la mano imprimió en ella un ardiente beso.

Dos lágrimas asomaron entonces á los ojos de aquella mujer; la ternura de sus miradas y su desfalleciente actitud, hicieron concebir al enamorado mancebo, esperanzas de llegar al colmo de sus ardientes deseos.

Al ver correr aquellas lágrimas, se decia; ¡oh! ella sufre tambien, ella me ama.

Insiste con mas fuerza nuestro jóven en sus demostraciones.

Ella resiste.

Y de esta lucha en que creia aquel salir victorioso, en que le parecia sentir ya los latidos del corazón de su amada confundidos con el suyo, estrechándola para siempre, una palabra de Emilia bastó á desbaratar ese castillejo de ilusiones.

Esa palabra fué la siguiente:--dejadme--continuando

luego, si me amais como decís, recibireis mañana el premio de vuestro amor.

--Gracias, alma de mi alma; con que mañana me haréis feliz ¿cierto?

--Sí, *dandy* mío, mañana, y otro beso fué dado en aquella mano por que deliraba el amante jóven; sellando un amor que debiera hacer felices aquellos corazones nacidos al parecer el uno para el otro.



¡Cuánto tarda lo que se desea!

Los momentos de aquella noche parecíanle años á aquel desgraciado.

En vano pasaron sus horas con algunos pensamientos dulcísimos, en que pareciéndole sentir las pequeñitas manos de su adorada en su rizada cabellera, se perdía en transportes de una ideal felicidad.

Llegó al fin el deseado día.

Vuela á los brazos de su amada, y cuando creía llegado el término de sus pesares, de sus deseos, solo encontró un cruel engaño. Pero bueno será escucharles.

--Aquí estoy, Emilia, esta vida de pesares causados por vuestro desvío, preciso es que cesen; y alargando sus brazos en ademan suplicante continuó diciéndola: permitid que mi corazón acaricie el vuestro.

--¡Imposible! absolutamente imposible, vuestras palabras de ayer me causaron indisposiciones terribles, estoy.... gravemente enferma....

--¿Y cuando debo esperar el término de esta lucha?

—Algún día.

Un movimiento de desagrado se notó en el jóven, que fué inmediatamente comprendido por aquella mujer que se complacía en enloquecerle de amor, y las caricias comenzaron, y un ligero beso dado en la frente del que empezaba á sentir los efectos de la desilusion, bastó á embriagarle de nuevo.

--Por qué os complacéis en mortificarme? ¿No os bastaron mis tormentos? ¿Quereis gozáros mas en mi desventura?..... ¡Basta!..... Ya no os amo.

Estas últimas palabras hicieron su efecto, á juzgar por la vista de Emilia, bañada en lágrimas, capaz en aquel momento de hacer volatilar de amor al hombre mas bien templado.

El jóven la miraba enternecido, y cuando se disponia á enjugar aquellas lágrimas que parecian cristalizadas en una estátua griega, lo contuvo diciéndole: vos no me amais, y por eso comprendo vuestra inconsecuencia.

--¡Ingratal... tocad mi frente, y juzgad por el fuego que encierra de la intensidad de mi amor,.... ¡Os amo hasta el delirio!

--¡Una prueba! exclamó con viveza Emilia.

--La que gustéis, contestó el jóven.

--Venid mañana á la una.

--Está bien, señorita, vendré á esa hora; pero exijo de vos una contestacion leal y franca: ó me haceis el mas feliz de los hombres con vuestro amor, ó de lo contrario, descargad con franqueza ese rudo golpe, sobre el hombre que os adora.



Jorje de Leon era el desgraciado que sin brújula se habia lanzado á navegar en ese mar de incertidumbres, y sin cuidarse de los escollos en que podia zozobrar su corazon, confió su incierto rumbo á la esperanza.

Fronto desapareció esta.

A la hora indicada del siguiente dia fué á la cita convenida; pero no fué posible decirle nada al objeto de sus ansias.

Estrañó nuevas visitas en la casa, bullicio de criadas que llevan encajes, cintas y muestras de géneros.

Se hablaba de modas, y Emilia estaba completamente entregada á los figurines que la habian llevado.

La madre de esta se dirigió á Jorje radiante de alegría diciéndole: sabeis que nuestra Emilia se casa? supongo que ella..... y señaló á su hija con un gesto de satisfaccion.

--Nada sabia, señora, contestó aquel inmutándose; pero..... ¿hay algo de realidad?

--Sí, contestó Emilia con viveza, sin apartar la vista de los figurines que hacia pasar uno tras otro--nada os habia dicho, continuó; porque no se sabia aun la decision de papá; él no queria ceder, prestando que vos érais mas digno de un nombre, que os ama como un hijo--¡qué se yo que mas? Pero al fin, mamá le convenció y quedó todo arreglado,

--¿Y quién es el feliz de vuestra preferencia? preguntó Jorje con una sonrisa amarga y burlona á la vez.

--Vos le conocéis, contestó la señora, llámase Don Agapito, hombre muy conocido, muy rico, y... ya veis.... mi

querido Jorge, que una debe mirar siempre, lo que mas conviene.

--Es muy cierto, señora, repitió Jorge, en este tiempo de repugnante mefitismo, el dinero sirve admirablemente, sin él, ¿como comprar esencias preservativas?

Momentos despues, despedíase este cortesmente, y con más disimulo en el rostro que calma en el corazon, recibió aquel choque tan fatal como bárbaro para su alma enamorada.

Acabamos de presentar los dos tipos mas interesantes de esta novela; tócanos ahora seguirlos en las distintas peripecias que forman su vida.



PESARES Y PLACERES.

CAPÍTULO I.



RA un día de Febrero de 1853.

El sol se asomaba en el oriente para visitar en sus infaltables horas de cita, la estensa ciudad de Buenos Aires.

La antigua virreina, parecia querer sorprender los primeros rayos de su vivida luz, en las muchas y elevadas tor-

res de sus magníficos templos.

La cúpula del convento de San Francisco, ostentaba tambien su frente orgullosa á despecho del arte, y las laterales que le sirven de único apoyo, parecian burlarse del tiempo, contra el cual ninguna precaucion tomó, el que trazó aquella obra tan atrevida como hermosa.

Nadie puede fijar su vista al espacioso y elevado muro que dá al poniente, sin que se sienta poseído de una especie de austeridad franciscana.

Focos son los que pasan por su larga vereda, sin que al menor ruido, no crean en la posibilidad de que aquella inmensa mole esté á pique de desplomarse, de modo que parece hecha con el doble objeto de recordar á los fieles transeuntes, que la muerte puede sorprenderles en la plenitud de su salud, en lo mejor de sus negocios, ó en medio de las mas doradas ilusiones de la vida.

Bien quisiéramos detenernos en demostrar las bellezas de ese templo, el mas hermoso quizá, que posee Buenos Aires, pero necesitamos ir á la calle de Méjico donde parece que algo ocurre.

Efectivamente, varios caballos y dos volantas, están á la puerta de una casa de modesta fachada que se distingue con el núm. 83, frente á la que habia dos grupos de curiosos.

A uno de esos grupos acercóse un jóven á quien impusieron que Don Jorge de Leon, á consecuencia de unos amores desgraciados, se habia suicidado.

¡Infeliz! exclamó aquel apresurando el paso con direccion á la indicada casa.

A su entrada quisieron detenerle por haberlo asi ordenado los facultativos, pero él no hizo caso--*quiero verle*, dijo con tono imperativo, y se internó al dormitorio de Jorge.

Horrible fué el espectáculo que se presentó á su vista; las cárdenas facciones de su jóven amigo, revelaban el efecto repugnante de un atentado afrentoso.

No daba aun esperanzas de vida.

Momentos despues, tenian los médicos el convencimiento de que el esceso de la dosis habia hecho un efecto contrario al que se habia propuesto el suicida, que arrojaba de su estómago la pocion del letal veneno que no habia podido contener.

Un antidoto oportunamente aplicado, dió el resultado prometido; y un sueño apacible coronó mas tarde los esfuerzos de la ciencia.

En este estado le dejaron con el convencimiento de habersele salvado.

No se equivocaron en efecto, porque horas despues, pasaba un calmante que el médico de cabecera le hacia sorber cuidadosamente.

Bajo las almohadas de su cama habia varios papeles, entre ellos estaban dos cartas cerradas; el sobre de una, era dirigida á Don Armindo Diaz, el de la otra á Emilia, concebida en estos términos:

“Señorita:

“Sé que debeis desposaros hoy á las siete.

“Cuando estéis llenando de caricias al que debe ser vuestro esposo, sorprendedle con una rístonada, diciéndole:—Un pobre loco acaba de matarse por mí.

“Así será completo para vos el dia.

“En este momento supremo de mi vida, perdono á la causante de un crimen, como deseo el perdon de mi Dios para el desgraciado que lo comete.

“Señorita, sed feliz.”

Los papeles fueron cuidadosamente guardados en una

gaveta de su escritorio, menos esta carta que con la de su título, guardó Armindo, que era el mismo que tan solícito hemos visto entrar para velar por la salud de su desgraciado amigo.

Los médicos, despues de darse una cita para la noche, partieron en opuestas direcciones.

El reloj de Cabildo, señalaba las ocho de la mañana y un distinto acompañamiento se dirigia *al Colegio*.

Una elegante carretela abria el paso con una velocidad extraordinaria, sin que por eso el engalonado cochero dejára de mover el látigo para producir los chasquidos que tanto divierten á los grandes señores, por mas que no pasen de ser unos pobres hombres.

Tras ella, y á igual carrera seguian cuatro coches mas.

Una lucidísima concurrencia bajó en el átrio con direccion al templo.

Momentos despues, un sacerdote cristiano bendecia para siempre la union de dos esposos.

Eran Emilia y Don Agapito Nolasco, individuo que poco debia á la hermosura y al talento, pero en cambio, poseía ricas posesiones de campo, que aseguraban un brillante porvenir, á la que solo el vil interés, habia hecho cometer una infame accion, con el mas leal y el mas digno de sus adoradores.



RECONVENCION OPORTUNA.

CAPÍTULO II.



DEJEMOS gozar á los desposados en los primeros dias de LA LUNA DE miel, no interrumpamos á Don Agapito que está prodigando a la que es hoy su esposa las caricias mas ardientes, por mas que ellas se resientan del que no está habituado á calzar guantes.

Dejemos que Emilia apure la fascinadora copa de himenéo, hasta que la realidad le demuestre que no son el dinero ni los goces materiales, lo que hacen feliz al hombre, en este mundo corrompido de miserias.

Volvamos á la casa de la calle de Méjico.

Al llegar Armindo allí, un criado le anunció lleno de regocijo que Jorge mejoraba y descaba verle.

Entró al momento, y aquel que dos meses antes parecía un cadáver, le presentó sus brazos estrechándole fuertemente.

--¿Cómo estás de salud, Jorge? preguntóle.

--Estoy bueno ya, amigo mio, pero en mí hay dos fuerzas que luchan, el corazon quiere morir porque está enfermo, y mi organizacion de roble no lo consiente.

--Tu corazon Jorje, está enfermo por una pasion indigna, que te colocó en la vil situacion del asesino, algo peor, porque has pretendido quitar una vida que no te pertenece, una vida, que te está mandado conservar aun á costa de la del que pretendiese arrebatártela, de modo que es un doble crimen al del asesino. El suicidio, Jorje, es un mónstruo espantoso que devora al mismo que lo enjendra, se ha dicho con razon que es el hijo mas feo y horrible de la desesperacion, y..... francamente, solo puede cometerlo un ser cuya cobardia repugna, ó el desgraciado que poniendo en duda la existencia de Dios, cree que nada hay mas allá de la tumba, y en ámbos casos, esos séres perturban la armonia sublime del Universo avergonzando la humanidad que les llama réprobos.

Jorge sintió el peso de esta reconvenccion. Su vista estaba fija en el suelo y dos gruesas lágrimas se desprendieron de sus ojos.

Armindo quiso continuar, pero comprendió cuanto martirizaba á su amigo, pintando con los colores verdaderos el horrendo crimen que habia intentado.

Por otra parte, aquellas lágrimas y su silencio, hablaban demasiado en favor de su arrepentimiento sincero, y por eso abandonando la seriedad y el tono con que antes pronunciara sus palabras, continuó diciéndole:--no hallas una disculpa, Jorje mio, sigues callado, pero en tu semblante y en esas lágrimas, veo que has comprendido tu error; y eso, me basta.

--¡Disculpa! puede haberla acaso para el suicida? dijo entre sollozos Jorje.

--Si, la hay; querido amigo mio, la hay; y mi amistad se encarga de buscarla. Tú, cuya alma conozco, no has podido tomar tan criminal determinacion sin que la sana razon te haya abandonado en un momento desgraciado.

--No sé lo que hice, Armindo, te lo juro, ¿por qué debía yo atentar contra una vida que al fin no podrá resistir á la perfidia de esa mujer?

--Eres un niño, amigo mio; muerto tú ¿podrás servir-la en sus desgracias? pues bien, tu venganza debe ser el colmo de los beneficios que la hagas.

--No lo creas, insistió Jorje, ella será feliz por que le falta el corazon.

--¡Quiá! de rodillas, tendrá que pedirte quizá una prueba de tu pasado amor, y entonces, desprecia á la coqueta haciéndole apurar la hiel de su alma.

--¡Despreciarla!... imposible: la amé como un furioso, pero la odiaré eternamente.

--Aprensiones de niño, ella se casó ya, y no debemos pensar mas que en tu salud.

--Se casó ya?

--Hace dos meses.

--Y qué día es hoy, Armindo?

--El veinte de abril; dos meses justos en que por un capricho quisiste insultar á Dios, abandonar tu patria y rechazar á tus amigos.

--¡Ah! perdóname, Armindo mio; perdóname. Y dando de suelta de nuevo á sus lágrimas le estrechò entre sus brazos diciéndole: fuí un loco!, un pobre loco! Pero ella ¿habrá sabido el hecho?

--Y quién pudo decirselo?

--Una carta.... y Jorge buscó algo debajo de las almohadas de su cama; pero Armindo lo interrumpió diciéndole: esa carta está aquí, y se la mostró sacándola de su bolsillo.

--¡Gracias, amigo mio. Y tomándola entre sus manos exclamó: ¡salvemios al ménos el ridículo! Y en aquel momento fué reducida á cenizas.

--Mujer infame! dijo despues, y su rostro pálido y abatido, recobró en aquel momento el vigor de la salud, notándose una reaccion visible.

Su vista trocóse amenazante, y en su mirar fijo habia una mezcla de dignidad y energia admirables.

Era el mismo Jorge... el leal mancebo despreciado por la coqueta.... el hombre en fin traicionado por el objeto mas querido de su corazon, por la mujer de sus ensueños, que creia pura como la azucena, no siendo mas que un tallo de punzante espinillo.

Su primer paso fué dirigir á Emilia una esquila, y en sus terminos concisos demostraba el estado de su alma.

Reduciase á estas pocas palabras:

“Señora: Os felicito por vuestro nuevo estado, y deseo seais mas consecuente en él, que lo que fuisteis con vuestro pobre-JORJE.”

Armindo se encargó de la direccion de esta esquela.



Emilia.

ASTIO Y CELOS.

CAPÍTULO III.



SETE meses habían pasado desde el casamiento de Emilia, sin que á esta se le hubiese presentado la ocasion de burlarse de alguno.

Su carácter ligero, necesitaba distraerle con frivolidades, chismes y lances amorosos, donde pudiera

campear su ardiente imaginacion.

En su nuevo estado, habia algo de prosáico y monótono con que no podia conformarse, y por D. Agapito sentía ya un fastidio inesplicable.

Mientras que este, creía complacer á su esposa con demostraciones ridículas del mas ardiente amor, demostraciones que cansan el alma mas vigorosa, si ellas no parten de un ser amado.

Y cuanto mas la acariciaba, mas alejaba de sí aquel ser veleidoso y susceptible, semejante en algo á las mariposas que necesitan volar de flor en flor para estraer la miel con que se alimentan.

Su fastidio por D. Agapito, aumentaba de dia en dia, y el llegó á comprenderlo.

Desde entonces, aquel hombre tan estremadamente amable, dejó de serlo, por sentir herido su amor propio de esposo, llegando al extremo de dudar de la fidelidad de Emilia,

Don Agapito era tan rudo como franco, y no pudo disimular por mucho tiempo su desagrado, á punto de decirle, escuchadme, señora: estoy convencido de que amais mas al dinero que poseo, para saciar vuestros caprichos y tontadas, que á mi; asi es que estoy resuelto..... á....,

-¿A qué? concludid por Dios, porque en vuestro rostro hay algo de siniestro que me aterroriza, exclamó Emilia.

-Sí, señora; hay algo mas de siniestro de lo que creéis, no os equivocais á fé; y estas palabras las acompañaba don Agapito con un movimiento de cabeza amenazante.

Emilia se asustó.

-Don Agapito continuó con imponente calma, sabed, pues, que estoy acostumbrado á degollar corderos y el mas ruin de ellos, me habrá dado menos pesar, si como temo... y enpuñó un pequeño puñal de plata que acostumbraba llevar siempre en su cintura.

—¡Que horror! exclamó Emilia cayendo desvanecida sobre un sofá.

Don Agapito, seguía inalterable mirando las columnas de humo producidas por su cigarrillo de papel, pero un golpe del llamador en la puerta, le hizo salir de esa especie de estoicismo en que se hallaba.

—Adelante, exclamó con estentórea voz, dirigiéndose á la puerta, y eu ella recibió una carta dirigida á su esposa.

La abrió, en seguida y se puso de su contenido.

Era la carta de Jorge que llegaba en malhora, quedando Don Agapito en posesion de un secreto de la vida de Emilia, aumentando asi sus desconfianzas y celos.

Vuelto á la sala, y restablecida aquella de su pasajero desmayo, la miró con todo el desprecio que inspira la muger cometiendo una accion indigna, y con la acritud de un salvaje la dijo, vosotras las mugeres sois cual *mancarrones mañeros*, necesitais de *rebenque* para *haceros de buen andar*.

Emilia se puso de pié, sus negros y rasgados ojos jamás ostentaron dignidad tanta, nunca muger alguna tomó una actitud mas imponente y bella, y alzandó su contorneado y alabastrino brazo exclamó: ea villano ¿respetad á la muger sino á la esposa, y vuestro language de taberna usadlo con quien quiera participar de vuestro torpe proceder.

Don Agapito se encogió de hombros y en ademan del mas alto desprecio arrojó al rostro de aquella el billete que acababan de entregarle, y dando vuelta la espalda se dirijió á la habitacion inmediata.

DIFICULTAD VENCIDA.

CAPÍTULO IV.



UISIERAMOS en este momento poseer la imaginación de Vicetto, comprender y pintar con la maestría del célebre novelista galáico, las facciones torbas y contraindas del que desposado meses antes, se creía miserablemente traicionado por una esposa que amaba.

Entonces, mostraríamos también en las de la coqueta, la honda lucha que sufría su corazón.

Ella, que tuvo el valor suficiente momentos antes, de arrojar á la frente de su esposo las groseras palabras que la dirigió, al pasar la vista por aquel billete, al ver la firma

del que creía gravemente enfermo, todo su ser, toda su vida había cesado.

Su corazón no latía, por su cabeza no pasaba una idea que la hiciera salir de aquella situación difícil.

La que tan abundantes ideas ponía en juego para apaciguar á unos, enojar á otros, y aparentar con todos un amor real, la coqueta en fin, dejaba de serlo en ese momento.

Ella se decía, soy inocente, partiendo de la falsa creencia que la misión de la mujer es inspirar amor aun á aquellos por quienes tienen un aborrecimiento positivo.

Se creía inocente, porque nadie podía enrostrarla uno de esos actos que colocan la mujer al nivel de una mercancía cualquiera.

Pero Emilia no había salvado las apariencias, por el contrario, le eran adversas.

¿Cómo persuadir al esposo?

¿Cómo ocultar el escándalo de Jorge, del cual se habían ocupado todos?

Verdad es, que nadie había publicado el nombre de la infiel; pero ese billete había venido á revelarlo todo.

Por otra parte, la idea de humillarse al hombre de quien acababa de recibir un ultraje grosero, la hacía preferir con la muerte.

¡Pobre Emilia!

Era la vez primera que su imaginación se remontaba á la espantosa región de la muerte trágica, exagerando tanto el peligro, que al ver entrar de nuevo á su esposo en la sala, no pudo contener un ¡ay! lastimero, que pareció repercutir en aquel corazón al parecer insensible.

El se acercó á Emilia con la imponente seriedad del que es dueño y se le falta de un modo traidor y miserable.

Baja la vista, y con la pausa del que quiere ser atentamente escuchado le dijo,--señora, entre nosotros hay ya un abismo, y nuestra union es imposible, hace apenas siete meses que nos hemos casado, y mi casa estuvo á riesgo de ser un cementerio, me es necesario el aire libre de la pampa, y lo mejor de este negocio es, separarnos para siempre.

Emilia solo contestaba con lágrimas.

--Don Agapito continuó, no me olvidaré jamás de los consejos de un amigo al venir de la *estancia*, me parece estarle oyendo todavía, amigo Agapito me decia, *al potro y á la mujer buscadlos por la cría*, y sin embargo ¡vive Dios! me enlodace foamente.

--¡Oh! prorumpió Emilia dando suelta á sus sollozos; ¿qué teneis que decir de mí ó los míos? crecis por ventura haber descendido con haberos enlazado á la honrada familia de Mendoza? estais en el mas craso error.

Yo no tengo la culpa, señor mio, de que un hombre me ame con delirio á extremo de dirigirme una esquela, ¿hay en esto un crimen?

Acostumbrada á oír galanteos diarios, ni me fijé siquiera en los que me dirigía ese jóven desgraciado que llegué á confundir con el cúmulo de adoradores que me fastidiaban, confieso que es el único por quien tenia algunas simpatias, pero era debido á su elegante porte, por que debo advertiros de paso, que es un cumplido caballero.

Estas últimas palabras no agrædaron mucho al celoso esposo; pero él aunaba cuanto le era posible á Emilia y en

su rostro brillaba tan pura la verdad al espresarse, que sirvió en cierto modo á antidotar un herido corazón.

Hubo entre ámbos una pausa consoladora.

Un hondo suspiro escapó despues del pecho de Don Agapito y oprimiendo entre las suyas una mano de Emilia, la dijo: ¡ahl... ¡si me convencierais de vuestra pureza!

-Fácil es, contestó ella,

-¿De qué modo, señora?

-Sencillamente.

-¡Oh! hablad, os lo suplico.

-Le hago llamar en este momento, vos nos escuchais sin temor de ser visto desde aquella habitacion, señalando la inmediata, y asi juzgareis mejor de nuestros pasados amores.

-¡Magnifico! Emilia mia, muy bien, perfectamente, y Don Agapito restregaba sus manos gozosisimo.

Emilia agitó una campanilla, y la criada se presentó á recibir órdenes, mientras ella trazaba la siguiente carta.

“Muy señor mio:

“Os suplico paseis por esta vuestra casa lo mas pronto que os sea posible.

“Mi esposo, se fué al campo, y es dificil que pueda volver hasta mañana.

“Sed bueno, como lo habeis sido siempre con vuestra sincera amiga:

“EMILIA.”

Presentó á Don Agapito la carta, y despues de leerla, le prometió encargando á la conductora la mayor reserva.

La escena habia cambiado totalmente.

Mientras Don Agapito seguia satisfechõ restregándose las manos, su esposa se habia puesto tan séria como un agente de negocios, en el acto de exigir el pago de un crédito dudoso.



CONSUELO Y ESPERANZA.

CAPÍTULO V.



JORJE mejoraba, y gracias á su buen amigo, salía con frecuencia á los diversos paseos que aquel procuraba proporcionarle.

En ellos hacia Armino lo posible por disipar un amor que podía ser aun funesto, por mas que Jorje se esforzára en disimular

sus pasados tormentos.

Es que cuando se aína por primera vez, las demostraciones exteriores son menos vivas, porque el mal se ahonda en el corazon del que lo padece, á estremo de embargarle

la voz y privarle otros pensamientos que no sean el objeto amado.

Por eso cuando el amor es legítimo ó verdadero, el corazón se llena de un respetuoso temor al acercarse al objeto amado.

La mujer que llegára á comprender ese amor, haria del que lo posee un héroe, como suelen hacer á veces un criminal; pero cuando la mujer tiene gastado el corazón lejos de interesarle, le causa risa el respetuoso culto que se la prodiga.

Es muy frecuente, el agrado con que miran al hombre que reuna á la audacia, movimientos y ademanes desenvueltos, espresando en alta voz su amor por mas que sea fingido.

Jorje, no poseia ninguna de estas calidades, por que ellas pertenecen á los que están habituados á la escuela del engaño.

Siendo un amante, no podia ser un seductor.

Y por eso le eran insufribles los recuerdos de su pasado amor.

Ardia en deseos de vengar aquellos desdenes, pero como lo hacen los que en algo se estiman, esto es, haciéndose digno á la vista de Emilia, queria en fin que esta le amára, como la habia él amado, para que participára en algo del amargo brevaje que en su desilusion estaba apurando.

Armindo se esforzaba en alimentarle esa esperanza, remota acaso, pero esperanza al fin que hace deseable la vida.

El tiempo, esa carcoma de la humanidad que hace variar al hombre de ideas, de gustos y hasta de figura, ese

reloj eterno que nos obliga caminar siempre hácia el fin, consigue que olvidemos frecuentemente los objetos con que hemos tropezado al comienzo ó promedio de la jornada.

El tiempo, era pues, el mejor bálsamo que podia Armindo aplicar á la honda llaga del corazon de Jorje, y este le decia algunas veces, no te alucines, Armindo mio, su esposo es rico, ella no me amó jamás, y al verme quizá arroje una mirada de desprecio.

--Y bien, replicaba aquel, tú debes recoger con otro desprecio esa mirada; lejos de manifestar en tu rostro el resentimiento del alma, afecta la mayor satisfaccion en saludarla, hasta que llegue á dudar del desagrado que te causó su enlace.

--Es que ni ese caso llegará; no la ví desde su criminal matrimonio; pero no, no hay en ese enlace un crimen... ¿habia yo acaso coseguido su amor?... jamás pronunciaron un *sí* sus labios ponzoñosos.

--Para amar, se necesita acaso decirlo, Jorje? ¿Que son sinó, esas palabras de *dandy mio* con que te fascinaba? ¿A qué las continuadas citas para darte esas flores que aun conservas marchitas? eso es lo que indica un amor verdadero; si fué falso, cometió un crimen y ¿sabes el castigo reservado á la mujer que engaña?... el desprecio.....

Un criado entró en ese momento con una carta que entregó á Jorje.

Al abrirla se inmutó.

--Quién ha traído esta carta? preguntó al criado.

--Una sirvienta, que dice ser urgente la contestacion.

--Díle que pasará por su casa.

El criado desapareció.

--Jorge miró á Armindo.

--¿Qué pasa? preguntó este.

--La culebra, Armindo mio, que asoma de nuevo su negra cabeza, y alargó á aquel la carta que acababa de recibir.

Armindo leía la carta de Emilia, y con una sonrisa llena de satisfacción le preguntó:--y ahora que piensas?

--No verla, despreciarla.

--¿Cómo? espílicate amigo mio, ¿no eras tú el que hablabas de desprecios momentos antes?

--Sí, pero esos desprecios deben ser solemnes; véte ahora mismo á su casa, y si sigue en demostraciones amorosas, entonces, dile que solo pisaste el dintel del crimen cuando su péfida mano te guiaba; házle comprender sus deberes de esposa, y déjala inmediatamente.

--Muy bien, Armindo; me has convencido.

Pero la verdad era otra.

Jorje ansiaba por ver á Emilia, porque el amor no se disipa con unos cuantos consejos.

Otros debieran ser los medios de hacerle desaparecer totalmente.



TARDIO ARREPENTIMIENTO.

CAPÍTULO VI.



tan diversos eran los pensamientos que bullian en la mente de Emilia.

Ella llegó á conven-erse en ese momento que amaba á Jorge por que su corazon latia con mas fuerza y se sentia trémula á la sola idea de verle de un momento á otro.

Mientras pensaba en los medios de sincerarse con su esposo; comprendia que esa dura prueba la desviaba para siempre de su antiguo amante.

Esta idea la mortificaba.

La criada se presentó dando cuenta de su cometido, y anunció á Emilia la venida de Jorje.

Su semblante palideció á este anuncio, pero hizo lo posible por disimular su turbacion, y tomando uno de los varios frascos de cristal de roca que tenia sobre su mesa, humedeció su pañuelo en una esquisita esencia que aplicó á sus sienes cuidadosamente, aspirando despues su aromático perfume.

Was tarde, anunciaron la llegada de Jorje.

Emilia se sentó precipitadamente en uno de los sillones, haciéndole entrar en el salon donde le aguardaba.

Al verle palideció de nuevo, y como maquinalmente le hizo un ademan hácia un elegante confidente que estaba tocando su asiento, diciéndole con voz entrecortada,--sentáos; os lo suplico.

Jorje se mantubo de pié, y despues de una inclinacion elegante la contestó,--perdonad; no acostumbro tomar asiento en casa alguna, sin antes haber saludado á su dueño.... ¿estáis buena?... veo que os sienta admirablemente vuestro nuevo estado, supongo señora, que sois muy feliz.

Emilia bajó la vista, é insistió de nuevo para que se sentára.

--Os obedezco señora, y haciendo Jorje una nueva inclinacion se sentó en el confidente indicado.

Hubo un momento de silencio que Emilia interrumpió tomando una actitud imperiosa, y diciéndole,--os hice llamar para preguntaros quien os autorizó á dirigirme una esquila.

-Mi sincera amistad, contestó Jorge.

-Si vuestra amistad fuese sincera como decís, no me hubiérais espuesto á un desagrado con mi esposo, ¿sabéis lo que pudo costarme vuestra audacia?

-¿Y á que os espuso, señora? dijo Jorge lleno de turbación.

-A que se crea señor mio, que entre nosotros mediaron íntimas relaciones amorosas, mientras que lo que hubo en realidad, no pasó de.... cambio de palabras mas ó menos amorosas.... pero que nunca pasaron de palabras de niños.

Jorge estaba atónito, no solo por las últimas palabras de Emilia, sino por la altivez arrogante con que las proferia; pero saliendo al fin de su momentáneo estupor la contestó asombrado—cierto, señora.... nada existió entre nosotros de que podais avergonzaros, pero esas palabras de niños de que me hablais, he creído que os las dictára el corazon, por ellas, os amé con delirio; vos acariciásteis de un modo pérfido ese amor, yo lo he creído sincero, señora, y al sufrir un cruel desengaño, sentí envenenada el alma, por lo demas, os protesto á fé, que os amo todavia, de un modo diverso; sí, porque entonces amé al ángel, amé á la hermosa, y hoy.... hoy, amo á la maestra.

Emilia respiró.

Su principal objeto se había llenado, solo le faltaba conservar el corazon de Jorge y por eso le preguntó—¿qué queréis decir en eso de amar á la maestra?

-Que me habeis dado una magnífica leccion de lo que es la mujer, y esa leccion no se me olvidará facilmente.

-Y eso en resúmen, importa decir que me odiais.

--No lo sé, señora; sé que os he amado, pero vos no sois ya aquella que antes miraba enamorado.

--¿Estoy muy fea? y á esta sarcástica pregunta, dejó escapar Emilia una risotada insultante que llenó de ira y desprecio el noble rostro de Jorje, que no podia concebir tanto cinisimo

--¡Si estais fea? no por Dios, ¡nunca habeis estado mas hermosa! al menos.... francamente.... hay en vos, mas verdad ahora.

--Y por qué no conocisteis antes la mentira? dijo Emilia algo picada.

--¡Ah! vos abusais; y Jorje no pudo ocultar á estas palabras un movimiento de furor, vuestra cita, fué con el objeto de burlaros; pues escuchadme, sois una coqueta insustancial, y con un corazon gastado en la edad de las ilusiones, no podeis hacer la felicidad de nadie.... compadezco á vuestro esposo.

Emilia iba á contestarle de un modo digno, pero en ese momento entró en el salon Don Agapito mirando á Jorje del modo mas insolente.

Esto desconcertó completamente á Emilia.

Jorje contubo las miradas del recién entrado con el mas alto desprecio, y sin moverse de su asiento, clavó en Emilia su vista con dignidad tanta, que la obligó á bajar la suya sin poder contener el rubor de que era víctima en aquel momento.

--¿Qué os trae á esta casa, señor mio? preguntó Don Agapito.

Emilia le interrumpió diciendo, le hice llamar yo, por

que es un antiguo amigo de mi casa y deseaba presentároslo.

--Y quién es este caballero?

--Es el señor don.... y no alcanzó á nombrarle porque Jorje se lo privó diciendo--perdonad, señora; nadie mejor que yo sabe mi nombre, y levantándose de su asiento, tomó su sombrero, hizo una inclinacion respetuosa y se dirigió á la puérta con una calma imponente.

Emilia lo seguia con su vista, notando la superioridad de aquel jóven tan digno como desgraciado, y la sola idea de que él hubiera comprendido el lazo traider en que acababa de envolverle, la mortificaba, devorándola un interior remordimiento, por mas que hubiese llenado cumplidamente su objeto.

Cuanto daria por abrazarle y jugarle como en otros tiempos con los nitidos y rizados cabellos de su *dandy* favorito, pero.... era ya tarde.

Media la distancia de Jorje á su esposo, y el paragon torturaba su amor propio horriblemente.

¡Cuánta dignidad al despedirse!

¡Qué diferente el lenguaje!

Y maldijo interiormente el momento en que habia unido su suerte á la de Don Agapito, mientras este, la miraba enternecido por el convencimiento de su pureza.



EL ROMPIMIENTO.

CAPÍTULO VII



UANDO un esposo duda y se convence de la injusticia de sus sospechas, el amor se aumenta en proporcion al odio con que su corazón se agitó por ellas.

Peró la muger en triunfo es casi siempre vengativa, y Emilia habia triunfado completamente del esposo.

Este, con el entusiasmo de un niño tomó entre sus manos una de Emilia que besaba ardientemente. y le decía---¡qué feliz soy! ¡Emilia, sois un ángel!

Pero ella retiró la mano, contestándole: --escusad galanteos, no los quiero de un hombre que me parangonó con potros, y que habla de corderos y degüellos; hace pocas horas, que me proponiais separacion, pues bien: ahora, lo exijo yo, como condicion indispensable.

—Eso pasó ya, Emilia mia, perdonadme.

—No; el hombre que no respeta á la muger de quien está enamorado, menos respetará la muger por quien no tendra ilusion mas tarde.

—¡Qué cruel sois! *hechadle tierra* á este negocio, lo *pasado pisado*; conozo que fui un imprudente, pero.... y se abalanzó á ella estrechándola con delirante frenesi.

—Dejadme! gritó Emilia, ú os exponéis á un escándalo.

—¡Por Dios! Emilia.

—*¡Hoy mismo!* ¿lo ois? hoy mismo, quiero separarme de vos.

—¡Señora!

—¡Caballero!

Y toda la fiereza de Don Agapito, fué incapaz en esta ocasion de privar que Emilia fuese á su tocador, y se pusiera en traje de paseo.

Tentó una vez mas ablandar á su altiva esposa; pero ella ni se dignaba contestarle.

Nada quiso, coche, criados, esposo para acompañarla, todo dejaba de pertenecerle, desde que su resolucion era indeclinable segun sus mismas palabras.

—Ved que es una vergüenza para todos, decia Don Agapito siguiéndola, ¿qué dirán nuestros relacionados? ¿nuestros amigos, qué dirán?

--¿Qué me importa? contestaba Emilia. . .

--¡s que soy vuestro esposo, señora, dijo entonces recordando su autoridad.

--¡Eal dadme paso, nada sois mio, como tampoco quiero ser nada vuestro, y dirijiéndose á la puerta, tomó el camino de la de sus padres.

Habia apenas caminado tres cuadras y llamóle la atencion una hermosa carretela verde parada en medio de la calle.

Tres señoritas estaban en ella, haciéndose notable una por el tierno afecto con que hablaba á un esbelto jóven con quien tenia entrelazada su mano.

La gravedad del uno, y las espresivas demostraciones del grupo encantador por aquel, la hicieron mirar.

Era Jorge á quien habian hecho parar en la calle por el gusto de tener con el, algunos momentos de conversacion probablemente.

Conoció en seguida á la que mas se insinuaba, que en otros tiempos habia creido una temible rival, y cediendo á un deber de etiqueta la saludò con un movimiento de cabeza al pasar, y aquella, ya fuese por distraccion ó por chocarla, ningun caso la hizo dejando sin devolucion el saludo . . .

¡Un desaire! se dijo interiormente Emilia

A los pocos pasos, el ruido de la carretela anunciado por el chasquido del látigo, la hizo comprender que se movia; mira de nuevo y Jorge habia subido acompañándolas en su paseo.

El despecho, los zelos, la rabia, embargábanle el paso .

El ruido era ya lejano, volvió á mirar para saber la dirección de las alegres paseantes; pero su vista tropezó á pocos pasos con Don Agapito que la ofrecia sumisamente el brazo.

Ella lo rechazó imprudentemente publicando así el desacuerdo en que se hallaba con su esposo.

Este soló hecho bastó para que horas después asegurasen unos, que le habia sido infiel, otros que la habia sorprendido con Jorge en criminales devaneos, y cada cual aumentaba algo á ese proceso terrible, que suele formarse contra algún desgraciado, por esa chismografía de barrio tan vil como detestable.

La niña mimada; el objeto de admiracion de la juventud elegante, la reina del amor, como algunos la habian calificado: comenzó á sentir el derrumbe de su ilusorio trono desde el cual, imperaba despóticamente sobre el corazon de sus muchos adoradores.

Ella, que habia hecho rendir de amor á los que se jactaban de tener gastadas sus ilusiones; ella, cuya imaginacion viva y oportuna, jamás habia encontrado trabas para caminar siempre adorada en medio de las intrigas amorosas, la que desafiaba las contrariedades por el gusto de burlarse de todo; ella se sentia desfallecer, flaqueaban sus fuerzas.

¡Casada! decia interiormente, y es á esto ¿á lo que las mujeres llaman felicidad?

Mucho sufría esa muger vana, ese dia le fué fatal; insultos, desaires, zelos, habia recogido su corazon y en su cabeza germinaba la idea de una reparacion vengadora.

Si nos fuese posible pintar con precision los sentimien-

tos diversos que se chocaban en aquella alma, si pudiésemos penetrar en los misteriosos arcanos del pensamiento, mostraríamos el de esta desgraciada en un estado amenazador, como las rompientes del mar cántabro en deshecha borrasca.

Pero.... ¿á qué ir tan lejos?

LOS CUERPOS



EL HOGAR PATERNO.

CAPÍTULO VIII.



El que haya visto el Rio de la Plata desde sus riberas en alguna noche de estío, en que la luna le trasmite sus plateados tintes; se habrá sentido misteriosamente enagenado por las suaves y aromáticas brisas, hácia el límpido cielo que lo cubre, deseoso de encontrar á aquel supremo ser á quien se deben tantas bellezas, tan inexplicable armonía, á aquel ser inteligente ante el cual, tiene el hombre que prostrarse humillado.

Ese inmenso caudal argentado que la humanidad ente-

ra sería incapaz de mover, esa agua cristalina que os convida con tiernas caricias al llegar á vuestros pies y cuyo murmullo parece la sonrisa de juguetonas náyades; miradle en una noche tormentosa y su imponente ira os hará temblar.

Rara vez hay en él un temporal sin que os sintáis sobrecojidos de temor por los desgraciados marinos que le confiaran su vida.

Rara vez hay una borrasca, sin que el bramador y revuelto rio, no ostente los despojos de sus innumerables victimas, y entonces; si no habeis tenido nunca una idea de la ira de Dios, sino creéis en el infierno porque no puede concebirlo la pequenez del hombre, miradle en una de esas noches, y os hallareis delante de vuestra miseria, de vuestro nada.

Este cuadro trazado á grandes rasgos del Rio de la Plata, es el mas aproximado que pudiéramos presentar de Emilia.

Meses antes, parecia un angel cuyas álas de mil brillantes colores os fascinaban; y hoy, esa misma mujer se asemejaba á una rabiosa tigre que sintiéndose enredada en el lazo que la tendieron, lucha con impetuosa ferocidad contra cuanto se le opone.

Unos cuantos dias de mundo en que quiso caminar dando suelta á sus livianos instintos, bastaron á hacerle conocer las venenosas espinas que se encuentran en su camino; si un corazon puro no le guia.

Pero acompañémosla á entrar en la casa de sus padres, que por angosta que parezca, están bien en ella los que bajo su techo recuerdan que fueron el objeto de los mas tiernos cuidados y del mas santo amor.

El antiguo dormitorio de Emilia se conservaba esmeradamente aseado, en nada había variado su antiguo ajuar, el mismo costurero, el mismo espejo, la misma mesita de luz al lado de su elegante y bruñida cama de bronce, todo lo hallaba como el mismo día en que lo había dejado.

Al entrar en aquel pequeño y bien entapizado gabinete, dió suelta á sus lágrimas que momentos antes parecía ahogarlas.

—Aquí, madre mía, aquí es donde fui feliz como no volveré á serlo; no hay felicidad posible fuera de los padres, si son cariñosos y buenos como vos madre querida, madre adorada; y se arrojó á los brazos de aquella con el entusiasmo de un amante.

—Si ¡pobre hija mía! aquí lo serás siempre, tranquilízate, esta es la casa de tus padres, que es la tuya y en ella poco valdrá el instinto salvaje de tu esposo: no temas, tu padre recuerda aun el vigor con que atacaba en sus primeros años á los enemigos de su bella patria que se llama España, y aquí despues de veinte y cuatro años de casados, nadie se atrevió á faltar el respeto que supo grangearse de todos. ¡Ah! cuanto me recordó ya sus predicciones: el queria á Jorge, me lo decía siempre, pero.... ¡ah! yo tengo la culpa, hija de mi corazon.... yo tengo la culpa.... porque con tanto dinero que dicen que tiene.... creí que pudieses ser mas feliz.... pero.... ya lo veo.... ¡pobre hija mía!.... ya lo veo...

Sus lágrimas le embargaban la voz, y madre é hija formaron de nuevo un grupo estrechándose fuertemente,

En tan patética actitud las encontró el padre de Emilia que entró en ese momento.

Le impusieron de todo sin olvidar las mas frívolas circunstancias de lo ocurrido.

Nada parecia alterar aquella grave y robusta organizacion, pero lo que le inquietó vivamente, lo que no pudo sufrir inalterable; fué aquel dicho soez de que á la *mujer* y al *potro* se debieran buscar por la cria.

En esas palabras, creia traslucir una alusion á su familia, un insulto á su honradez, á cuanto hay de mas sagrado para el hombre..... el honor..... y pensó seriamente en los medios de convencer á Don Agapito de lo contrario.

Dejemos al desgraciado Don Diego de Mendoza, entregado á su dolor pensando en la situacion desgraciada de una hija que le habia mecido en las mas risueñas esperanzas, de hacer la felicidad de sus últimos dias.

Mientras tanto, busquemos á Jorge, que tomó una direccion opuesta.



DELIA.



CAPÍTULO IX



¡ recordais el grupo de la carretela verde, marchando hacia una quinta que está situada al concluir la calle de la Independencia, tendreis presente que la que tenia entrelazada su mano con la de Jorje, era una jóven páhida de ojos azules, al parecer de diez y seis años, y aunque habia en sus miradas una expresión de tierno afecto, distinguíse por un aire de melancolia tan interesante, que el menos perspicáz, com-

prendia desde luego, que era víctima de algun padecimiento. Veamos de escudriñar, qué motivo habia imprimido en su angelical rostro, aquel tinte tan suave, que bastaba sinó á amortiguar del todo el fuego de sus ojos color de límpido cielo, la daban cierto aire de languidez que parecia transmitirse á todos sus movimientos haciéndola así mas interesante.

Jorge la daba la derecha, y en los distintos movimientos del carruaje sintió rozar el contorneado brazo de Delia con el suyo.

Esto pasó desapercibido por todos, pero el rostro de aquella se sublevó contra el secreto, por que sus mejillas cubriéronse del carmin mas puro.

Brillaron sus ojos, y á aquella melancolia, siguió un contento que la hizo prorrumpir en bromas del mas esquisito gusto dirigidas al chasqueado *dandy*.

Y decimos chasqueado, porque Delia á quien nada hemos podido oír en el trayecto recorrido, le decia al bajar del coche y darle el brazo, confesad Jorje que la amais.

—Os juro señorita que no la amo.

—Pero yo recuerdo, haberos oido antes lo contrario.

—Es cierto, la amé, pero hoy... francamente, la... y bajó la vista como avergonzado.

—Comprendo amigo mio, la amais todavia, pero sin esperanza de poseerla porque se casó ya... ¿no es cierto, Jorje? y Delia fijó en él la vista deseosa de sorprender alguna de las diversas sensaciones que se agitaban en la mente de aquel.

... Jorje seguia silencioso.

--No os dignais contestarme amigo mio, perdonad si os he mortificado, recordando un objeto que os es querido.

Estas últimas palabras hicieron algun efecto en Jorje, porque tomando una actitud resuelta la dijo,--voy á hablaros con toda la franqueza de mi alma, señorita.

--Gracias amigo mio, asi os quiero oir siempre, y ofreciéndole uno de los varios asientos del jardin, le dijo,--ya os escucho.

--He amado mucho á esa mujer, por ese amor he creido tener derecho á su corazon, ella me lo hacia comprender llenándome de quiméricas esperanzas, y cuando creí llegar al término de mis deseos, comprendí mi error; porque esa mujer no me amaba.

--Y el despecho, os martiriza, ¡pobre Jorje! exclamó Delia con aire burlon.

--Os equivocais, señorita, por qué seria suponer que la amo todavia.

--Si, la amais Jorje, pero la amais con el convencimiento de su perfidia, la amais sin esperanza, y yo os compadezco porque en ese caso ¡ay! la vida es un infierno aborrecible; y al decir estas últimas palabras, sus ojos se humediciéron y su rostro sufrió una lijera contraccion que hacian saltantes los pesares que sufría.

Jorje lo comprendió, pero no era él quien debia tocar el albo velo que cubria el corazon de la púdica virgen, y solo se redujo á contestarla,--mucho tendré que agradecer á mi Dios no poseer una mujer que con el exterior de un ángel, encierra el alma mas despreciable, ¡oh! nunca esa mujer habia presentado á mi vista su fea realidad; pero hoy

que he tenido con ella una entrevista, hoy he podido juzgarla con exactitud.

-¡Cómo! preguntó Delia sorprendida, ¿pues qué sigue dándoos citas? dirá que os ama.... ¿y su esposo?....

- Su cita, fué para reprocharme el contenido de una es-
quela que le diriji; y Jorje contó con la mayor injenuidad
cuanto habia pasado horas antes, por lo que llegó á con-
vencerse aquella de la imposibilidad que ellos se amá-
ran ya.

Un rayo de esperanza, iluminó entonces el corazon de
Delia, y en su rostro repercutió bien pronto el contento de
que estaba henchido.

Jorje notó esa rápida trasformacion sin saber á qué
atribuirlo, y mas teniendo la creencia de que el corazon de
aquella estaba comprometido.

Verdad es que esta en distintas ocasiones habia hecho
por él, las demostraciones mas finas de un tierno afecto,
pero Delia pertenecia á esas creaciones delicadas que impo-
nen silencio á sus mas tiernos adoradores, pareciéndoles
cometer un sacrilejio si intentan hacer caer el rocío de una
amorosa pasion en el cáliz de su virgineo pecho.

Siendo ella ademas, la hermana del mas querido de
sus amigos, hablarla de amor, parecia á Jorje faltar á
esa amistad santa, que solo se sabe divinizar hasta la
edad de veinte y cuatro años, porque pasados estos, las
defecciones y desengaños, se encargan de marchitar en el
corazon del hombre este único bien de la desgraciada hu-
manidad.

Y por eso, cuanto mas dura la vida, tanto mas se arrai-

ga el convencimiento de que la muerte es una necesidad mayor para la felicidad del hombre, que la vida misma.

Tenemos que abandonar a la comitiva de la carretela verde para conocer un nuevo personaje que va á presentarse á nuestra vista, ocupando un puesto conspicuo en los sucesos que vamos á referir.



EL DOCTOR MANZANO.

CAPÍTULO X.



UNA de las mas bellas conquistas de los pueblos modernos, es sin disputa, la tendencia á difundir la ilustracion en las masas, partiendo de la creencia que un pueblo ilustrado se aleja de los focos de corrupcion donde se engendra el crimen.

Pero una triste esperiencia, se encargó de demostrarnos que los resultados no han correspondido hasta hoy á aquellos nobles deseos.

La causa, nos lo acaba de demostrar esa nueva ciencia que empieza á lucir en el vasto horizonte de los conocimientos humanos, (1) en la carencia de base sólida en que aquella ilustración se apoya, base que no puede ni debe ser otra que la religion y la moral.

Se ha demostrado de un modo matemático, (2) que hay una infinidad de crímenes y males que eran desconocidos ó muy raros entre los antiguos, y se aumentan de un modo tan prodijioso en nuestros días, que parecen inherentes al progreso de nuestra tan decantada civilizacion.

A esos muchos males se asoma uno, no menos terrible y odioso; los deseos de descollar sobre todos, *hacerse espectral*; fijándose poco en que los medios para conseguirlo, sean ó no licitos.

Esa febril pasion, nace de la facilidad que tienen todos, de iniciarse en los ramos del saber humano, gracias á la proteccion decidida de la mayor parte de los gobiernos al fomento de los estudios superiores, haciendo una especie de alarde del número y magnificencia de sus universidades y bibliotecas.

En esta clase de establecimientos pulúla esa juventud siempre entusiasta y deseosa de lanzarse á la carrera que mas pronto le haga variar de posicion y fortuna.

Convencidos de que la moderna aristocracia consiste en el oro ó en el talento, alimentan su entusiasmo y lo retemplan con la lectura de algunas biografias deslumbradoras de tal ó cual celebridad; resultando el idealismo de un mun-

[1] Economía social por el ilustr. gallego Don Ramon de la Sagra.

[2] Por idem idem.

do que les espera para aplaudirlos, y llenarlos de honoríficas distinciones.

Pero al concluir sus estudios, y encontrarse en una sociedad llena de frio cálculo, descreida, egoista y hasta inhumana, unen á la desilusion consiguiente, cierto despecho que envenena el alma, predisponiéndola á la venganza.

Entre nosotros, hay tambien una aristocràcia que se distingue del pueblo á que desdeña pertenecer, en el traje, en el aire casi siempre enfatuado, y hasta en sus ademanes y jestos; pero de un modo tan visible, que sin temor de equivocarnos, distinguiríamos uno entre un centenar de otras profesiones.

Esa aristocracia la forman los abogados.

En ella hay muchos que sostienen el lustre de su noble profesion, pero algunos la envilecen y degradan.

Y el Doctor Manzano, pertenecia á este último número.

Nacido de una familia pobre, estudió no por amor á la ciencia, sino por la necesidad de poseer una carrera con que alimentarse.

Desconocido de todos, no fué un estudiante sobresaliente; pero humilde y respetuoso, supo granjearse de los catedráticos, ciertas consideraciones á que contribuía no poco el estado de pobreza de su buena y honrada familia.

Mucho influyeron estas consideraciones en sus exámenes, de modo que el niño se hizo mozo; y el mozo se hizo doctor.

Tres años pasaron, y para recibirse de abogado, le fué mas fácil desde que habia ya pasado por los primeros aprietos del estudiante.

Comenzó por hacer su aprendizaje en lo que llaman *estudio*, verdadero laboratorio de embolismos donde la vil chicona no pocas veces hace salir triunfante las mas notorias injusticias.

En la direccion de los primeros espedientes fué felicisimo, por que á la necesidad de dinero, se agregaba la de hacerse conocer, y lo fué tanto, que de los doscientos trece espedientes confiados a su direccion, solo se ocupaba de seis, con cuyos clientes habia hecho *iguales* (1) de modo que para quedar bien con todos, se valia de embustes; pero tan grave y magistralmente dichos, que no era posible dejar de creerle.

Ola amigo mio, decia al ver entrar uno á su estudio, vuestro negocio está así, así, y movia la mano indicándole que estaba á punto de concluirse.

-Y ¿hay esperanza, doctor? preguntaba el cliente.

-¡Bah! replicaba aquel, eso está ya en la buchaca, señalando el bolsillo interior de su levita.

-Y cuando podemos saber algo, señor? insistía aquel.

-Para la semana entrante daos una vuelta, por que tengo algo que deciros ¿eh? no dejéis de venir.

-Así lo haré doctor, y salía el desgraciado lleno de bellas ilusiones, en un asunto por cuyo espediente no habia aun pasado vista el doctor Manzano.

Tendia la vista á otro.

-Traeis papel sellado? le preguntaba.

-No señor, pero ahora mismo lo buscaré si es preciso.

(1) Tráfico lumoral usado por algunos abogados.

Aun no: decia el doctor paseándose, quiero estudiar mucho vuestro negocio, no creais que él sea tan sencillo como vos y yo hemos creido al principio, no: he visto despues, que hay que deshacer en el terreno del derecho, una presuncion legal que la ley concede al contrario, es negocio sério, pero.... venid dentro de unos dias que.... amasaremos bien el negocio.

Y así mas ó menos iba despachando á todos sus clientes, cuya rueda no bajaba de treinta diariamente.

Para ese despacho, necesitaba perder tres preciosas horas despues de las cuales quedaba tan fatigado, como si hubiese escrito veinte pliegos.

Teniendo ademas que agotar los recursos de su abogadil imaginacion, su cabeza quedaba mas pesada que si se hubiese ocupado de un proceso de mil fojas útiles.

Sin embargo, el doctor Manzano obedecia á una imperiosa necesidad, esto es, tenia el convencimiento de que el abogado debe saber hablar en actitud dogmática, mentir decentemente, y dar á sus pasos y ademanes la gravedad imponente de una ley Recopilada ó de Toro.

Y lo habia conseguido tan admirablemente, que lo que fué al principio en él una imitacion grosera, concluyó por serle tan natural, que hasta en su misma casa tenía una pergaminal tiesura que le hacia mas abogado, queremos decir, un hombre de peso, reflexivo, científico.

Lo que vulgarmente se decia un verdadero doctor.

Acabamos de presentar al doctor Manzano en su estudio y aunque se nos tache de ser demasiado prosáico ese

retrato para figurar en una novela, hemos creído un deber imprescindible de narracion para mejor distinguirlo en su trato familiar.



EN LA QUINTA.

CAPÍTULO XI.



¡ que bello es el campo en Buenos Aires cuando septiembre os presenta uno de esos días en que rarificado el aire, os estasiáis contemplando la azulada esfera sin que la mas pequeña nubecilla interrumpa su dilatadísimo horizonte!

Era uno de esos días en que todo yacía en completa calma.

No parecía sino que los elementos se hubiesen dado

una solemne cita, para no interrumpir en nada esa quietud que suele llenar el alma de indescribible encanto elevándola á su Dios.

Los alados cantores, no aparecian aun haciendo el coro de alabanzas, á esa vejetacion llenade balsámicas exhalaciones que suele ostentar pródigo el verano; pero uno que otro jilguerillo, anunciaba ya las vísperas de la risueña primavera.

El sol era el único que ostentaba con profusion sus galas, llenando el espacio de ese raudal de luz que al tocar los mil objetos que os rodean, refractan á vuestra vista en mil diversas cambiantes el brillo de sus colores.

La tierra solo esperaba la fija y ardiente mirada del astro Rey, para empezar á vestirse del verde follaje que guarda avaro su seno de madre, en la estacion de invierno.

En esos dias, la respiracion es mas fácil y el corazon se dilata, pareciendo mas dispuesto á romper los nubarrones que oscurecen la felicidad á que aspira.

Jorje habia acompañado de nuevo á Delia en el paseo que diariamente hacia á la quinta, y mientras estaban en inocente tertulia, las dos juguetonas compañeras de aquella, recogian las fragantes violetas que al pié de las largas y caprichosas calles de arrayan, se ocultaban humildes entre sus anchas y verdi-negrás hojas.

Maria, era el nombre de la que acercándose á ellos precipitadamente exclamó:--Delia, acaba de llegar tu victima, está ahí, amiga mia.

—¿De quien me hablas?

—¿De quien? repitió la juguetona Maria, ¿no te lo anuñ.

cia el tum, tum? y señalaba con el dedo al corazón burlándose de su amiga.

-¡Bahl es el doctor probablemente.

-Pues; el mismo.

-¿Y donde está?

-Allí, y señaló al porton donde apareció en efecto el doctor Manzano tieso y grave, como si le llevara á aquel paraje la necesidad de resolver algun problema científico.

Delia lo miró.

-¿Veis á ese hombre? dijo á Jorje.

- Le conozco de vista, contestó.

-Pues dice tener por mi, un amor loco, y... ya veis.... ¿soy capaz de inspirarlo?

-Y quien que os conozca puede dejar de amaros?

Delia se sonrió amargamente de esa galanteria de Jorje, y continuó, ese hombre cuyo corazón está amoldado al frío cálculo, que se sobrepone á la justicia porque se hable de la brillantez de sus alegatos, que dice del deber del abogado en disponer el corazón del juez en favor de sus defendidos, ese hombre.... francamente.... ¿puede amar?....

--Es que amará también la ciencia.

--Y al dinero quizá, repuso Delia.

-No le juzgais tan mal, sed buena con el doctor, por que ya veis que viene.

Y efectivamente, se dirigia á ellos.

Al llegar, hizo una humilísima genuflexion presentando su mano á Delia, que le dijo -¡vos por aquí, doctor! es casual.

--No lo estrañeis señorita, yo espío vuestros pasos y á do quier se dirijan, tengo que ceder á la tentacion de se-

guiros, so's para mi, una especie de *término fatal* precisándome á *espedirme en tiempo*; vos no entendeis probablemente de *términos fatales* caballero, dijo el doctor dirijiéndose á Jorje.

--Nada entiendo de espedientes en efecto, contestó aquel. sin embargo, me doy por *notificado de vuestra resolucion*.

--Muy bien, caballero, muy bien; ¡sois admirable! y presentóle su mano satisfecho que Jorje oprimió cariñosamente entre las suyas contestando á aquella muestra de afecto.

Delia reia al oir los términos forenses que el doctor solia intercalar en todas sus conversaciones, mas que todo por la oportuna contestacion de Jorje, y no habiéndolos aun presentado, se aprovechó de ello para decirles, - caballeros; para que no se *alegue de nulidad* en este asunto, os presento al doctor Manzano, señalando á aquel, Don Jorje de Leon, repitió despues, señalando á este.

Nuevas risas animaron esta escena, y al darse de nuevo las manos, dijo el uno; --*per juzgado y sentenciado, cumplose y hágase saber*, repitió el otro.

Mientras esto pasaba, las dos jóvenes compañeras de Delia habian hecho una abundante provision de violetas y algunas otras flores que presentaron á esta, quien levantándose les dijo, --perdonad, caballeros voy á preparar unos ramilletitos.

Minutos despues, conducia dos magníficos ramos de violetas, uno ostentaba un primoroso clavel rosado, un azahar y una aljaba, ligado con una cintilla de seda verde, que presentó á Jorje.

El otro aunque coquetamente arreglado, solo tenia una

anémona sencilla con una que otra hoja de congóna, y su atadura era de color blanco.

Al dárselo, el doctor, notó la diferencia y con una vulgar franqueza, dijo al admitirlo: veo que por aquí la justicia no está basada en la igualdad de derechos.

-Es que vuestra justicia está ciega y yo aborrezco las tinieblas, y al pronunciar Delia estas últimas palabras, se revistió de una seriedad que no le era habitual.

El doctor, mordió los labios, y en sus ojos reflejó el rudo golpe que acababa de sufrir por mas que tratara de disimularlo.

Momentos despues se despidió de todos del modo mas melifluo, modo que acostumbraba el doctor, cuando algo le desagradaba.

Al hacerlo de Jorje, no pudo ocultar que le miraba ya como un rival aborrecible.

El lo comprendió, y se ha sonreido.

Esto descompuso mas las facciones del doctor.

Al desaparecer, se miraron todos, y como poseidos de una misma idea, prorumpieron en risas fisgonas.

Media hora despues, la carretela verde, marchaba á todo escape con su alegre comitiva satisfecha de tan agradable paseo.

Jorje, con el convencimiento de que Delia no amaba al doctor Manzano como creyera.

Y Delia gozosa de saber que se habia trozado para siempre el eslabon que le atára antes á su afortunada rival, bastando eso á disipar el hondo pesar que sordamente minaba su existencia en la florida primavera de sus años.

Porque Delia habia nacido para amar.

Y Delia estaba enamorada.

Pero no podia amar á otro que Jorje, porque sin saberlo este habia llenado del amor mas puro aquella alma de Ángel, y sin la posesion absoluta de su corazon, la vida le era insoportable.



AL FIN.... ¡GALLEGO!

CAPÍTULO XII.



LEVÉMONOS por unos instantes á la region del sol, sigámosle en su veloz carrera, y por mas que los rayos de su candente luz ofusquen la ignorancia y las preocupaciones vulgares, por mas que ellos caigan á plomo sobre nuestros errores y vicios mostrando su diformidad.... sigámosle....

Desde allí, tended la vista sobre el universo y distinguiréis una gran familia que ocupando la parte mas bella de

sus continentes parece la predestinada á repartir el pan y el vino en el gran banquete de la humanidad.

Ella se distingue, lo mismo en Europa que en América, lo mismo en Asia que en Africa.

Do quier haya tremolado su enseña, se levantó una generacion viril y caballeresca, llena de vida, incansable en sus eternas y titánicas luchas, insaciable de gloria y ávida de poseer cien mundos donde plantificar la civilizacion cristiana de la que fué y es, su mas formidable paladin.

Ella ignoró que el señor de la creacion arrojó sobre su frente una bendicion eterna, ignoró su bello destino, ignoró su elevada mision.

Y por eso se dividió, cuando mas necesario le fué estrechar los lazos de unidad que dignifica la familia, haciéndola fuerte é incontrastable.

Hablamos de la gran familia española.

La vil emulacion, la torpe envidia, asistieron deslumbradas al reparto de su rico heredamiento, y hablando de oprimidos y opresores, forjando tiranías y tiranos, púsose al lado de los débiles para participar de sus riquezas.

En Europa, la tea incendiaria alumbró tanto, que sus reflejos llegaron á brillar en la regia corona.

En América, las pasiones desencadenadas formaron un volcan cuyas labas ardientes, se dirijian siempre á los hijos de la madre patria.

Hoy no queda de ese gran incendio mas que cenizas, pero tibias aun, y en su centro traslucimos una chispa amenazante que es necesario apagar.

Esa chispa, es el desprecio por los hijos de la península.

Desapareció el ódio, pero el desprecio es su mas próximo vecino, y disipar esa preocupacion del pueblo, es noble tarea que los hombres de buena fé debieran emprender.

Los que la fomenten, son unos ignorantes ó unos malvados.

El dictado de "Godo" lo usaron en América la maldad y el ódio.

El de "gallego," es repetido aun hoy por la torpe ignorancia.

Y solo ella puede despreciar la ilustre cuna de Dominguez, de la Sagra, Boedo y Cardois, Chao, Colmeiro, Romero y Ginzo, Varela, Couto, Neira, Vicetto, y mil otras notabilidades que brillan en primera línea para honor de las ciencias la literatura y las artes de nuestros dias.

Esta preocupacion, no fué formada en el seno virgen de la mimada América, no: ella vino alimentada ya de España, y por eso los americanos sin saberlo, son los encargados de hacer pesar sobre los hijos todos de la madre comun, esa especie de epiteto con que aquellos creyeron insultar en otros tiempos los hijos de una de sus mas importantes y leales provincias.

Y por eso para el que nació en América, es gallego indistintamente el castellano, andaluz ó vizcaino, cuando arroja sobre ellos una mirada desdeñosa.

Don Diego de Mendoza, padre de Emilia, habia nacido en Cádiz; en esa perla surgida del oceano, que desde lejos parece una juguetona gaviota en medio de las bullicientes y azuladas olas.

Perteneciente á una familia distinguida, su educacion

aunque esmerada, participaba de esa ríjida gravedad que ostentó la pasada época de nuestros mayores, y el honor era por él tan exajerado, que lo que en nuestros días no pasaria de un caso pasajero, ó una pequenez sin consecuencia alguna, él lo miraba como una gran desgracia de familia en que creia para siempre manchado su honrado nombre..

—Qué te pasa Mendoza! ¿es posible que tus canas presencien tu mismo envilecimiento?— la perla de mi casa, el orgullo de mi vejez, Emilia, mi pobre hija, ¡insultada, arrojada, ¡despreciada!..... ¡qué os hice Dios miol! ¿qué os hice? y golpeaba su frente; como si sufriera un mal irremediable, con que por la cria ¿eh?, .. esto importa decir que mis honrados mayores, que yo en fin, no llevamos un nombre puro, ¡oh! no, ¡vive Dios! me dará de ello una prueba el villano, ó habrá de costarle la torpe lengua.

En estas reflexiones se agitaba el alma de don Diego, que aunque bien templada en sus buenos tiempos, estaba ya debilitada no solo por sus cincuenta y siete años de edad, sino tambien por el trabajo constante de su comercio en pos de una fortuna disipada mas de una vez en las pasadas luchas del país en que a pesar suyo, se veian envueltos los hijos de la madre patria.

Don Diego desapareció de su casa, con direccion á la de su hijo político.

A su llegada, no se hizo anunciar.

Entró á ella cual si fuese la suya.

En una de las habitaciones interiores, encontró á don Agapito reclinado en un sofá.

Este se levantó inmediatamente al verle.

Don Diego, se sentó sin articular una sola palabra.

--Y Emilia? señor; ¿me traeis á Emilia? preguntóle.

--¿Para qué la quereis? contestó

--Porque es mi esposa.

--Cierto, es vuestra esposa, pero tambien es hija mia; vos la injuriásteis poniendo en duda un nombre sin mancha, un nombre cuya altura no alcanzais, y os hicisteis indigno de poseerla.

--¿Qué me importa su nombre? lo que quiero es mi mujer.

--Comprendo, que os importa su nombre; ¿mejorará por eso el vuestro?

--El mio, no necesita blasones, le sobran; y al decir esto, restregaba don Agapito su dedo pulgar con el índice, indicando que poseia riquezas.

--Teneis dinero, es verdad, bien ruines fueron los medios para obtenerlo, mas á vos ¿qué os importa el nombre?

--¡Ira de Dios! ... frenó la lengua, esclató don Agapito enfurecido.

--Vuestro padre fué un ... miserable, y vos debéis serlo igual.

--Don Diego! Don Diego! ... contenedos ... ¿os hago arrojar con mis criados.

--Vuestro padre, abusó torpemente de una posesion que las circunstancias, le presentaron para usurpar lo que poseáis, siguió imperturbable don Diego, qué extraño que abuseis vos de la vuestra, para arrojar me por los criados?

--¡Vive Dios! y don Agapito hizo crujir sus dientes encolerizado, agitó sus brazos amenazantes dando un paso hacia don Diego; pero se centuvo.

-¿Qué haceis? os espero, venid y sentireis el peso de mi brazo.

-¡Eh! dijo don Agapito con desden, os desprecio, sois un.... sois.... al fin. .. ¡Gallego!.... y dando media vuelta se dirigió á otra habitacion cerrando de un golpe la puerta.

Don Diego se abalanzó á ella furiosamente, pero estaba cerrada, y los cristales saltaron en mil pedazos al feroz empuje.

Un ancho reguero de sangre surcó la blanca puerta.

Don Diego miró sus manos y vió las diversas cortaduras que hab.a sufrido, entre ellas una era bastante profunda.

Mientras sacó de su bolsillo un pañuelo con que ligarse las heridas, miró al suelo, y un pequeño charco de sangre se estendia sobre la matizada alfombra.

Su rostro estaba desencajado.

La respiracion le era difícil, sentía que su corazon latia fuerte é irregular; un cansancio extraño invadió su pecho, al extremo de privarle la salida; pero hizo un esfuerzo supremo.

Un hombre llegaba en ese momento á preguntar por don Agapito, y al verle don Diego le suplicó le ayudára.

-¿Qué teneis, señor mio? preguntóle aquel Lombre al darle su brazo.

--Nada caballero, nada; un ... pequeño disgusto.... llámome gallego.... me disgusté.... fui á él y.... choqué contra unos vidrios.... pero.... no es nada.... lo que me mo-

lsta es.... este cansancio.... me ahoga, caballero.... me ahoga.... pero, no debe ser cosa....

Y el desconocido, le acompañó hasta su casa prodigándole en el camino, las mas finas y oportunas atenciones.



UN MAL DIA.

CAPITULO XIII.



Ay días funestos, días en que un secreto presentimiento os anuncia que la mano invisible de algún suceso desgraciado va á envolveros en su fatal cadena.

Al día siguiente de los sucesos que acabamos de referir, el espíritu de don Agapito estaba hondamente conturbado.

Tendido en el mismo sofá en que hemos visto el día anterior, pensaba, entristecido, en aquellos desagradables sucesos.

Contribuía no poco á ese estado de lascitud, los ténues reflejos de un sol amarillento, cubierto algunas veces por los densos y parduzcos nubarrones que el insano y sofocante viento norte parecia conducir desde el estenso *Chaco*.

Los nubarrones se estendieron estrechando el horizonte, y el sol desapareció.

A esa imponente oscuridad, uníase el fragor del lejano **trueno**, presentando así la naturaleza un lúgubre aspecto que tanto suele herir nuestros sentidos.

Don Agapito participaba de ese malestar inexplicable, malestar aumentado por el fatídico chirrido de una agorera lechuza que velozmente pasó hendiendo el aire.

El triste tañido de una campana llegó á sus oídos.

Don Agapito tembló.

Parecíale oír en ese sonido la voz lastimera de un amigo que daba su último adios al mundo.

Levantóse del sofá, y paseó triste y lentamente, impelido por la necesidad de distraer su preocupado espíritu.

En este estado, entró un criado presentándole **una** carta.

--¿Qué pasa? preguntó maquinalmente.

--Nada, señor; esa carta.

--¿Quién te la entregó?

--Una mujer, que se fué en el acto de dármela.

--Bien, bien, déjame solo, y el criado desapareció.

Al abrirla notó que estaba cerrada con lacre negro, y un presentimiento terrible conmovió todas sus fibras.

¡Qué leal es el corazón, cuando anuncia desgracias al desgraciado!

Esa carta era de Emilia y conducía una funesta nueva.

El padre de aquella, padecía de una dilatación al corazón y la desagradable escena del día anterior había precipitado de un modo tan rápido el desarrollo de la hipertrofia que no le dió más que el tiempo necesario para llegar á su casa y entrar á la cama.

Su familia y él mismo, ignoraban la existencia de ese terrible mal, atribuyendo á causas distintas los efectos sintomáticos de esa grave enfermedad.

Emilia no vió en la indisposición repentina de su padre, mas que las heridas, y creyó que la aguda daga de don Agapito las había formado.

Mientras tanto, los órganos respiratorios de don Agapito fueron invadidos por la dilatación, y la muerte casi instantánea del desgraciado dió lugar á que se atribuyera un crimen.

Y Emilia movida por el amor filial, y el odio a su esposo no titubeó en dirigir á este, aquella carta cuyos términos le calcinaban el alma.

Esa carta decía:

“Asesino de mi honrado padre, azote bárbaro de mi familia, gózate en tu obra.

“El mas bueno de los esposos, el mas cariñoso de los padres, acaba de espirar entregando su alma pura al Creador.

“Y tú, asesino cruel, prepárate á entregar tu infernal cabeza al verdugo.”

Esa carta, venía á destruir en don Agapito toda esperanza de unirse á su esposa, porque en ella estaba vaciado

el odio que su alma encerraba, y por más que hubiese anhelado su amor, por mas que se creyera feliz poseyéndola, renunció gustoso á esa dicha.

Pero queria dar un desahogo á su corazon; cuanto mas leía aquella carta, mas deseaba contestarla, y tomando la pluma lo hizo en estos términos.

“Señora:

“Si hubo un asesinato en la muerte de vuestro padre, vos teneis la culpa.

“Vuestras lijerezas, vuestro poco seso, fueron los causantes únicos de su muerte.

“Lo siento, porque al fin, él; era un buen viejo, pero vos... ¿sabeis lo que sois?...

“Bien os lo dijo ya en cierta ocasion vuestro amante de Leon, *Una coqueta insustancial*, á lo que agregaré yo, una mujer loca.”

Despues de remitir á Emilia esta carta pensó en la desgracia acaecida.

Mil ideas se agolparon confusas á su mente, pero comprendia que habia para él, un último deber que llenar.

Don Diego era el padre de su esposa, de quien no estaba separado legalmente: ademas, no habian pasado aun ocho meses desde su enlace desgraciado, y no asistir á la casa mortuoria, era unir al escándalo otro mayor y mas grave.

¿Qué debia hacer? se decia contristado y meditabundo continuando en su paseo.

Decidióse al fin, y vistiéndose de riguroso luto, dió órdenes para hacerse trasladar á la casa de sus padres políticos.

Al llegar, entró en la sala, donde estaba espuesto el cadáver, y al verle, le parecía estar oyendo la reconvencion del día anterior.

La idea de haber contribuido indirectamente á su muerte, le mortificaba, por mas que viera en él la víctima de un lamentable error.

Don Diego debió pedir esplicaciones á don Agapito en su entrevista y no partir de informes apasionados de una esposa y una hija que amaba tiernamente.

Pero era padre, era esposo, y tenia por su linaje un orgullo verdaderamente español; orgullo que contenido en sus justos límites, ennoblece al hombre elevándole.

Atendidas estas circunstancias, la imprudencia de aquel, encontraba disculpa en don Agapito, que puesto de pié, con los brazos cruzados y como enclavado frente al cadáver de don Diego; seguia absorto en sus tristes reflexiones sin poder desviar de él su vista, á no ser por la presencia de cinco individuos que entraron en la misma sala.

Uno de ellos parecia escribano á juzgar por el envoltorio de papeles que llevaba debajo del brazo.

Otro, hacia los honores de la casa, invitando al resto á tomar asiento alrededor de una mesa en que habia un tintero, papel y varias plumas; ese mismo atravesó la sala con direccion á la habitacion de Emilia, y aunque al pasar por delante de él, hizo una inclinacion respetuosa, repugnó á D. Agapito, la franqueza con que entró, cerrando tras si la puerta.

El no le conocia, y estando cierto de que no frecuentá-

ra la casa, parecióle misteriosa la confianza que observaba en ella.

Dirijese él, á la misma habitacion, abre la puerta, y ve á ese mismo hombre hablando á Emilia con una intimidad repugnante, porque sus labios casi tocaban el oido de su esposa.

La madre de Emilia, lloraba sin consuelo, y esta última tenia en su rostro marcada la huella del dolor mas profundo, sus ojos estaban preñados de lágrimas; pero al mirar á su esposo, al verle entrar en su aposento, salióle al encuentro cual hambrienta loba, gritándole,—miserable, asesino,¿quieres unir al crimen el insulto?... Fuera de aquí, malvado, y fijando despues su vista en el desconocido, continuó--doctor Manzano, echadle de aquí, echadle, porque es capaz de asesinarlos.

A estas palabras, el doctor se acercó á don Agapito con la misma empalagosa melifluidad que le hemos visto en otra ocasion, diciéndole,—perdonad caballero, venid, os lo suplico.

Don Agapito despues de arrojar sobre su esposa una altiva mirada, obedeció á aquella insinuacion pasando ambos á las interiores habitaciones.

El doctor tomó la palabra, diciéndole,—perdonad á vuestra esposa, caballero, no extrañeis su lenguaje, porque el suceso desgraciado de su padre la tiene fuera de si.

—Asi lo creo, doctor; pero acaba de arrojar sobre mí el dictado de asesino, y esto.... ya veis que....

—¡Bah! no debéis hacerla caso, replicó el doctor haciendo un movimiento de hombros, no ha mucho me lo dijo á mi,

y ya veis que no me disgusto por eso, porque... las afecciones morales... mas que todo, caballero... un *caso fortuito ó imprevisto*.... un *caso príncipe*.... trae aparejado un trastorno mental, como infalible consecuencia de un choque violento.

—Segun eso, hay en mi esposa síntomas de un trastorno mental, señor doctor?

—No, caballero, es que... su amor por vos, el amor por su padre... la aparicion vuestra en este momento... la desaparicion de aquel que la dió el ser... su pesar por ámbos, unido al pesar de su buena y honrada madre... por que... francamente... ¡qué buena es la madre, caballero! ...¡oh! que buena es... no he oido todavía su voz, no he podido ver aun su simpático rostro, porque ella solo dá muestras de su existencia para los lastimeros sollozos... ¡oh!... ¡corazon sensible!... es muy buena, caballero.

—Será una santa señor mio; pero como no os entiendo jota de cuanto me decís, quiero que me digais sencillamente, quien sois y qué pito tocais en esta casa cuyo dueño represento en este momento, dijo don Agapito con bastante impetuosidad.

Como el doctor creyese estar hablando en realidad con un asesino, fué tal el miedo que le infundía la presencia de don Agapito á solas, que le causó el verdadero trastorno que quiso atribuirle á Emilia, y de ahí, la incoherencia de sus ideas, la vaguedad de sus palabras; pero al oir las últimas de aquel, y el tono con que las acompañó; no le fué posible resistir ya al pánico que rápidamente le invadía, no hallando otra evasiva para desprenderse que la de de-

carle. .. perdonad caballero, parece que me llaman de la sala.... ¿no oís?... y ya, gritó; y dirigiéndose á ella rápidamente, lo dejó solo.

Don Agapito se confundía pensando qué causas podían motivar la reunión de aquellos hombres, y aunque tenía una idea vaga, (*equivocada*) de muchos testamentos en que se expresa la voluntad de los testadores después de muertos, no atinaba el objeto de un documento de esa clase.

Y de conjetura en conjetura, pasó media hora larga, hasta que llegado á convencerse del ridículo papel que representaba decidióse á marchar.

Llegaba apenas al estribo de su coche, y un comisario de policía, acompañado de dos vigilantes le intimó prisión.

—¿Y por qué? preguntó don Agapito sorprendido.

—Tengo órdenes, repuso simplemente el comisario.

—Por asesino, exclamó el doctor Manzano que llegaba apurando el paso hácia la puerta.

—¡Asesino yo!... ¡miserable! y se abalanzó á él y le hubiera estrujado entre sus manos, á no ser por la oportuna intervención de los policiales.

El juez entonces, se acercó á don Agapito diciéndole, —tenemos que llenar un triste deber caballero,—El fiscal os acusó hoy de asesinato, y como una carta vuestra forma la cabeza del proceso, estamos en el imprescindible deber de aseguraros, no os resistais pues sin objeto, y os prometo que dentro de quince días, lo mas, estará el proceso sustanciado.

—¡Oh! señor juez, mi esposa quiere perderme, estas son cosas tuyas, dijo don Agapito consternado.

-Tranquilizáaos, repuso el juez, con amabilidad consoladora, dentro de quince dias estará todo concluido. En seguida recomendó al comisario tuviera por el las mayores consideraciones, y en su mismo coche, fué conducido á la policía para pasar más tarde á la cárcel pública, segun es de práctica.



LOS DOS HERMANOS.

CAPÍTULO XIV.



AY un lazo misterioso que une á la humanidad; lazo lleno de encantos, rodeado de un fluido irresistible de atraccion, lazo sin el cual el hombre se distinguiria poco de los demás séres.

Ese lazo es el amor.

Pero el mas bello, el mas puro de los amores, bajado de cielo para ha-

cer d l mundo un Eden, es el amor de la familia.

Vosotros los que nó sois padres nó habeis podido participar de ese cielo del mundo, cielo con sus ángeles, en-

cargados de esparcir la felicidad en las tribulaciones, ángeles cuya tierna sonrisa os enloquece de gozo, y cuyo llanto os guía y alienta en ese camino erizado de espinas que llaman vida, buscando el bello ideal de la felicidad material que nadie encuentra.

Esos ángeles los envía Dios con el título de hijos.

¡Oh! cuan seria es la responsabilidad de los que intentan la entrada á ese cielo, sin un corazón cuyos destellos de pureza iluminen constantemente la inocencia.

Observancia fiel de los mandatos de Dios, abstracción de si mismo, trabajo constante y amor puro, he ahí los deberes del padre de familia, he ahí el complemento de esa grave misión de que tienen que dar cuenta mas tarde, arrodillados al pié del magestuoso é imponente trono del Altísimo.

Los padres de Armindio y Delia, debieron ser un modelo de padres á juzgar por el corazón de ámbos llenos de esa sensibilidad esquisita, que distingue á los que recibieron una educación moral y esmerada.

Armindo rendía un ciego culto á la felicidad de su hermana, y el porvenir de ella, formaba la aspiración única de sus fraternales desvelos.

Sabia que el Dr. Manzano se interesaba por Delia, pero notó bien pronto que su hermana no admitía con gusto los galanteos de aquel, y en las distintas ocasiones que habian hablado á ese respecto, ella espresó con franqueza cuanto le repugnaba aquel hombre.

Por quien notó que tenia un verdadero afecto, era por Jorge, y lo habia demostrado tanto en la última enfermedad

de aquel, que pretendió acompañar á su hermano para velarle, por mas que cariñosamente se lo hubiera privado en mas de una ocasiòn.

Pero ese afecto, podia nacer de la amistad estrecha que él, tenia con Armindo; y este, estaba distante de creer que el afecto se trocara en amor, por mas que ahí comience.

Por otra parte, aquel no la habia jamás dedicado una palabra amorosa, una mirada tierna, por el contrario, aquellas fueron siempre sinceras y respetuosas, y estas siempre castas é injenuas.

Sin embargo, Armindo notó en su hermana un cambio visible desde la enfermedad de Jorge, y lo que era aun peor, su salud le diera tan serios temores, que en mas de una ocasion la dirijia sus quejas.

--Yo ya no soy para tí, aquel hermano en quien depositabas mas de una vez tus mas triviales pensamientos. ¿Por que me haz retirado tu confianza, hermana mia?

--¡Oh Armindo querido! tu eres para mi mas que un hermano, eres un padre, el mejor de los hombres, el único que me amas, ¡ah-Dios mío!.... que seria de mi, sin tí en el mundo? y lloraba amargamente.

--Y si soy para tí el mismo ¿por que no decirme la causa de tu tristeza?

--Ninguna causa hay, Armindo; luego que la estacion mejore, me pondré buena con los paseos á la quinta, María me prometió acompañarme.

--Si tu corazon no sufre, como lo he sospechado; estoy satisfecho; y en esta primavera te prometo una elegante carretela verde, ¿te agrada ese color Delia mia?

--Sí, sí, Armindo, el verde es precioso.

Con estas y otras esplicaciones, Armindo concluyó por creer que en su hermana no había mas que una indisposicion física sin consecuencia.

Peró estaba equivocado, pues como hemos tenido motivos de juzgar, ella amaba á Jorje, y su hermano habia contribuido admirablemente á ese amor, hablándola frecuentemente de las virtudes de su jóven amigo.

La promesa de Armindo fué religiosamente cumplida, y el primer dia de primavera presentó á su hermana la elegante carretela que hemos visto marchar hácia la quinta.

A su vuelta, Delia estaba radiante de alegría y al verla Armindo, no pudo menos que estrañarla diciéndole, —asi te quiero ver siempre, hermana mia, cuán feliz me haces, viéndote alegre!

—Tienes razon, hoy fué para mi un dia feliz.... sí, muy feliz.... completo, Armindo mio, completo.

—Te felicito por ello, pero debieras contarme algo.

Y Delia refirió todas las peripecias del paseo sin olvidar las mas pequeñas circunstancias, al extremo de no poder contener la risa recordando lo de Jorje y el doctor.

Armindo reia tambien, y preguntóle porque no la habia acompañado aquel.

—Porque creia no hallarte aqui, y dejándome en la puerta me prometió venir hoy á las nueve á visitarme, no á ti ¿lo oyes? á mi, y mañana me acompañará de nuevo á la quinta.

--¡Diantres! esto va serio.

--Pero no estás celoso por eso, ¿verdad que no te disgusta?

ta que me acompañe? y Delia miró á su hermano de un modo tan suplicante al decir sus últimas palabras, que este comprendió en ella un interés visible

Armindo despertó, porque hasta ese momento durmiera tranquilo sin que el mas leve temor le asaltara respecto á la virgen de sus cuidados; pero disimuló cuanto le fué posible tan desagradable sensacion, y continuó diciendo con aire de satisfaccion—¡pobre doctor! Ahora me esplico el por qué, de tu repugnancia.... vamos.... no me lo ocultes Delia, tú.... tu amas á Jorje.

—Sí, hermano mio, le amo; y hoy mas que nunca, por que su corazon está libre, él me lo ha dicho y yo se lo creo.

—Por libre que este su corazon, hermana mia; no sé hasta qué punto tienes el derecho de apropiartelo, para eso....

—Es que Jorje me ama.

—¿Y cómo lo sabes, Delia?

—Un presentimiento.

—¿Pero él te ha dicho algo?

—Nada me ha dicho; pero mi corazon me lo anuncia.

—¡Pobre Delia! para eso, es necesario alguna prueba, algun....

—Tengo una en mi poder.

—¿Cuál es?

—Esta carta.... y sacando de su seno la que Jorje habia dirigido á Armindo en aquel dia fatal de Febrero de 1855 comenzó á leerla en clara é inteligible voz.

“Armindo:

“Cuando recibas la presente, es muy probable que haya dado cuenta de mis acciones al Altísimo.

“¿Perdóname hermano querido, único amigo, solo consuelo de mi triste y solitaria vida... perdóname...”

“Hay en mi escritorio una caja que encierra un papel misterioso que mi buena madre me encargó conservara, por depender de él mi felicidad:

“Encárgate de descubrir este misterio como mi único heredero.”

“La casa de mi propiedad es de la única mujer á quien amo, porque es de la única de quien me acuerdo en este momento, mujer que me inspiró un amor respetuoso, santo, y aunque su corazón es de otro, te suplico que ruegues admita esta pequeñez como prueba de mi sincero y fraternal afecto.”

“Dile que si bajé á la tumba rodeado de una atmósfera impura, mi corazón es digno de una lágrima.

“Esa mujer, ese ángel de bondad que tanto te encarezco ¿sabes quien es?... admirat, Armindo, es tu Delia.

“Cuando ámbos hayáis dejado este mundo corrempido, creedle, hermanos adorados; vuestro Jorje os esperará para abrazaros.”

La lectura de esta carta fué interrumpida algunas veces por los sollozos de Delia y sus últimas palabras no pudo casi articularlas.

Armindo la contemplaba convencido de que el corazón de aquella, estaba completamente enagenado sintiendo por ello un hondo desagrado.

De un lado una hermana.

Del otro, el mas leal; el mejor y mas bueno de sus amigos.

Aquella, locamente enamorada, y este, silencioso siempre, nada insinuante.

Ctro que no fuese Jorge, seria bien pronto interpelado en sus deseos, y sentimientos respecto á Delia: pero Armindo temia que aquel viese en esa indicacion miras interesadas, ajenas siempre á la amistad ver ladera.

Armindo estaba triste.

Delia lo notó inmediatamente y con la vista bañada en lágrimas le abrazó diciéndole,--te disgusté hermano mio, lo veo; pero no volveré á hablar mas de Jorge, te lo prometo.

--No, Delia, no me disgusta oír nombrar á mis amigos jamás; yo me creeria el mas feliz de los hombres si te viese la esposa del mas leal y honrado de ellos, pero tu... estás enamorada, ¡pobre niña! y él... tiene partido el corazón por un suceso que te es bien conocido, y ya ves Delia... dudo que...

--No temas, yo soy la única que debo encargarme de sondar su corazón.

--¡Delia! tú desvarias, tu tan púdica... tú, tan... vamos hermana mia, desvarias.

--Y sin embargo, Jorge me ama.

--Sí, te ama; porque me ama á mí, te ama como te amo yo.

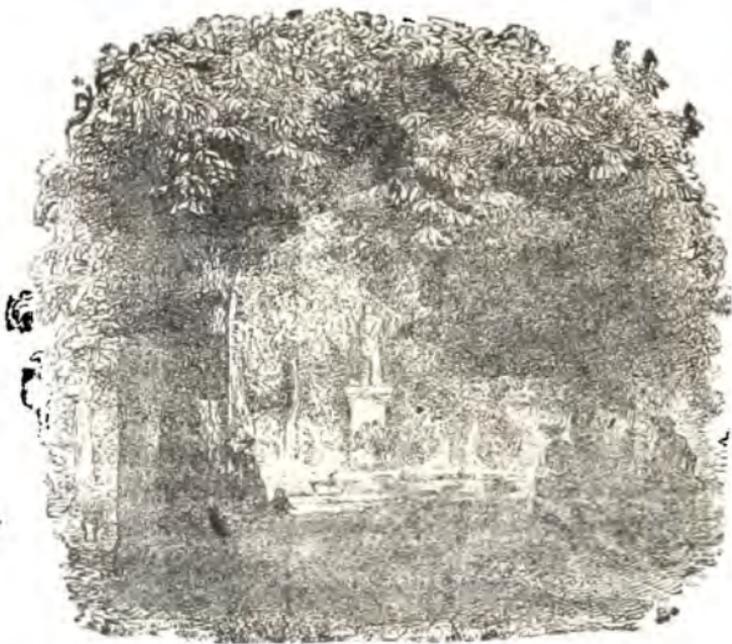
--Te equivocas, ¿como tú?... ¡oh! nadie me ama como tú en el mundo, hermano adorado; tu amor, es el amor de la familia, el mas puro de los amores.

Armindo no pudo disimular la sorpresa con que oyó estas palabras de su hermana. Tan serias reflexiones en una

niña que apenas rayaba en los diez y siete años de edad, daba á Jorge mas que motivos para creer que su hermana, estaba en la plenitud de su desarrollo intelectual, y por eso, encojiéndose de hombros solo acertó á decirle:--Ya veo, amiga mia, que en materia de amores, sabe mas, la mas inesperta niña, que todos los que han escrito del corazon de la mujer y sus tendencias; y.... francamente me declaro neutral en este negocio.

Esa resolucion secretamente aplaudida por Delia, fue la mas juiciosa y prudente.

¿Hay acaso algo acertado para la mujer cuando ama?



ESCENA OSCURA.

CAPÍTULO XV.



Bajo el sombrero!

Hagamos una inclinación respetuosa ante la mansión de la desgracia y el llanto.

Vamos á entrar de nuevo en la casa del infortunado don Diego de Mendoza.

Desde su puerta, notareis un silencio aterrador de que parece participar la parte exterior del edificio, cuyas paredes están ya sucias por el tiempo á quien nada resiste en su paso lento y destructor.

El pequeño jardín de la entrada, donde vivían amigas casi juntas una hermosa colección de variadas plantas, siempre alegres por el cuidado de la esposa de don Diego, están casi marchitas sin una flor que lo embellezca, estrañando sin duda la mano amiga que las acariciaba diariamente.

Atravesemos el salón, palenque en otros tiempos de las luchas amorosas de Emilia, punto de reunión de la juventud elegante atraída por su belleza, y sus muebles cubiertos de crespon negro, os infundirán esa mezcla de terror y respeto que impone siempre la muerte.

Aquella casa, era otra; pareciendo imposible que diez meses después de la última escena que presenciamos en ella, bastasen á efectuar un cambio tan extremo.

Es que la fatalidad había entrado allí, y se había cebado en más de una víctima.

La esposa del desgraciado don Diego, no habiendo podido resistir la pérdida de aquel, le había seguido camino de la eternidad dos meses después de su fallecimiento.

Sin saberlo acaso, fué la segunda víctima de sus desahucios.

Participando de la preocupación de las madres, creía que la educación de su hija debiera consistir en llevar con la gracia peculiar de la porteña, la gorra ó la mantilla, espresarse con elegancia en las visitas que absorbían su más precioso tiempo, y poseyese el secreto de enloquecer de amor á cuantos se le acercaran,

Cuantas veces dirigía ella misma á Emilia, en sus intriguillas de salón.

¡Oh! cuantas ocasiones buscó por pretexto *cebar* y servir ella misma el *note* para proporcionar los intermedios en que el amor libre de estorbos, pudiese aletear hácia Emilia con los piropos que la embriagaban secando de emociones su jóven corazón.

Y aquí tenéis como sin sospecharlo, esa madre amorosa descendía de su elevado puesto para jugar el triste rol de confidenta.

¡Cuán frecuente es esto!

Ella creía ser el mejor guardian de su hija, indicando los medios de entretener y aparentar amor no solo por de Leon sino también por Nolasco, esperando al primero que solicitara su mano.

Y fué ella quien llegado este caso, había contribuido á declinar en favor de este último la preferencia en el enlace de Emilia por que poseía riquezas, siendo de este modo más consecuente con el espíritu de estos prosaicos y metafísicos tiempos, que con sus verdaderas conveniencias.

Pero no la enrostremos sus defectos, no hablemos más de padres desgraciados que por muchos y graves que sean sus errores en materia de educación, nacen casi siempre del mejor deseo hácia sus hijos.

¡Respetemos su memoria!

.

Emilia, está sola ya en el mundo.

Encerrada en aquel lindo dormitorio en que la hemos visto, no salía de allí agoviada por el peso de sus infortunios.

¡Que pálida está!

Aquellos ojos que antes brillaban esparciendo en torno la felicidad y el amor, aquellos ojos que jiraban llenos de un sensualismo arrebatador y que nadie podía sufrir una de sus miradas sin sentir quemado el corazón, están ya hundidos, y en su rededor hay un círculo violetado.

Su traje negro hace resaltar mas la palidez de su frente, y en su entrecejo comienza á dibujarse una leve arruga que indica la agitacion de su alma.

Hundida en un sillón y apoyada su cabeza en actitud reflexiva sobre su mano derecha, parece una de aquellas dolorosas que el genio de Murillo nos dejó impresas en el lienzo.

La puerta del dormitorio que daba al patio, se abrió, y una criada entró en ese momento.

--Te esperaba con ansia, Juana, dijo Emilia á la recién llegada.

--Aqui me teneis ya, contestó aquella.

--¿Nada me dices?

--¡Hum! mas de lo que quisiera, porque.... temo disgustaros.

--¿Y por qué?

--Porque lo que he sacado en limpio es, que don Jorge os aborrece; pues señor, continuó Juana, hoy me mandó llevar un hermosísimo ramo de flores á la señorita Delia me aproveché de esto, para decirle; qué apasionada era por estas por flores la señorita Emilia cuando soltera! pero hoy la pobrecita no hace mas que llorar noche y día, ¡que desgraciada es!.... Entonces él, clavó en mi aquellos ojazos

que Dios le dió y me dijo ¿conoces tu á la que nombras? si señor, le contesté, pues bien, repitió de nuevo, el dia que vuelvas á nombrarle, será el último que estés en mi casa ¿lo oyes?... muy bien, señor; pero yo creia.... no tienes que creer mas insistió, sinó que no quiero oírle nombrar en mi casa á esa mujer.

¡Emilia dió un suspiro!

Juana continuó, -algo más hay, y es que don Jorje ama á la señorita.

-¿Y cómo lo sabes?

-Como que con las flores, me dió para ella una preciosa caja de caré con letras y broches de oro, dentro de la que había un libro con tapas muy fileteadas, y sobre ese libro colocó un medalloncito de oro tambien.

-¡Juanal tu no cumples mis deseos, y eso que te he prometido un regalo para cuando me anunciaras algo de bulto.

-Pero señora ¿como queriais que viniese aqui con esa caja? podia sospecharse de mi tardanza, y mas siendo como eran objetos de oro, ademas, esa caja iba cerrada, y ni vos ni yo podiamos abrirla.

-En ese caso, me callo; no hay razon de queja, pero dime Juana ¿le consta ese regalo al hermano?

-Baya, baya, como que el mismo lo recibió, y me dijo, porque eso si, don Armindo es muy campechano y garrido (mejorando lo presente), mira muchacha, me dijo, si te conservas en casa de tu patron y le sirves bien, te he de dar un remojó para el dia de su casamiento.

-¡Como! ¿se casan?

-Es negoció concluido, señora.

-Y como no preguntaste el día, torpe?

-Baya, baya, no lo digo yo, ¿pues no se lo había de preguntar, señora?

-Y que te dijo?

-Que para el 15 de Junio, día en que cumple años la señorita.

Emilia se levantó bruscamente de su asiento, y paseó alrededor del dormitorio, llena de agitación.

Después de la muerte de sus padres, recordaba que había en el mundo un hombre cuyo corazón había despedazado inhumana, y por ese hombre sentía un amor irresistible, que se aumentaba en proporción á los desaires que él continuamente la hacía.

Ese hombre, era Jorge.

Causada de luchar, y sin esperanza de poseer ya ese corazón que en su aturdimiento había desdeñado, consiguió introducir á Juana en casa de aquel como sirvienta, pasandole ella un sobresueldo con el fin de que no solo le diera cuenta de sus mas pequeñas acciones, sino tambien de que con su maestria hiciese lo posible por interesarle en favor suyo.

Pero todo fué en vano, cumpliéndose así el vaticinio de Armindo "el castigo reservado á la mujer que engaña "es el desprecio."

Ya era eso, lo que mas agujoneaba su corazón de mujer.

Impuesta por el doctor Manzano que su esposo debía sufrir la última pena, pensaba en que libre de él, y con una gran fortuna, podía ser aun feliz al lado de su antiguo

amante, pero Juana, acababa de desvanecer en parte esa esperanza.

Un golpe se oyó en la puerta.

Juana desapareció.

Un minuto después, entraba el doctor Manzano.

Habia oscurecido ya, y á la luz de una lámpara cuya bomba estaba cubierta de crespon negro, era difícil distinguir las sensaciones diversas de Emilia, y esta notó algo de extraordinario en el doctor á su entrada.

- Me pareceis triste, doctor, dijo ella.

- Lo estoy en efecto.

- ¿Adivinaré la causa?

- ¡Imposible!

- Vuestro pesar, es por el casamiento de Delia.

- ¡Se casa Delia!... ¿y con quien?

- Con Jorge de León.

- ¡La mojígatal con que se casa, eh? y después de una pausa causada por la sorpresa, continuó: hay que convenir que algunas mujeres, son muy semejantes á un expediente, que por mas bellas teorías que encierre, por mas nuevas y brillantes que sean las doctrinas que uno se afane en consignarle, haciendo que cada una de sus fojas sea una luz del foro, ... al fin... ocupa en el archivo, el lugar que al prosaico escribano se le antoja.

- ¡Pobre doctor! dijo Delia con aire de burla, contesad que en ese expediente, os venció un lego.

- No es así, contestó aquel con su habitual melindrad, hace mucho tiempo que no la visitó y ya veis que...

- Ya sé que no, cómo que os lo privó de León, al menos

así se dice en todos los círculos, y se dice más, que se casa por el gusto de haberos desbancado.

—¡Hal hal hal!... vaya un terrible desbancador, solo por eso soy capaz de privar ese enlace.

—¿A que no? exclamó con viveza Emilia.

—¿A que sí? replicó el doctor picado en su amor propio.

—Una apuesta.

—Una apuesta.

—¡Proponedla y la acepto.

—El doctor pensó un momento y después, dijo á Emilia ¡si al fin no habeis de cumplirla! ¿para que la apuesta?

—Subterfugios doctor, confesad que vuestro talento no alcanza á tanto.

—Bien, pues, prometadme vuestro amor y privo ese enlace.

—Aceptado, exclamó Emilia con viveza, y no solo tendréis mi amor, sino que seré vuestra, después que el asesino haya desaparecido.

—¡Abl esa es la causa única de mi tristeza.

—¿Pues que ocurre, doctor?

—Esta mañana os hice saber que los testigos habían de puesto admirablemente en el asunto, y hasta me atreví á indicaros la época más ó menos en que aquel demonio debía desaparecer, pues bien: con el objeto de activar este negocio he visto hoy al juez, y me aseguró que era inocente.

—¡Inocentell

—Un testigo ocular del hecho parece que se presentó haciendo una declaración que concuerda, no solo con el infor-

me médico, que como sabéis, negaba toda herida mortal en vuestro padre, sino también con las demás circunstancias del proceso que están acordes en que aquellas heridas fueron causadas por los vidrios, como lo comprueban las manchas de la puerta, y otras cosas de que os hablé ya, así es que no parece difícil, verle en libertad muy pronto.

—¡En libertad! exclamó Emilia saltando de su asiento, mañana mismo, sapientísimo doctor tendré que ver otro abogado, yo he jurado vengar la muerte de mis padres y.... quiero cumplirlo.

—No tenéis razón para ser tan cruel conmigo, porque al fin, ese hombre....

—Lo sé, señor doctor, se que al fin, debe morir como debéis morir vos y yo, pero no como mueren los asesinos.

—Es que no siendo asesino como hemos supuesto, y no teniendo nosotros por otra parte, las pruebas que son indispensables, ni hay justicia en vuestros deseos, ni concibo el objeto.

Emilia al oír estas últimas palabras, volvió sobre sus pasos, porque comprendió desde luego que sus negras intenciones habían sido sorprendidas por el doctor, y por eso varió de tono inmediatamente aparentando una resignación poco en armonía con el viperino gesto que antes mostrara, diciendo despues... ¡que desgraciada soy!... hoy que creía traslucir en lontananza una felicidad que jamás alcancé, hoy que me parecía tocar el término de esa fatal cadena de desgracias... ¡ah! ... hoy debieran disiparse esas ilusiones, y el hombre en quien cifraba mi futura dicha, es el mismo que dice no concebir mi objeto.

-Explicaos Emilia, os lo suplico dijo el doctor que parecia estar bajo la influencia de un acceso nervioso.

-Quería la desaparicion de ese maldado para probaros... pero a vos ¿que os importan mis pesares?

-Segun eso ¡ah! os conjuro adorable Emilia á que me habléis la verdad... ¿me amais Emilia?

Emilia bajó la vista.

-No os dignais continuarme, ¡que cruel sois! decidmelo, ¿me amais?

-¡Y me lo preguntais, doctor!

-Luego....

-Os amo doctor.

-¡Oh! ¡ficha! gracias adorada mia, gracias; porque me haceis el mas feliz de los hombres..... os lo juro, Emilia... no podia ya sufrir tanto amor... ¡al fin!.... os compadecisteis de mí... ¡que felicidad!.... y yo; ah! yo os amo mas que la luz primera que vieron mis ojos, os amo como la primer thesis que pronunciaron mis labios, creedle; os amo con frenesí, con locura; y tomando ámbas manos de Emilia, imprimió en-ellas su primero y mas ardiente beso.

Emilia quiso aprovecharse del entusiasmo con que el doctor habia acogido la primer chispa de un amor en fáfara, diciéndole ¿y que importa este amor amigo mio? puede él acaso, ser una realidad sin la desaparicion de ese hombre funesto? ¿es justo, que yo saboree la vida sin haber desagraviado de mis padres la terrible muerte?

El doctor se puso de pié, y en actitud la mas solemne, le contestó,--os prometo adorada mia, que si la cabeza del

culpado no cae al golpe de la cuchilla de la ley, si la luz de la ciencia, no dirige el malvado al abismo que le reclama, si no muere en fin, como un asesino,.... morirá asesinado,.... os lo prometo.

—¡Cuanto os deberé entonces! estoy ya tranquila, de hoy mas que nunca sereis mi guía, mi único consuelo, y yo.... seré vuestra.... sí, doctor, solo vuestra. -

El doctor Manzano, siguió haciendo las demostraciones mas ardientes de un tierno amor.

Esa noche, salió mas tarde que de costumbre, eran las doce cuando tomó el camino de su casa y en sus oídos parecia sentir todavía el eco de aquellas mágicas palabras,.... seré vuestra, solo vuestra....

Al llegar á su casa, decíase entusiasmado, vamos, que para algo me han servido los libros, lo que es esta pecorilla, está ya en el saco,.... baya.... este negocio marcha bien,.... no hay queja,.... no hay queja....



LA ESQUINA DE PEREZ.

CAPÍTULO XVI.



AS ciudades americanas, esas hijas predilectas de la civilización del siglo XV, son los mejores comprobantes con que el hombre pensador debiera juzgar del estado de adelanto en que se hallaban las distintas naciones europeas que han poblado esta parte del Mundo.

Paseáos en efecto por las mas populosas é importantes ciudades de los Estados Unidos, del Brasil ó de Haiti, y del parangon que hagáis con las de origen español, tendreis una

deducción importante en favor de nuestros inteligentes antepasados.

El charlatanismo, se esforzó por ocultar estas verdades que debieran ser del dominio de todos, con el fin de enaltecernos enalteciendo el origen, dignificarnos dignificando la familia.

Pero la verdad al fin, disipando el error como disipan las aguas en la estacion ardiente esas polvarelas insanas que todo lo manchan, nos muestra á aquel, envuelto en el ridiculo traje con que pretendió vendernos sus envenenadas pildoras.

Buenos Aires pues, como todas las ciudades de origen español, debe estar mas que satisfecha, orgullosa de la inteligente mano que plantó en ella su primer cimiento.

Mirada desde alguna de sus elevadas torres, parece un gigante tendido á orillas de un rio inmenso, y desde la canal de su puerto, creerías tener á la vista uno de esos caprichosos paisajes de bulto, cuyos edificios pegados á una tabla rasa, están boyando á merced de las aguas.

Entre sus muchas y rectas calles de cuatro y cinco mil varas castellanas de largo, hay una que se conoce con el nombre de "Buen Orden," y en su estremo hácia el sud, existe aun hoy una casa aislada, en medio de las varias quintas que se interponen entre la ciudad y el lindo pueblo de Santa Lucía de Barracas.

Esa casa es conocida por la "Esquina de Perez" en razon de haber en ella un pequeño almacen de comestibles y bebidas.

Es muy raro que se vea entrar allí de dia algun parro-

quiano, pero en cambio al oscurecer, comienzan á trepar po pocos, por la alta y poco nivelada vereda que le circunda, y atravesando la pequeña pieza del despacho, en cuya vieja armazon se ostentan unas cuantas botellas, envueltas en telas de araña, se pierden por una puerta que se distingue desde la calle, indicando la existencia de otras habitaciones interiores.

En una de ellas, alrededor de una mugrienta mesa de pino, y á la escasa luz de una pequeña vela de sebo sobre un sucio candelero de lata, estaban dos hombres.

El uno, de atléticas formas, salvaje mirada, y aunque duro y motozo el pelo, distinguíase de los naturales del país marcadamente.

El otro era de pequeña estatura, pálido el rostro, ojos chispeantes, y de su oreja izquierda colgaba un pequeño aro de oro, formando su conjunto el tipo perfecto del *compadre*, tipo traidor y sanguinario que en tiempos no remotos reclamaba el auxilio casi siempre tardío, de la policia en los barrios distantes del centro; por llenar de espanto con sus fechorías á sus pacíficos moradores.

-Como te fué, Carancho? preguntó el de abultadas formas.

-Bien, contestó el otro, pasé por la escribania y despues de haberme hecho poner los dedos en cruz, y otras embrollas, cojtesté como se habia convenido, me preguntaron la edad, y firmé.

-De modo que tu, sabes escribir.

-Aprendí cuando chico.

-Lástima que no seas pulpero.

-Ya se ve que sí, porque haríamos un magnífico negocio en rom y ginebra.

- ¡Y como harías de rayas, ladronazo!

-Rayas, pudiera, pero lo que es dinero... *niente*.... poco sería el que ganases para llenar de tabaco ese maldito cachimbo que siempre tienes colgado de esa boca de tiburón.

Aquel acogió con una sonrisa estas palabras, y después de arrojar al aire una bocanada de humo, continuó:--¡que pobres estamos, Carancho!

--¿Y como no? si á ningun diablo se le antoja pasar de noche por aquí.

--Pero este año empieza bien, porque ya ves que el negocio de dos mil pesos cada uno, es cosa seria, y francamente, con ponerle yo mis dos dedos en la garganta, ni un torniquete hará mejor efecto á fé de Lunk que soy.

- Pues yo la verdad sea dicha, solo tengo fé en mi cuchillo, plantándoselo en cierta parte, ni ¡ay! dicen.

--Y que te parece ¿volveremos á la casa grande?

- Ba, ba, ba,.... y mas teniendo de nuestra parte á todo un doctor.

-Y un doctor en regla, porque en el aprieto último en que nos vimos. .. ya ves que....

-Calla animal! de eso nunca se habla, ó quieres volver á la casa de la torre... ¿no ves á aquel que está allí cenando?

Lunk, dirigió la vista á la pieza que sirve de trastienda, donde estaba en efecto un hombre que á juzgar por el aparato de platos, botellas y cubiertos limpios, debía ser persona de distincion en la casa que jamás usaba tanta delicadeza con sus *marchantes viejos*.

El dueño de la esquina le servía admirablemente, y su actividad y esmero, envidiarían no pocos afamados hoteles del centro.

Lunk, y Carancho, se miraron de un modo significativo, y dijo el primero levantándose—¿quieres echar suertes?
—Está bien, contestó el segundo.

Al rato, apareció aquel y presentándole su puño cerrado exclamó,—¿pares ó nones?

—Pares, repitió Carancho.

—Nones bárbaro, insistió Lunk abriendo la mano en que tenía cinco garvanzos.

Carancho palpó su cintura inmediatamente, y con un gesto feroz de desagrado prorrumpió en interjecciones diciendo despues al oído de su interlocutor, dejó olvidado su cuchillo.

Lunk despues de arrojar sobre él una mirada de desprecio, contestóle,—está visto que vosotros los criollos necesitais un parque para hacer algo, nada hay en el mundo como los yankees, ya ves, yo, con mis dos dedos, cazo á un hombre, y si le acierto, muerto.

En efecto, Lunk era un mulato norte-americauo, cuyas fuerzas estaban en perfecta relacion con su colosal figura.

En mas de una ocasion, habia hecho la prueba de que acababa de jactarse y sus continuados crímenes le habian obligado no solo á abandonar su pais natal, sino tambien á Méjico y California de donde habia huido ultimamente.

Preso mas tarde, habia tenido ocasión de conocer en la

Cárcel Pública á Carancho, quien á consecuencia de una muerte, estaba cumpliendo el tiempo de su condena.

El doctor Manzano, que como á todos los abogados nuevos, se les impone en el primer año la defensa gratis de los criminales desvalidos, habia conseguido libertarles de la última pena, por lo que esos seres degradados estaban dispuestos á llenar en todo sus deseos y este, por complacer á Emilia, habia hecho uso ya de aquellos malvados como testigos en la causa criminal contra don Agapito, y mas tarde debieran servirle como asesinos.

Poco habian podido aquellas declaraciones, por que la que diera el testigo presencial á que se refirió el doctor, las habia desbaratado totalmente.

Y ese testigo, que fué el que hemos visto acompañar á don Diego desde la casa de don Agapito, era el mismo que tranquilamente cenaba en la trastienda de la esquina, habiendo asi tenido ocasion de oír mas de lo que á Carancho y Lumk convenia, pues sin que ellos se apercibieran, su objeto úrico allí, era espiar sus pasos.

Disponíanse apenas á salir con el objeto de asaltarle, y los contuvo gritándoles desde su mesa ¡eh? perillanes, venid á cenar conmigo.

Aquellos se miraron de nuevo, sorprendidos por la invitacion y el aire despreciativo con que la hiciera.

Vaya, vellacos, continuó el de la mesa, queréis que se os ruegue para comer, ¿ó deseais que se os traiga á empujones?

--Muy guapo debeis ser señor, dijo Carancho sonriendo.

--¿Queréis ver como efectuo mi promesa? les dijo incorporándose de un modo violento.

--Veamos esa gracia, contestó aquel.

--Sepamos quien es Calleja, continuó Lunk.

Y descargando un feroz puñetazo en la mesa, tomó el desconocido la mas cómica actitud gritando hácia el despacho--pulpero, traiga usted rom de Jamaica para mi amigo Lunk, y anís de Mallorca para mi amigo Carancho, lejítimo, ¿eh? cueste lo que cueste, pronto; y al concluir estas palabras se sentó de nuevo.

Mientras aquellos miraban llenos de confusion al desconocido, el pulpero conducía en una aseada bandeja las dos botellas con dos brillantes copas.

El desconocido las llenó inmediatamente, y con una en cada mano les dijo; ea, á beber; pronto.

--Quien se resiste á tanta bondad; señor? y Carancho se acercó tomando la copa, y sorbiendo una pequeña cantidad la dejó de nuevo, mientras que Lunk apenas acercó á ella sus abultados lábios, hizo desaparecer el rojizo líquido.

--¿Cenareis ahora? preguntóles.

--Lo haremos por el gusto de acompañaros, contestaron, y Carancho y Lunk tomaron asiento.

--No os decia yo pillastres, que habíais de cenar conmigo?

--Es que teneis un modo raro de hacer os obedecer, contestó Lunk.

--Es mi jena o, ¿qué queréis? soy capaz de dar la camisa porque me acompañen á la mesa.

--Buen corazon, exclamó Carancho.

-Fui lo mismo desde niño, continuó el desconocido, y empezaron á cenar todos.

- Con que sois vosotros los testigos en el negocio de don Agapito ¿eh?

-Y quien es lo dijo, preguntó Carancho á su vez.

-¡Vaya una pregunta! que necesidad hay de que me lo digan, yo fui uno de los que firmé.... y ya veis que....

-Segun eso, dijo Lumk, tambien os solicitó, el señor....

-Calla animal! le interrumpió Carancho.

-Me lo pidió el doctor, siguió maquinalmente el desconocido.

- ¿Lo conocéis? preguntó Lumk.

-Como que me salvó, á Dios gracias, de un presidio cierto, ¡oh! es una alhaja el doctor: cosa que él diga, ha de ver..... mañana, lo voy á sorprender diciéndole que cené con vosotros.

-Es que.... él nos encargó que en ningun caso dijésemos que le conocemos, dijo Carancho bajando la voz.

-Cierto que si ¿adonde iríamos á parar si todos se le encajasen como conocidos en el estudio? hace bien el doctor, pero.... yo varío de especie.... mañana le voy á ganar una apuesta si me firmais un papel, por que él vá á decirme que no os conoce, yo diré que sí, hago la apuesta, saco el papel, se lo muestro, y se la gana.

-¡Superior! exclamó Lumk, y partís con nosotros la ganancia, ¡oh!... las apuestas son invencion yankee.

- Tan ganada la tengo, que os doy desde ahora la parte que os toca, va á ser por trescientos pesos, y arrojando so-

bre la mesa un billete de banco de 200 pesos presentó el papel que pretendía le firmáran.

Carancho miró á Lumk y el desconocido sorprendió en aquella mirada la desconfianza que se apoderaba de ámbos, pero el último tomó el billete diciendo; vos sois un buen hombre, os lo dice la cara y no habeis de hacer un mal uso de ese papel; y fijándose despues en Carancho le pidió que lo firmára.

Tomó Carancho el papel y despues de algunos minutos para leerlo exclamó ¡*para los paros!* firmar nada menos que nuestra sentencia.

-¡Ah! no amigo mio, si desconfiais de mí, no hay nada de lo dicho, y tendiendo su mano, recojió el desconocido de las de Lumk, el billate de banco.

Viendo este último la insistencia de Carancho, y mas que todo, la desaparicion de los 200 pesos, pegó un brinco hácia él, y tomándolo de la gargüta le decia ¿quieres firmar, bribon, ó prefieres que te despache ahora para la tierra de los mas?

Carancho medio ahogado, alcanzaba apenas á decirle, lo haré... amigo Lumk ... pero, ya ves.... que....

-Sin tanto palique, canalla, firma ahora mismo por ti y por mí, ó te despachurro.

Carancho no tenia cuchillo, y solo asi habia podido abusar aquel de sus fuerzas, y al tomar la pluma dijo, esta no sirve, vóy á tomar otra, dirijiéndose al despacho.

Lumk le siguió, temeroso de que tomando aquel alguna arma, le desobedeciera y quisiera la *rebancha*, pero al enfrentar ámbos el mostrador le dijo este al oido- ¿qué importa

tu firma, majadero? no ves que á mi me toca apretarle el gañote á la salida, y despues se lo sacamos con cartera y todo, ¡que atrasados estais! hasta para robar, tenemos que enseñaros los yankees!

Carancho pensó un momento diciendo despues,--tienes razon, y volviendo ambos á la trastienda, firmó, y lo hizo á ruego de su compañero.

El desconocido recojió y guardó cuidadosamente en su cartera, aquel papel y llevando de nuevo las copas levantóse con direccion al despacho. Llegado allí, agitó un pañuelo blanco diciendo - ¡qué calor! y volvió de nuevo á la trastienda.

Tras él, se presentaron un comisario con varios vigilantes.

Carancho y Lumk se lo explicaron todo, y dando el primero un golpe á la vela, quedó la trastienda sumida en la mas densa oscuridad.

Una horrible lucha se trabó entonces en las tinieblas, el forcejeo de los luchadores aunque sordo, era imponente, los policiales no se atrevieron á entrar, la detonacion de una pistola hizo mas imponente la lucha, á la detonacion se siguió un ronco quejido. Momentos despues se abrió con impetu una puerta interior que dá á la quinta en que está situada la casa.

Una luz apareció en ese momento, pero solo estaba en la trastienda el desconocido bañado en sangre y casi ahogado por el cansancio.

El agente y vigilantes registraron todo, pero en vano. Lumk y Carancho se habian ocultado probablemente en alguna de las muchas zanjas de la vecindad.

El desconocido habia luchado porque en la oscuridad sintió la férrea mano de Lumk, que le hubiera ahogado á no ser por el certero tiro de pistola con que le atravesó el brazo, de modo que la sangre de que estaba emberto, pertenecía á aquel malvado.

.....
 Algunas horas despues, en un pequeño rancho de la calle sola de Barracas, estaban dos hombres.

Uno de ellos, daba ayes lastimeros por el dolor que sufría en su herido brazo. El otro, lejos de consolarle en tan aflictiva situacion, le decia lleno de ira y desprecio, --vosotros los yankees sois hombres admirables, con parques ó sin ellos sois invencibles.... ¡oh!.... gente de ideas muy avanzadas, y de refresco muy bien intencionados, y sinó, dime bribon ¿donde has puesto los 200 pesos? y arrancándoselos del bolsillo, continuó;- por culpa tuya animal, tendré que pasar buenos meses sin ir al centro ni á la esquina, mientras que tu te pondrás desde mañana en rigurosa dieta para curar ese formidable brazo, tan temible como un ferrujiento gárfio de cocina.

Eran Lumk y Carancho, que habian eludido la persecucion policial.



LEALTAD EJEMPLAR.

CAPÍTULO XVII.



AMOS á bosquejar al gaucho argentino, ese ser casi desconocido de la humanidad y cuyas virtudes han sido cubiertas del mas amargo desden por los pocos que han fijado en él su vista.

Y por eso no estrañamos que en Europa, crean que el gaucho no pertenece á la comunidad cristiana de los pueblos civilizados.

No hace muchos años, que en Bélgica disputaba uno

con calor sin que nadie alcanzara á convencerle, de que el gaucho era antropófago.

¡Antropófago el hijo de la patria de la llanura campana, á quien tan caro le cuesta el primer rayo de luz en su patria, que le impone cruel el derrame á torrentes de su generosa sangre en los campos de batalla.

¡Antropófago el hijo predilecto de las planicies virgenes de América, con cuyo trabajo se improvisan esas fortunas fabulosas que envidiarían no pocos potentados.

¡Oh! si los cantos populares sirviesen de norma para juzgar del estado de los pueblos, al oír un *triste*, una *vidalita* ó cualquier otro de sus cantos originales, creeríais traslucir en ellos, los ayes lastimeros de un pueblo que sufre.

Oíd sinó á uno de esos *palladores*, verdaderos poetas del pueblo, y de su guitarra saldrá la expresión de un sentimentalismo tan puro, que tendréis que decir enternecidos: ese desgraciado llora en medio de la alegría campes- tre.

Y llora en eferto, el abandono cruel en que se le ha de- jado.

Llora su destino, porque es el eterno verdugo de sus hermanos; en las estériles luchas que se ve siempre envuel- ta la patria de sus mayores, la patria de sus hijos.

Llora el indiferentismo con que se le trata, la injusticia con que se le desprecia, la crueldad con que se le odia, porque usa el *chiripá*, porque ama el caballo, porque quie- re esa libertad con que se le fascina al domeñar con su po- tente mano el *chúcaro* potro su inseparable compañero de batalla.

Y sin embargo, ese gaucho tan deprimido, constituye la mayoría del pueblo argentino, contra cuyo poder se estrellaron no pocas pretensiones innobles.

El *gaucho*, es el encargado de custodiar la civilización creciente de estos países, y mientras cual centinela avanzado contiene la rapacidad del salvaje, y con su valor personal ensancha los límites de la frontera, aumentando al estado territorios fértiles y valiosos, y á la religión, preciosas adquisiciones donde ejercer su influencia benéfica, mira con predilección á su hermano de Europa, que le lleva allí el producto de su industria con que casi siempre llega á enriquecerle.

¡No hay pueblo mas jeneroso!

Para gloria nuestra, existe aun hoy en el corazón del *gaucho*, aquella hospitalidad cristiana que constituía una de las virtudes mas culminantes de nuestra raza.

Si en medio de la inmensa pampa un turbión os sorprende cuando la noche ha tendido á vuestro rededor su negro manto, y alcanzais á distinguir una lejana luz que indique la existencia de un *rancho*, dirijios á él sin temor, que sea quien fuere su dueño os cederá la parte mas seca de su habitacion para alojaros, y sereis preferido á sus mismos hijos en la cena, que por lo regular, es siempre abundante y sana.

Las *cachas* de vuestro *recado* serán secadas con fraternal solicitud á la lumbre que hace arder abundante, por mas que al dia siguiente tenga que *charamusquear*, para repolerla, y el *amargo mate* que tanto contribuye á haceros apetitoso el succulento asado, os será prodigado con ruegos,

haciéndoos así lo más agradable posible vuestra permanencia en su pequeña aunque aseada cabaña.

Cuando os prometa su fé, contad con ella, que no economiza los medios de probar su buen temple, y en una *yerra*, en una *corrida*, ó por defensoros, espondrá su vida, con la misma facilidad que os la arrebatara, si os nota un acto de falsía, y mas que todo, un desprecio.

Ese es el gaucho.

Y don Agapito participaba de esas virtudes y vicios, por que tal puede llamarse en el *gaucho* ese espíritu de venganza que llega á la crueldad, cuando cree que su dignidad de hombre ha sido hollada.

Nacido en el campo, su ocupacion única fué el cuidado de los muchos ganados que contenia la magnífica *estancia* conocida aun hoy, en el partido de la *Mar-chiquita* por el nombre de «Rosa Colorada,» el cual habia formado su anciano padre antes de pertenecerle, en calidad de mayordomo de un antiguo vecino de aquel partido.

La memoria del autor de sus días le era tan grata, que conservaba con veneracion respectuosa las *boleadoras*, el *lazo* y *apero de campo*, con que aquel habia hecho los rudos trabajos del establecimiento, en los que por su destreza y talento habia acarreadose una justa celebridad entre el gauchaje de aquella comarca.

A su muerte, don Agapito se encontró único heredero de una fortuna pingüe que duplicaba de un modo fabuloso, por que fabuloso fue el aumento en valores de los campos y ganados en esta parte de América.

Participando de la general preocupacion de los *estancie-*

ros acaudalados, destinó una parte de su fortuna para una magnífica casa que hizo edificar en un paraje céntrico de la ciudad, llamando la atención de todos su arquitectura y solidez.

Los muebles para la misma, fueron conducidos èspresamente de Europa y su coche no tenía rival por su lujo espléndido.

Un hombre que aparece por primera vez en la sociedad bajo tan brillantes auspicios, nunca le faltan amigos que se dicen sinceros y leales, esforzándose por probarlo acompañando al flamante *dandy* en el teatro y paseos, ó presentándolo à tal ó cual tertulia.

Por lo regular, esa turba de aduladores, suelen pagar con usura su indirecta explotación, porque además de encargarse de pulimentarle y ponerlo al corriente en las modas y demas miserias de la *alta sociedad*, son los que se encargan gratuitamente de esparcir en ella la fama de sus virtudes ó exajerar esa fortuna que sórdidamente tratan de minar, resultando de ahí, que rodeado de distinciones mas tarde, concluye aquel por despreciarlos, apercebido del espíritu especulativo que los anima.

Don Agapito habia hecho tambien por este medio su aprenajaje social; pero alcanzó apenas à llevar con desenvoltura el frac. No se habia del todo habituado al guante, ni conseguido dar à su cuerpo el aire y esbeltéz que tienen regularmente los hijos de las grandes ciudades, cuando se vió envuelto en la doradas redes de Emilia.

Casado mas tarde, los disgustos de su nuevo estado y mas que todo los celos habian emponzoñado su corazón.

freso despues injustamente, su desilusion fué ya completa, dudó de la justicia de los hombres, comprendió que la influencia, la intriga y el vicio, son los árbitros de las sociedades, y que el oro suele ser en ellas el mayor euemigo del que lo posée, si tiene un corazon sencillo y puro.

En medio de estas reflexiones que oprimian su desgarrado corazón, presentóse uno de esos hombres que parecen mandados por Dios para esparcir entre sus semejantes el consuelo.

Ese hombre providencial, interesábase tanto en su suerte, que mas parecia un cariñoso padre que un desconocido.

La gratitud de don Agapito se aumentaba, viendo la perseverancia y la prudencia con que alcanzó aquel á romper la infernal trama en que queria envolverle el doctor Manzano, demostrando con brillantéz que si á las deprabadas intenciones uniera este una ilustracion y talento de que carecia, esto es: si no fuera una de las muchas medianías insignificantes, podia constituirse en un verdadero flajelo de la sociedad.

Sumariado el proceso, el juez no encontró causa fundada para retener por mas tiempo á don Agapito, y declarándole inocente decretó su libertad.

Eran las dos de la tarde de un dia de Mayo de 1854 y el desconocido entraba á la prision de don Agapito con el escribano de la causa, para notificarle de aquella resolucion.

El honrado rostro del encarcelado fijóse en el de su libertador, sin poder articular una sola palabra, solo sus ojos espresaban la gratitud de su alma.

El desconocido entonces abrió sus brazos, y don Agapito fué á él, estrechándole tiernamente pudiendo decirle apenas--Gracias caballero.

Un coche de plaza, partió momentos despues desde la cárcel, en direccion á la elegante casa del rico hacendado, donde bajaron ámbos.

--Os debo la vida caballero, algo mas, mi honor; porque sin vuestra noble decision mi nombre hubiera figurado quizá en la lista fatal de los asesinos; creedlo caballero, no olvidaré jamás vuestro humanitario y jeneroso proceder en mi desgracia. Y á estas palabras, don Agapito no podia contener esas lágrimas que se distinguen siempre cuando las produce el corazon agitado por un noble sentimiento.

--Nada me debeis amigo mio, creo pagar una antigua deuda á vuestro honrado padre, dijo sonriendo el desconocido.

--¡Cómo! ¿le conocisteis caballero?

--Ha sido mi mejor amigo en el Arroyo Chico el año 22, desde cuya fecha no le he vuelto á ver, porque los sucesos politicos de aquella aciaga época me obligaron á huir del pais para salvar mi vida.

--Segun eso.... ¿quién sois caballero?

--Un hombre sin hogar, á quien la fortuna favoreció bien poco.

--¿Estais pobre?

--Algo mas que pobre.... muy desgraciado, amigo mio.

D. Agapito elevó sus manos al cielo exclamando: ¡Gracias Dios mio! que proporcionais el medio de demostrar mi reconocimiento al mas bueno de los hombres, y despues de

una pequeña pausa continuó. Quiero imponeros de un secreto de mi vida, caballero, vuestra preciosa amistad me es indispensable y no deseara hicieseis á la memoria de mi buen padre una injusticia como la del infortunado don Diego de Mendoza.

Como sabeis, fue el mayordomo de la estancia «Rosa Colorada,» y su dueño, que es un español, cuyo nombre no es del caso, hizo una venta simulada en favor de mi padre por temor de que fracasara una revolucion que se meditaba entonces, y en que parece estaba mezclado.

No fué esto solo, continuó, al desaparecer del partido, llevóse la esposa de un hombre influyente, el cual hizo destacar partidas armadas en opuestas direcciones, y hasta hoy se ignora su paradero. Unos creen que en la fuga fué descubierto por la partida que capitaneaba el burlado esposo pasando á ambos con su cuchillo, otros aseguran que al embarcarse por la *Laguna de los Padres*, sobrevino un horrible temporal que hizo zozobrar la débil balenera naufragando todos.

Sin embargo, noticias posteriores lo dieron en Montevideo unas veces, y otras en el Brasil: pero despues de las mas activas dilijencias hechas por saber la verdad, todo hace creer lo primero. Como veis, est estancia no me pertenece, pero ella me dió una fortuna, y mi honrado padre al morir, me recomendó con instancia que aunque solo estoy obligado á devolver ese establecimiento con tres mil vacas que tenia entonces, hiciese lo posible por entregar á su antiguo patron, la mitad de cuanto existiese.

Figuraos pues, que solo allí, tengo hoy 25,000

animales vacunos, sin otros veinte mil mas en otra estancia que hace poco tiempo compré; agregad á eso, dos millones en el Banco, esta casa y otras mas, y deducireis que soy lo que se llama un hombre acomodado.

Esa fortuna, acumulada por las privaciones y el trabajo mas constante, debió servir para hacer la felicidad de una mujer. Quería una familia donde ver el producto de mis afanes, me casé, y... ya sabeis cuanto me costó esa dura prueba... decidido á volver al campo, para nada me es necesaria la fortuna.... el gaucho, ¿precisa otra que un buen caballo?... ya veis que quiero y puedo seros útil.

El desconocido estaba consternado al oír aquella revelacion cuyo secreto conocia, y despues de un momento, como si estubiese hablándose á sí mismo, balbuceó entre dientes... ¡oh! no me equivoqué, ejemplar fué siempre la lealtad de Nolasco; y dirigiéndose despues á don Agapito continuó.-mal haceis amigo mio en renunciar así á vuestro trabajo, ¿sabeis acaso, si teneis ya un sucesor?

-¡Ah! No me habéis de eso, os lo suplico; si la infame se atreviera á darme un heredero, le haria pedazos, para que mejor pudiera compartirlo con su impuro amante Jorje de Leon.

-¡Jorje de Leon! exclamó lleno de asombro el desconocido, ¿conoceis á Jorje de Leon? ... ¿donde vive?

-En el número 209 de la calle de México contestó don Agapito sorprendido del efecto desagradable que en aquel habia habia hecho ese nombre, y mas, viéndole levantarse súbitamente diciendo.-tengo que ver ahora mismo á ese sujeto. ¡oh! hace diez meses que le busco.

—Pero antes, sepa al menos el nombre de mi bien fechor, repitió don Agapito humildemente.

¿Mi nombre?... ahí lo'teneis en esos papeles, y sacando varios de su bolsillo, se los entregó con un apretón de manos diciendo:—Hasta mañana amigo mio, y en seguida lo dejó apresuradamente,. . . ¡Pobre Jorjel exclamó despues apurando el paso hácia la puerta.



LA PARTIDA.



CAPÍTULO XVIII.



MIENTRAS en la casa del rico estanciero pasaba la escena que acabamos de describir y el corazón de don Agapito se expandía á impulsos de la mas noble gratitud, en la de Emilia pasaba otra de un género diverso.

El corazón de la coqueta debilitado por el cansancio de encontradas emociones, ulcerado por los medios terribles que había puesto en juego para sembrar la muerte y la desesperacion, sentía repercutir sus criminales deseos.

La encarcelacion de su esposo anunciada por el doctor Manzano, daba un pujante embate á los innobles proyectos que su imaginacion de torbellino forjara.

Pero cuando se han dado los primeros pasos en la via del crimen, dificilmente se puede resistir esa fuerza impulsiva con que la fatalidad parece complacerse en arrojar al desgraciado por esa pendiente resbaladiza que con raras excepciones, solo al verdugo le es dado contener elevándolo al patíbulo.

«Si no muere como un asesino, morirá asesinado» fue la bárbara promesa que el doctor habia hecho en cambio de un impuro deseo, y Emilia veia en el cumplimiento de esa promesa, el medio único de poseer una gran fortuna y ser adorada de Jorge, porque dotada de una vanidad exajerada por sus amorosos triunfos, creia que aquel no pudiera resistirla al poner personalmente en juego sus abundantes medios de seduccion.

Para la realizacion de esa sangrienta promesa, contaba el doctor, con Lumk y Caraneho, á quienes habia ofrecido una remuneracion pecuniaria, y por eso habiase apresurado á anunciarles acecháran la víctima que deseaba sacrificar bárbaramente.

Emilia aguardaba con ansia al doctor para saber el resultado de esa criminal operacion.

Una hora despues entraba aquel, y en su rostro pálido y desencajado habia algo de horrible que magnéticamente fué trasmitido al de Emilia, quien sin poderlo remediar preguntóle instintivamente... --¿ha muerto ya?

--No: contestó el doctor con ronca voz, no ha muerto ni

morirá mientras al diablo se le antoje protegerle; ese hombre maldecido debe tener al infierno en favor suyo, pues por mas que pienso, no concibo como....

-Pues ¿qué pasa doctor? preguntó Emilia llena de sobresalto

-¿Qué hemos sido descubiertos

-¡Descubiertos! repitió aquella, retrocediendo de espanto.

-Descubiertos, amiga mía, y lo peor es, que nada tengo que alegar en este asunto, uno de los que debieran hacerle espigar sus maldades; tiene un brazo hecho pedazos, de lo que es muy factible muera en estos días, y relatando á Emilia lo pasado en la trastienda de la esquina de Pérez, maldiciendo la torpeza del mulato norteamericano, que habia hecho firmar á Carancho la declaracion fatal que ponía de relieve sus ocultos y criminales planes, de lucía con razon los justos y mas que fundados temores que abrigaba, de que ámbos pagáran con usura al *gaucho bárbaro*, como él lo llamaba, los siete meses de cárcel que por su abogadil chicana habia sufrido

-¡Ah! doctor! no es eso solo lo que debemos temer, dijo Emilia dando un suspiro. Conozco lo bastante á ese hombre, y no podemos escapar á una muerte cierta, no lo dudeis, su carácter rencoroso y vengativo, le hará internarse aqui; y.... ¡oh! me horroriza esa sola idea.... cuanto mas descubiertos estemos, tanto mas certero será el golpe que estará ya meditando, marchemos doctor, abandonemos por algun tiempo nuestro país.

-¿Y me seguiriais con gusto Emilia?

-Si, doctor, estoy pronta á seguirlos.

--Pero no concibo adorada mia, ese vuestro espontáneo sacrificio porque tal puede llamarse el abandono de nuestra patria, donde están las afecciones de vuestro corazón, vuestras amigas de infancia, y mas que todo; no habiendo hasta hoy merecido yo una de esas pruebas de amor que tanto os supliqué.

--Creí en eso faltar á mis deberes de mujer, de esposa; á todos los deberes que impone la sociedad.

--¿Y ahora? estais....

--Ahora que la desgracia nos abruma, ahora que participamos ámbos de igual riesgo, que estamos identificados por una causa igual.... ahora.... quiero acompañaros, ¿me despreciaríais doctor?... y fijó en él sus centellantes ojos.

--Imposible, adorada mia, ¿no os he dicho ya, ¿cuanto os amo?... mas ¿por qué no sellar desde ahora ese amor por que deliro? Una sola prueba, Emilia, os lo suplico, y abriendo sus brazos se dirigió á ella. Un fuerte golpe se sintió en ese momento en la puerta, y retrocedió inmediatamente.

A ese golpe palidieron ambos.

La conciencia, ese juez inexorable de los actos del hombre, los hacia entrever en cada paso á don Agapito pidiendo á ambos las mas severas cuentas en desagravio de tan indebidos ultrages; pero no éra él.

El mismo agente de policia que hemos visto en la esquina de Perez, entregó un pliego cerrado al doctor.

Al recibirlo temblaba como un azogado, y aunque embargada la voz, atrevióse á preguntarle, ¿me diríais el objeto de vuestra comision, caballero?

El agente, no contestó.

El doctor pasó vista por el pliego y su contenido le conmovió tanto, que á pesar suyo, tuvo que apoyarse en un sofá porque le abandonaban sus fuerzas.

Emilia temblaba tambien, por mas que ignorase lo que pasaba.

--Os dignais decirme, caballero, suplicó de nuevo el doctor dirijiéndose al agente, la causa de este original destierro? porque ya veis que en esto, hay falta de respeto á las fórmulas, una amarga burla á los derechos del ciudadano; la Constitucion caballero, ese código cuyas páginas costó arroyos de sangre argentina, es la salvaguardia de todos á despecho de los tiranos, de la mazhorca, del caudillage y de...

- Señor mio, le interrumpió el Agente, es inútil que me hableis de códigos, leyes y paparruchas, mi comision, es haceros presente que se ha denunciado un hecho bárbaro en que sois principal actor. Las pruebas están ya en manos del juez competente. Dos conocidos bribones son cómplices vuestros, y en la cárcel donde se hallan hace pocas horas, han confirmado aquella denuncia en sus declaraciones. Por fortuna, no hay un hecho semejante de que puedan avergonzarse los hombres que pertenecen al foro, y ese juez cuya conducta reprochais, es el que mas se empeñó porque este suceso sin ejemplo, incalificable por la calidad de persona que lo comete, quede encubierto en el misterio y la duda, porque hay escándalos, señor doctor, que dándoles publicidad ó el castigo condigno, se hace un mal mayor á esa moral pública que se trata de satisfa-

cer, y por eso vengo á proponeros dos medios, --ó me acompañais, para embarcaros en el vapor «Pantos» que parte pasado mañana para Bahía Blanca, donde se os destierra por cinco años, ó á la cárcel pública, para comenzar desde mañana la sumaria en forma.... elegid ...

El doctor Manzano no podia decir una sola palabra, su vista no se desviaba del suelo, y despues de algunos momentos de reflexion dijo con cierto aire de resignacion compungida: en ese caso *optaré por la primera proposicion.*

--Al avío, contestó el Agente tomando su sombrero.

--Pero antes necesito ir á mi casa, me permitireis repararme y dar mis órdenes, insistió el doctor.

--Teneis razon, se me olvidaba deciros que podeis disponer de cuatro horas de tiempo como una prueba de consideracion á vuestra clase.

--Ya se ve que sí, contestó aquel enfatuado, donde iríamos á pasar sinó distinguiésemos....

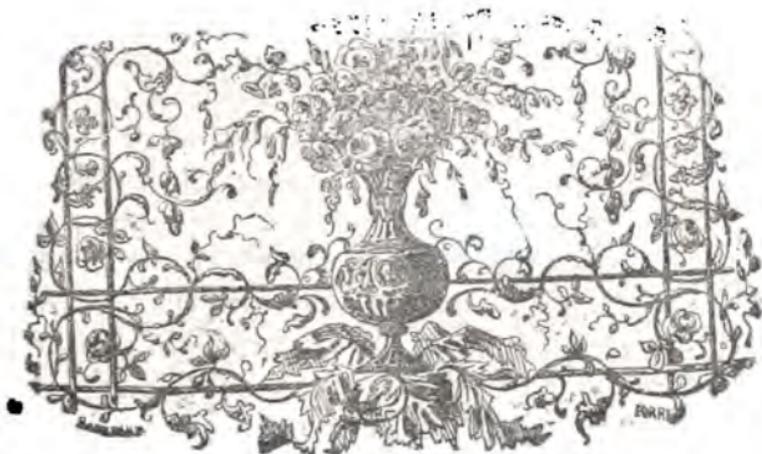
--Si señor, hay desgraciadamente entre nosotros distinguidas clases, verdadera aristocracia de la víspera, pero mas insolente y tiránica que la de los títulos en los países monárquicos. ●

El doctor notó en las palabras del agente y en el modo de espresarlas, algo de hiriente que le chocaba; pero nada contestó.

Emilia se levantó de su asiento y acercándose al doctor, le dijo con voz casi imperceptible, marchad tranquilo, que mañana tomaré un boleto de pasaje en el mismo vapor para acompañaros.

--Segun eso, contestó aquel, hasta mañana ¿eh?

--Hasta mañana, repitió Emilia presentándole su mano, quien oprimió el doctor cariñosa y tiernamente entre las suyas.



REVELACIONES.

CAPÍTULO XIX.



ORRE Jorge! fueron las palabras últimas que hemos oído pronunciar lleno de emoción al desconocido, cuando dejó precipitadamente la casa de don Agapito, y repetía las mismas al atravesar el patio de la casita en la calle de Méjico.

A su entrada, vió en una de las testeras de la sala; un cuadro pendiente de un grueso cordon de seda punzó; y su impresion fué tal, al fijarse en el objeto que representaba, que á pesar suyo tuvo que dar suelta á un hondo suspiro.

Sentóse frente á aquel cuadro, y Jorje le contemplaba silencioso notando que algo de misterioso pasaba en ese hombre, cuya vista hacía girar rápidamente, al fijar sus ojos centellantes ya en el cuadro, ó ya en él, pareciendo que algunas reminiscencias del pasado le asaltáran ó absorbiesen todo su ser, aquellos únicos dos objetos de que no podía desviar su vista.

¿Quién será este hombre? ¿qué puede traerle aquí? decía interiormente Jorje que ansiaba por saberlo; pero aquel seguía silencioso, enjugándose el copioso sudor que en gruesas gotas se desprendía de su abrasada frente.

-Parecís algo agitado, caballero, dijo Jorje interrumpiendo su silencio.

-No lo extrañéis amigo mio, hay desgracias cuyo recuerdo amargan siempre, vos sois demasiado jóven para comprender esos pesares.

-Es que hay jóvenes á quien la fatalidad sorprende desde muy niños, y yo.... pertenezco á ese número.... contestó Jorje.

Esas palabras causaron en el desconocido una estorsion visible, su frente se abatió al escucharlas, pareciendo que en ellas se envolviera un tremendo reproche que venia á aumentar la agitacion de su espíritu.

Despues de algunos momentos de silencio, ese hombre por quien Jorje sentia ya un vivísimo interés, continuó diciendo--fuisteis desgraciado ¡pobre jóven! heredasteis en eso la fatalidad de vuestros desgraciados padres.

- La fatalidad de mis padres decís? repitió Jorje lleno de

asombro, porque era la primera vez que se le hablaba de ellos.

-Sí, la fatalidad de vuestros padres, pero el cielo hará lucir bien pronto la empañada estrella de vuestra ventura... ¿qué es la vida amigo mio? una cadena no interrumpida de pesares, flores y espinas son, el camino que al hombre se reserva, y feliz del que al llegar á su término, el recuerdo de una mancha no oscurezca la brillantez de su conciencia.

- Pero vos me habláis de...

-De vuestros padres, interrumpió con viveza el desconocido, de quienes voy á relatar parte de una historia que es muy probable ignoreis.

-¡Oh! hablad señor, de esos seres queridos de mi alma, y si alcanzais á descórrer el misterioso velo que ha cubierto hasta hoy el nombre del autor de mis días, si existiese en el mundo ese ser que solo alcancé en mis sueños infantiles, si pudiese.... ¡ahl.... perdonad, si me dejé arrebatarse en este momento por la idea de verle, de abrazarle..... ¡soy tan desgraciado!... hablad caballero, continuad; ya os escuchó.

-Permitid que retroceda á una época que no os pertenece, dijo entonces aquel hombre, y despues de enjugarse de nuevo la frente continuó:

-Una mujer.... ¿qué digo?... ¡un ángel! ocupaba el corazón de un jóven español, amábanse como suelen hacerlo nuestra juventud á la edad de las ilusiones; era el uno para el otro, lo que el rocío ó la suave brisa para la flor. Esto pasaba en la época que los españoles de América creyeron deber hacerse solidarios de sus actos ante el mundo

civilizado, rompiendo las tradiciones que les ligara á la madre patria; os hablo del año quince. El año diez y siete, ese mismo jóven por sospechoso á la causa de la independencia, fué puesto en prision, para desterrársele mas tarde.

Un jóven oficial que acababa de distinguirse en la campaña del Perú, llegó con varias recomendaciones para los padres de esa jóven, y su influencia, sirvió admirablemente á los deseos de aquel ángel de bondad, que velaba siempre por su amante encarcelado; restituyéndole la libertad.

El jóven oficial se enamoró de ella mas tarde; y sin consultar su corazon por confiar demasiado en su gallarda presencia y nombradía, la pidió á sus padres, que accedieron gustosos á esa solicitud, pero..... ella era porteña... y la mujer porteña cuando ama, no tiene otro guía que su leal corazon, á quien ciegamente obedece. Resistió ese enlace.

Los padres tratan de convencerla de sus ventajas, el uno militar, jóven, valiente, el otro, comerciante regularmente acomodado, y al fin.... ¡gallego!

Las instancias de los padres llegaron á la amenaza, y aquel corazon tan puro como uno de esos dias de otoño en que el viento *pampero* en este pais, refriera los ardores del pasado estío, mostrándoos en pleno dia, las rutilantes estrellas de ese cielo de color oscuro-azul: aquel corazon, quiso escapar de una atmósfera asfiixiadora, y una noche..... abandonó la casa de sus padres para pasar á la de su amante.

Al verla aquel, tembló; comprendió cuan graves podian serle las consecuencias de este hecho, el amor le hacia vacilar: ella lo mira, y esa mujer ébria de pasion, que abandona

naña la familia, desdenaba las preocupaciones sociales, y hubiera sacrificado su existencia en aras de ese amor que devoraba su corazón virgen, al ver en el objeto de ese mismo amor, un momento de frío cálculo, de vacilante actitud; le dijo, - ¡oh! tarde he comprendido la tibieza de tu alma, y dejándolo precipitadamente, se perdió en la oscuridad de la sombría noche.

El joven siente el peso de esa reconvencción tremenda, corre tras ella, pero.... ¡en vano!.... parecía una de esas vaporosas nubes blanquecinas impulsadas por el huracán á quien nada le es posible contener, ella se introdujo con la velocidad del rayo por la entreabierta puerta que antes abandonara, tócala el amante, pero aquella puerta se resistió á sus esfuerzos.--Abre Elena mía, abre, ó me verás muerto mañana, dijo el desesperado joven, y solo oyó el eco de su voz que pareció repetir en las tinieblas.... mañana.... y en efecto, solo la luz matutinal de ese mañana, presenció las lágrimas del desgraciado ... sospechais quien sea esa Elena ¿joven?

--¡Oh! si.... si.... y uniendo Jorge sus manos temblorosas, fijó su vista llena de lágrimas en aquel cuadro pendiente del cordón punzó exclamando con conmovente voz... --esa Elena, esa Elena, eres tú, madre adorada!

El desconocido enjugó dos lágrimas y después de un momento de pausa continuó.--Al siguiente día del suceso que acabo de referiros, la amorosa Elena, vuestra madre, efectuó su enlace con el bizarro oficial de «Húsares de Tucuman» cuyo jefe era entonces el denodado Lamadrid.

--¡Desgraciada!!

--¡Muy desgraciada á fél., porque pasaron apenas seis meses de su enlace, y ese militar á quien se le habia confiado la frontera del sud, se entregó á los mayores escesos. Una de sus antiguas meretrices tenia sobre él una influencia decisiva. La esposa resentida reprocha tan torpè proceder, suplica, llora,--él se burla--y la desgraciada se dirige á la capital.

En su camino, rompióse el coche que la conducia, viéndose obligada á pedir hospitalidad en la primer *estancia*. Allí, una enfermedad grave le asalta, y él dueño de ese establecimiento la prodigó los mas tiernos cuidados. El cruel esposo prestando graves atenciones del servicio, no se dignó verla jamás; ella llora tan inhumano abandono, y el solícito dueño, uniendo sus lágrimas á las de aquel ángel de ternura, la decia con el alma desgarrada,....--¿habiais creído acaso, que alguien os amára como yo en el mundo?.... escuchadme.... Cuando el crepúsculo viene á alumbrar mi marchitado rostro por el volcánico fuego que el pecho encierra, mi primer pensamiento es dedicado á vos, que fulsteis la vírgen de mis primeros amores; si fatigado por mis eternos pesares, me dejó guiar en la veloz carrera por la voluntad de mi caballo sin que la brida le contrarie, es que vuestra imágen adorada absorbe todos mis pensamientos, sin recordar que existo; y si me vieseis fijar la vista en vuestras cartas que un tiempo fueron mi único consuelo, aquellas cartas que aun hoy me hacen feliz, porque me recuerdan la felicidad pasada, temeríais que se quemáran, si las lágrimas que vierto sobre ellas, no mitigáran el ardor de mis miradas... ¡y sin embargo! solo he

tenido para ofrecerlos, *una alma cuya tixieza habeis comprendido tarde*, y por eso, la abandonasteis cruel.... ¡ah señora!.... permitid, que os felicite por ello....

El que así hablaba, el dueño de esa estancia, era el antiguo amante de Elena.

Dos meses pasaron prodigándose las mas delicadas atenciones. la salud de aquella fué completamente restablecida, el olv.do criminal del esposo, formaba un singular contraste con los sentimientos delicados del rendido amante, y... al fin.... obedecieron ámbos á su destino. Una noche, se embarcaron por el Tuyú para el Brasil, donde residieron ocho años siendo los seres mas felices del mundo.

Jorje respiró, por la necesidad de dar un desahogo á su corazon oprimido por este relato.

El desconocido fijó en él su vista diciéndole,--vais ahora á tocar las espinas de esas flores, amigo mio, comienza vuestra historia.

--Continuad señor, suplicó Jorje conmovido.

El desconocido hizo un frio movimiento de cabeza, resaltando la desilusion y el despecho que poesía, y despues de algunos momentos de silencio, continuó.

--El año 27 vuestra madre dió á luz un niño, érais vos, acontecimiento que llenó de júbilo aquellas almas enamoradas, creyendo que el cielo bendecia al fin una union santificada por el amor mas puro.... pero.... en mala hora, se presentó un hombre en aquel santuario de paz y felicidad, miró á vuestra madre, ella lo conoce, y un ¡ay! desgarrador hace volar al amante en su auxilio. Al ver que ese hombre blandía un puñal sobre el pecho de su amada,

donde reposaba el hijo querido; corre á él, y lo desarma. Ambos se miran, eran vuestro padre, y el esposo de vuestra madre.... ¡hazaña digna de un cobardel dijo vuestro padre, mirándole de un modo despreciativo, queríais derramar la sangre de mi alma, pero debéis antes derramar la de mi corazón, venid; y salieron ámbos.

—Y mi padre, señor, ¿murió mi padre? exclamó Jorge sobresaltado.

—No; contestó el desconocido, vuestro padre, mató al otro, pero tuvo que huir, y.... no ha vuelto á ver á la mujer de sus ensueños, al hijo de su corazón....

Los sollozos del desconocido le embargaron la voz, y no pudo continuar en su relato.

Jorge entonces se levantó y con acento de desesperación le dijo, pero ¿mi padre vive, caballero? ¿ha muerto ya?.... ¿sabéis algo de él? ¡oh, decídmelo por Dios!

—Vuestro padre fué declarado criminal por las autoridades del Brasil, y.... no quiero mortificaros relatando los padecimientos del desgraciado, en los bosques de aquella naturaleza tan feráz como insana. Siete meses pasó vagando en ellos noche y día, para pasar á la República Oriental, pero lo capturaron en el tránsito y lo remitieron á Bahía de donde fugara.

Tratado con esa brutal crueldad que distingue á los brasileros, cuarenta y ocho horas después de su arribo allí, le sentenciaron por ocho años á uno de los fétidos calabozos de su inmundada cárcel.

Vuestra madre había marchado ya para Montevideo donde debía esperarle, pero viendo que los años pasaban

uno tras otro, que nada se sabia del objeto de sus suspiros, que sus recursos minoraban dia por dia, tomó la determinacion de pasar á esta. A su venida tuvo la precaucion de dejar la mitad de un documento público, por el que os reconocia vuestro padre su único y universal heredero; por sí muero, dijo ella á la persona á quien la mitad de ese documento fué confiado—decidle que por él, reconocerá algun dia á su hijo querido. Pasados los ocho años, cumplida su fatal sentencia, viene el desgraciado con la esperanza de unirse á las dos mitades de su corazon pero.... ¡en vano!.. .

Recoje la mitad del documento, y aunque sabia que aquí su nombre figuraba en la lista de los enemigos de la República, no se arredra, os busca por todas partes.... un dia le conocen, y despues de cinco dias de prision, le destierran á Europa, obligándole á embarcarse en el Paquete inglés.

Desesperado entonces, sin esperanza ya de encontrar los dos únicos séres á quienes estaba ligada su existencia. dirije desde Europa innumerables cartas, pero nunca.... nunca.... pudo obtener una contestacion.

Es que la comunicacion era violada, y á los desgraciados emigrados se les negaba aquí, hasta el consuelo de comunicarse con la familia. Sus esperanzas estaban ya disipadas, y cuando el peso de sus infortunios le agobiaban, un dia del año 53, le llevan del correo, en la Coruña, una carta, reconoce aquella letra querida, la besa, ábrela enagenado por el gozo de su alma, ve el atraso de la fecha porque era del 51, pero esa carta le reanimó cual si fuese

una chispa divina, era de su Elena, de su querida Elena, donde le acusaba recibo de la última, que era para ella la primera, y vuestro padre se impuso de su estado y del supuesto apellido que os han forzado á usar las circunstancias. Embarcóse inmediatamente para Lisboa, donde tomó el paquete para venir á esta, sabe en Montevideo que su Elena murió.... que voló al cielo para aguardarle.... pero.... antes.... ese padre desgraciado.... quiere abrazar á su hijo y.... levantándose el desconocido abrió sus brazos hácia Jorje con delirante frenesí exclamando como un loco..... -¡Hijo mio!.... hijo adorado! alma de mi alma!...

- Padre!.... ¡mi amado padre!.... ¡padre desgraciado! y Jorje enagenado tambien, por la emocion violenta que sufría, abrazó á aquel hombre por quien su corazón sintió desde el momento de verle, las mas ardientes simpatías, y ámbos confundieron sus abundantes y tiernas lágrimas.



UNA INVASION.



CAPÍTULO XX.



A Pampa! esa planicie estensa que sirve de baluarte al hombre primitivo, despreciando y resistiendo las promesas de una civilizacion de rientes labios y negra alma, presentaba un aspecto imponente y sombrío.

Diriase que era el intermedio de este mundo à otro peor.

Era una de esas noches tormentosas cuya oscuridad interrumpia á cada momento, la vívida luz del lampo.

La lluvia caía á torrentes, y los vientos desencadenados

al pasar por los elevados pastizales y espadañas de que se hallan cubiertos aquellos solitarios desiertos, formaba con sus silbos una música discordante é infernal.

El *yajá* y el *tero* con sus graznidos, contribuían á aumentar los rumores fatídicos que se oían por doquier, entre los que se distinguían los bramidos del *tigre* y el *cimarrón*, al abandonar despavoridos sus guaridas para esconderse en las espesuras de aquella inmensa y vírgen dehesa, que servirá mas tarde de asiento á florecientes y poderosos imperios.

En esa noche, todo era movimiento allí; pero ese movimiento de luz y tinieblas, ese movimiento imponente de los elementos en lucha, sin órden ni concierto, y cuya solución lójica debe ser la desaparición total de la humanidad.

En medio de ese cuadro severo y aterrante de la naturaleza, apareció un grupo de hombres ginetes en briosos caballos á quienes era indiferente cuanto pasaba en torno suyo, pareciendo otros tantos centauros vomitados por el infierno, para hacer mas imponente aquella escena de turbación y espanto.

Ese grupo se aumentaba y seguía impertérrito á toda brida en lo mas recio de la tempestad, sin que bastára á contenerlo las oscilantes y rojizas cintas de fuego que producía el rayo al caer con impetu cerca de los cascotes de sus caballos, probablemente acostumbrados ya, á juzgar por la regularidad no interrumpida de su marcha.

Asi siguieron toda la noche, y ni la larga distancia recorrida, ni la variación del viento hácia el sud que soplabá

cada vez mas recio, bastaron á calmar la tempestad de aquella noche horrible.

Serian las cuatro y media de la mañana.

De la parte de oriente comenzaba apenas á dibujarse en el horizonte una faja cenicienta, preludiando la proximidad del dia, y un grito extraño y salvaje semejante al relincho de un potro se oyó en ese momento.

El grupo hizo alto, y cual si fuesen los ojos de una inmensa máquina cuya fuerza impulsiva obedecieran, aquellos hombres se apearon todos, clavando cada uno de ellos al frente de sus caballos, las largas lanzas de «caña tacuara» con que venian armados.

Un momento despues, otro grito resonó de nuevo semejante al ronco quejido de un tigre, y á ese grito, volaron cuatro de ellos inmediatamente, hácia el paraje de donde partiera; llegados allí y despues de una extraña jenuflexion se sentaron alrededor de uno que parecia el gefe de todos, á juzgar por el aire de superioridad que en él se notaba, y el silencio respetuoso de cuantos le rodeaban.

Tomando aquel la palabra con sonora é intelijible voz, les dijo--Caciques de la pampa, hemos atravesado desde *Salinas* por el *Sauce*, *Pilla-huincó*, *Indio-rico*, *Quequen-Salado*, *Tres-Arroyos*, *Cristiano Muerto*, y *Pescado Castigado*, sin que nuestros eternos enemigos nos hayau sentido.

“Estamos ya en *Chapa-leofú*, ahí teneis á vuestra izquierda el orgulloso *Azul* cuya blanca tolderia debemos reducir á un vasto osario, en medio de nuestros verdes campos.

“Mas allá, á vuestra derecha, el *Tandil*, que se esconde de nuestra vista rodeado de sus altas sierras, tembloroso

quizá al recuerdo del valor de nuestros antepasados, cuando hicieron de sus toldos pajizos y endebles como sus miserables moradores, un monton de cenizas, y de sus mujeres un rebaño miserable de esclavas.

“El cielo, nos es propicio en esta campaña, el temporal nos acompañó para retemplar nuestro bélico ardor, y el viento, el agua y el rayo, se disputában el placer de abrazarnos, cual si fuésemos los hijos mas queridos de las tormentas.

“El gran Adivino, me vaticinó una total victoria, y ya sabeis que el bramido del tigre, es cierto augúrio del dominio que vamos á alcanzar sobre el cristiano.

“¿Veis esa agua que surca á vuestros pies en todas direcciones? pues bien, mientras la sangre de los que por cuatro siglos ocupan las pintoreças orillas de nuestros mas grandes rios no sea derramada de igual modo, no volveremos á recuperar nuestras antiguas posesiones de *Carruelauquén, Nagüel-rucá, Guaca-loncoy, Mari-huincúl* y demas, hasta llegar al Salado, límite que nuestros abuelos señalaron á la avaricia de los bárbaros dominadores de nuestra tierra.

“Guerra, pues; pero guerra sin piedad, guerra sin tregua, arrebatad cuanto podais, quemad cuanto dejeis, matad cuantos veais... ¡oh!... si, matad, matad á esa raza *intrusa y advenediza*, que estirpó los florecientes imperios que, del Amazonas al Plata se estendian pertenecientes á nuestros mayores, esa raza impura que nos ha traído el *gualicho* (1)

(1) La viruela, enfermedad que era desconocida entre ellos, y á que tienen un grande horror, llaman *gualicho*, á una cosa maligna ó diabólica.

con que se infestó el embalsamado aire de nuestras selvas. ¡Guerra! hasta que nuestros caballos se ahoguen en la sangre de esos malditos.

—¡Guerra! ¡guerra! contestaron los cuatro que antes le escucháran atentamente, y despues de hacer blandir uno de ellos su lanza, se dirigió al jefe que antes le exhortara diciendo—Gran *Calfucurá*, os juro por el Dios bueno, que yo *Yanquetruz*, descendiente del gran *Cacique negro*, á quien nadie se atrevió á disputar la Patagonia, despues que siembre la muerte y el espanto por do-pase, entraré en el Tandil, (1) y haré temblar con mi sola presencia al indómito cristiano.

—Conozco tu valor, hijo leal de esta tierra bendita, contestóle *Calfucurá*.—No serías tu el descendiente del gran *Cacique negro*, terror de la Patagonia, sin ese valor que en tus ojos centelléa. Predicho está, overo debe ser el hijo del tigre, ágil y lijero cual el viento, el del venado que recorre nuestros campos, fuerte el del potente toro, y tu no dementirás en tu porte los heróicos hechos de tus ascendientes; y vosotros, nobles *Cachul* y *Catriel*, centinelas avanzadas de la pampa en *Tapalquen* de donde fuisteis bárbaramente arrojados por el cristiano, á vosotros toca recupera r ese puesto de honor, pero no sin que ántes hayais hecho del Azul un monton de cenizas.

—Si, si, contestaron con salvaje afan los dos á quienes fueron dirigidas aquellas palabras: si, y malditos :éamos, si *Tapalquen* no se recupera (2).

—A mi, la *Lobería*, continuó *Calfucurá*.—La costa del mar

(1) Lo verificó el año de 1856.

(2) Lo consiguieron por un tratado que se celebró posteriormente.

fué siempre lo mas peligroso. Es por allí que la sagacidad del cristiano encontró siempre el medio de cortarnos la retirada, y por mas que el cruel *Benituachado* (1) quiera hacer alguna de sus muchas «artemañas», yo sabré burlar su vigilancia, os lo prometo.

--Muy bien, muy bien, dijeron todos,

--A «Cañumil», Las Flores hácia el Norte, siguió diciendo Calucurá.-y á todos la victoria, ¡Guerra Caciques!

¡Guerra! ¡guerra! exclamaron todos, y la palabra guerra fué repetida de boca en boca en la larga estension de aquello, que mas parecia reunion de diabólicos seres, que un campamento.

Momentos despues, el gran grupo se dividió en cinco, capitaneados por cada uno de sus Caciques, esperando que la noche contribuyera con la densidad de sus negros nubarrones á esconder los criminales proyectos de esterminio y muerte que supo realizar aquel sagáz y feroz salvaje, en los malhadados años de 1855 y 1856, época que se conservará por muchos años en la mente aterrorizada del noble habitante fronterizo de las campiñas del Sud.

Apartemos de nuestra vista ese espectáculo de degradacion y ruina.

El que estas líneas escribe fué uno de los muchos á quienes alcanzó serios perjuicios, y no puede recordar esa época de baldon, sin arrojar lleno de ira y desprecio la pluma, maldiciendo á los que por miserables rencillas de partido, ó meras cuestiones personales, han atraído sobre

[1] El coronel D. Benito Muchado, terror del indio por aquella parte de la frontera.

la rica provincia de Buenos Aires ese flajelo bárbaro, que dejó envueltos en la desesperación, la horfandad y la ruina, á los honrados y pacíficos moradores de aquellas leales comarcas

Lágrimas sincéras, á las víctimas inocentes.

Después de varias medidas precaucionales, tomadas por los gefes de las distintas divisiones, todo quedó en el mayor silencio, interrumpido tan solo por el triste quejido de las yeguas que mataban á bolazos, para devorarlas casi crudas.

La tormenta habia desaparecido totalmente, y el sol comenzaba á dorar con sus esplendentes rayos, aquel paisaje antes, sombrío y horrible y ahora riente al influjo de su preseneia vivificadora.

A sus rayos de luz, hemos podido distinguir cinco individuos que en medio del estenso campamento formaban un grupo aparte. Aunque su traje era idéntico por estar envueltos en largas mantas cuyos extremos hacian ceñir, á su cuerpo por medio de ligas pampas, y ostentáran como los otros en sus cabezas, una sucia *bircha* conteniendo sus duros y atezados cabellos rojizos por la fresca sangre de un potro, en que acababan de teñirlos, se distinguian de la salvaje turba no solo por la esbeltez de sus formas, sino tambien por el color de sus frentes que no era tan cobrizo.

Uno de ellos, parecia pensativo.

Los demás, guardaban silencio, mirándole con cierto aire de melancólico respeto.

Un momento despues, dejó escapar el primero un hon-
do suspiro, y haciendo jirar la vista indistintamente por el
campamento, la fijó en uno de los que estaban á su rede-
dor, á quien dijo- Este salvaje Yanquetruz me engañó como
á un niño, prometióme que la primer invasion sería allá,
y á estas palabras acompañó un jesto de inteligencia,--y
mientras tanto--continuó--nos conduce á donde no quisié-
ramos ir.

--Y yo, á fé de *Chevengo* que soy; preferiría pelearlos á
todos juntos, que presenciár las desgracias que van á suce-
der por este lado de la frontera.

--Tienes razon contestaron los otros.

- ¿Y para que me acompañasteis? si estais arrepentidos,
¡odeis iros cuando gusteis. ¿Os he solicitado acaso?... Yo
me basto sólo para la empresa,--dijo el primero lleno de
indignacion.

- ¡Oh! nó os disgusteis, os lo suplico, yo juré morir, an-
tes que abandonaros; y si insistiéseis por que lo hiciera,
tengo el bastante valor para hacerme matar en medio de
esa *bandada* de buitres salvajes acometiéndolos á puñaladas,
insistid en la idea, y lo hago ahora mismo, y al decir *Che-
vengo* estas palabras, sacó una larga daga cuyo filo hizo pa-
sar por una de sus callosas manos para ver si estaba cor-
tante .

--No, *Chevengo* amigo; no insistiré ya, bastantes son las
pruebas que me has dado siempre para dudar de tí, pero
estos.... y hizo un jesto de desprecio hácia los otros.

Aquellos se miraron llenos de dignidad, sin dar mues-

tras de desagrado por las palabras hirientes que acababa de dirigirles el otro.

--¿Nada contestais? insistió de nuevo aquel, yo no quiero--continuó,--que vosotros participeis de mis peligros, veo que al solo amago de una refriega temblais cobardemente, mientras que yo estoy sediento de sangre, y quiero verterla por mas que sea inocente, ¿era yo acaso culpable, cuando se han divertido en derramar la de mi corazon esos hombres crueles, que se titulan civilizados?

--Nosotros seremos su azote señor:--contestaron.--Os vengaremos de esos malvados, no lo dudeis, ellos serán castigados donde se hallen, para ello peharemos como buenos, pero.... degollar al niño inocente que hemos visto crecer á la sombra de nuestras cabañas y cuya sonrisa angelical nos llenó tantas veces de gozo, matar cruelmente á la mujer que nos tendió cariñosamente la mano con un *mate*, cuando los rigores del frio invadian nuestros ateridos miembros.... ¡oh!.... eso, señor.... no es vengarse... es llenar el corazon de mayores tormentos, es....

--¡Basta!... basta, y al decir estas palabras ocultó el primero entre sus manos el rostro como avergonzado, tenéis razon, yo no sé lo que me pasa, no se lo que hablo, no me hagais caso.... oh! tenedme lástima --y dos lágrimas surcaron sus tostadas mejillas.

Chévengo, aprovechándose del estado de consternacion en que se hallaba, le dijo--si no quereis que se os haga caso, hacédmelo vos á mi.

--Habla amigo mio, habla que yo no puedo olvidar jamás

tus pasados consejos.... ¡ojalá los hubiera seguido siempre!

--¿Los seguireis ahora? insistió Chevengo.

--Habla, habla.

Chevengo miró en torno suyo, como temeroso de que alguien pudiera oírle, y bajando la voz, continuó.--Nuestras *tropillas* están en buenas carnes, á la noche, cuando estos salvajes se muevan, las tomamos en aquellos espadañales donde las dejé. En tres días de camino, estamos allá--haciendo un jesto hacia el sud--un día para la operacion premeditada, otros tres mas de venida, de modo que en siete estaremos aquí cuando esta chusma infernal haya ya consumado sus *fechorias*, sin necesidad de que las presenciemos. ¿Os parece bien la idea?

--¿Y si somos sentidos?

--¿Y de cuando acá, vos con miedo? repitió Chevengo á su vez.

--Lo hago por vosotros amigos míos, ¿qué me importa la vida? á mi, solo me liga al mundo el espíritu de venganza que me anima.

--Pues á vengarse, dijo Chevengo incorporándose.

--A vengarnos como buenos, repitieron los otros.

--Está bien amigos míos. Esta noche, mientras estos bárbaros adelanten una jornada hácia la frontera cristiana, nosotros retrocederemos al sud, pero.... ¡cuidado con las señas convenidas! ¿eh?

--No hay cuidado, contestaron todos llenos de alegría por la nueva determinacion que acababa de tomar aquel.

--Revisad bien las armas, repitió.

--No hay cuidado, contestaron de nuevo.

Y Chevengo se dirigió silencioso hacia los espadañales que ántes señalara, para preparar los caballos, que al favor de la noche debieran servirles para la fuga premeditada.



FELICIDAD.



CAPÍTULO XXI.



UIMÉRICA esperanza! tras la cual se agita la pobre humanidad probándonos en su afán que ella no existe.

Dejad que el hombre domine y someta á su capricho los elementos, que en dorados salones descienda al lecho de algas que cubre la inmensidad de los mares,

ó que en ráudo vuelo hienda el aire del uno al otro polo burlándose del Aguila, ¡dejadle! que no encontrará en medio de sus brillantes conquistas, un átomo de felicidad para

su corazón sácio quizá de emociones, pero tísico en ventura.

Dadle amores á la vírgen, oro al avaro, goces al sensualista, títulos al soberbio, que al tocar unos y otros la dorada copa de sus ilusiones, llorarán la felicidad perdida viéndola caer rota á sus pies en mil pedazos, ó al saborearla desviarán de ella sus labios diciendo con un jesto de hastío, no es esto aun, busco otro algo.

Y busca en efecto el hombre, ese algo que encuentra á veces, pero la felicidad.... ¡jamás!....

Tal es la vida.

Don Juan de Noel, el padre de Jorje, despues de una incesante lucha con el infortunio que le separaba siempre de los objetos idolatrados de su corazón, de aquellos seres que le ligaban á la tierra de sus amores como liga la carne al hueso, pensó muchas veces que la muerte podia sorprenderle antes de abrazarles en su querida Buenos Aires con que tantas veces soñára, presintiendo que iba el tiempo debilitando ya su esperanza, único sosten y consuelo del desgraciado en la tierra.

Pero al recibir la carta de Elena sintió bullir todo su ser, su sangre toda, y agitándose su corazón con la fé entusiasta de la juventud, vió lucir cercano ese mar bonancible de delicias á que llaman felicidad.

En medio de ese brillante panorama forjado por su imaginacion de fuego, notó que una mancha la oscurecia á veces.

Y esa mancha era de sangre.

Entre él y su amada, se interponia un cadáver, y por

mas que la justicia de los hombres estuviese satisfecha, por mas que el encierro de ocho años en un calabozo bastara á castigar un duelo que no habia provocado, sabia que para ciertos hechos que perturban el órden de la naturaleza ó de las sociedades, hay una justicia más alta, tan imponente como recta, la justicia de Dios, cuyo código lleva escrito el hombre desde el momento en que sus pasiones pueden conducirle al crimen.

Ese código, es la conciencia.

Ebrio de amor, loco de esperanza, le henios visto atravesar el Océano para estrechar al fin la mujer de sns recuerdos á aquel hijo adorado que solo la férrea mano del destino habia podido obligar á abandonarle en el torbellino del mundo.

Llegado apenas á la ciudad heroica, á la ciudad de las luchas sin cuento, á esa mártir devorada por sangrientos bandos sin nombre ni tendencias y cuyos distintivos preciso fué que los revelára la física para llamar blancos á los unos, colorados á los otros, á esa Montevideo á quien cantan los poetas y envidian los fuertes, su gozo ultrapasó los diques de la humana razon, y apenas anclado el *Paquete*, voló á tierra para visitar uno de sus antiguos amigos y recibir de él algunas noticias anticipadas; pero ese amigo no existia ya, disipándose asi su ilusion primera.

Noticioso mas tarde de la muerte de Elena, vió el desgraciado desbaratarse á sus pies el fantasma engañoso que hasta aquel momento alimentára, quedándole apenas el valor del sufrimiento. En medio de tan cruel desilusion fijando al cielo su vista, exclamó con amargo acen-

to.... ¡Basta Dios mío!.... ¡Basta ya! permitid que abraze á mi hijo y.... llevadme luego....

Pobre don Juan! tocaba la realidad de la vida.

En Buenos Aires al fin, y en posesion de su adorado hijo, sus ilusiones debieran limitarse á la felicidad de este último.

Veamos hasta que punto lo habia conseguido.

La casita de la calle de Méjico estaba totalmente trasformada, pareciendo un pequeño templo destinado á la virtud y al amor mas puro.

Las luces de una araña de cristal colocada en el centro del pequeño salon, serpenteaban sus reflejos en las cortinas de blanco raso que caian en graciosos pabellones, y los acordes melodiosos de un magnífico piano de «Herard» maestramente pulsado por aquella Maria que hemos visto ya en la quinta, contribuian admirablemente á formar de aquella casa una especie de Eden digno de ser habitado por fantásticas Hadas.

No habia allí esa profusion de muebles con que semejan algunos sus habitaciones á un almacén de objetos, pero en cambio, en su elegancia y simétrica colocacion, se revelaba el esquisito gusto de sus moradores.

El ébano, el marfil y la seda, formaban en su conjunto esa singular armonía que tanto deleita nuestros sentidos.

Parecia que todo se hubiese colocado allí estudiosamente, para hacer mas saltantes los encantos de aquella tierna y vaporosa virgen que conocemos con el nombre de Delia.

Ella estaba radiante de alegría, y sus ojos azules pare-

cian despedir un raudal de divina luz al fijarlos en Jorje que sentado en un mismo canapé, acogia con indescribible amor aquellas miradas, devolbiéndolas con ternura encantadora.

Al lado de ellos estaba don Juan de Noel sentado en un sillón, y en medio de esa severa actitud que regularmente poseen los hombres en quienes se cebó el infortunio, al fijar su vista en ambos, no pudo disimular esa sonrisa que revela siempre la satisfaccion del alma.

Jorje la comprendió, y levantándose hácia él, le estrechó tiernamente diciéndole,--Os sorprendi padre mio, deseais abrazarme ¿no es cierto?

--Si, hijo mio--contestole don Juan--estás hoy encantador porque me pareces feliz

--¿Y quien puede dejar de serlo poseyendoos querido padre?-- repitió Jorje con aquel lenguaje de los hijos de bendicion,

Delia entonces con candoroso recogimiento les interrumpió diciendo--Pero yo soy tan feliz como vosotros, por que os poséo á ámbos.

--Premie Dios tanto amor, hija mia,--dijo don Juan tomándola cariñosamente la mano.

El sabe muy bien que me moriria de pesar si me faltaseis, ¡oh! cuantas veces se me ocurre esta idea, sin embargo.... otra hay que suele mortificarme á veces--y fijando Delia su vista en Jorje exclamó con bondadoso acento,--¿la digo?

--Si hija mia, dímelo á mi que debo ser siempre el depositario de tus mas tribiales pensamientos.

Y Delia inclinando su frente hácia el oído de don Juan le dijo con aire misterioso--Temo que nuestro caballero Jorge recuerde aun á... y levantando el índice de su pequeña mano, lo movió en ademán de coqueta reconvención.

--Eres injusta alma mia,- replicó Jorge sonriendo--te amo con delirio--continuó--y por otra parte, recordando á esa mujer criminal perturbas nuestro pequeño cielo de que eres Diosa,- ¡oh! que tus labios de carmin no se empañen nombrando á la adúltera.

--No tan facilmente calificques de criminal á la que solo puede ser una desgraciada--dijo gravemente don Juan --Deplorar el destino de algunas criaturas sienta mas á nobles almas. El mundo, hijos míos--continuó --es inexorable con los que no han poseido un denso antifaz para engañarle, y esa mujer cuyas lijerezas causaron ya algunas desgracias y envolvió en la desesperacion un esposo cuyo noble corazón habeis podido juzgar ya, esa mujer, es mas desgraciada que criminal.

--Es posible, señor! exclamó Jorge asombrado.

--¿Y cómo es eso, papá? repitió Delia,

--Escuchadme, hijos míos--y don Juan continuó--Ese Agapito Nolasco que como sabeis es el hijo de mi antiguo capataz y amigo, hizo un traspaso formal de todas sus riquezas en favor mio, movido por un sentimiento de noble gratitud, y desapareció del país siendo vanas todas mis diligencias hasta hoy para descubrir su paradero, pero en el deseo de buscar un indicio de tan singular determinacion,

me atreví á abrir toda su comunicacion y entre las varias cartas, encontré una de Emilia.

—¡De Emilia! dijo Delia asombrada.

—Y su contenido me ha consternado, voy á leéroslo hijos míos,—y sacándola de su cartera, lo hizo don Juan en estos términos.

“Apreciable esposo:

“Al dejar para siempre quizá, la tierra bendita de mi nacimiento donde reposan tranquilas las cenizas de mis padres, mas que el temor de tu justa indignacion me obliga el remordimiento que corróe mi existencia desgraciada.

“Sé que los sufrimientos, darán cuenta bien pronto de un espíritu lijero é inconstante, que causó desgracias sin cuento, y que hubieran continuado, á no ser por esa providencia que vela siempre por el inocente.

“Yo te he creído un asesino, y te odié con el ódio de las furias.

“Pero convencida de la injusticia de tan feas sospechas, solo me queda en el arrepentimiento; el consuelo de adorar la memoria de mi honrado padre que me preservó de una mancha mas negra aun que todas las que órlan mi corazon... el adulterio... Esto: te lo juro por las cenizas de ese mismo padre á quien invoco por mas que las apariencias me sean contrarias.

“Por lo demás, aunque tu corazon quisiese perdonarme, yo huiré siempre de tu vista.

“Adios pues hasta la eternidad, y si allí consigo el perdon de mis culpas, besaré tus pies con las sinceras lágrimas que vierto sobre este papel.

“No me ódies, esposo desgraciado.

“Tenme lástima y perdona.

“*Emilia.*”

--¡Qué desgraciada es!--esclamó Delia dejando correr en gruesas perlas esas lágrimas que divinizan al que las vierte, si son producidas por un elevado sentimiento de piedad.

--En efecto,--continuó Jorje--esa carta revela los sufrimientos de la infeliz, y francamente... la tengo lástima..

Don Juan entonces, abrazó á Jorje diciéndole,--así te quiero oír siempre,--y fijando despues su vista en la de Delia que estaba aun bañada en lágrimas, continuó.--Que vuestros corazones no contengan jamás ese veneno de las furias producido por el ódio, hijos míos; compadeceid siempre al desgraciado, y Dios os bendicirá.

Los tres quedaron silenciosos y pensativos.

La simple lectura de una carta, bastó á inquietar aquellos séres que momentos antes gozaban de una dicha que nada parecia capaz de perturbar.

Una lejana nubecilla, suele á veces empañar el cielo mas brillante de un risueño dia de primavera.

La mas insignificante gota, basta para empozoñar la fuente mas pura y cristalina.

--¿Y creéis posible la felicidad?

--¡Ah! no la busquéis, que ella no pasa de ilusion que nuestra mente forja.

.....

En el estremo opuesto del elegante salon, pasaba algo que no nos es dadó ocultar por mas que no tenga relacion con los sucesos que estamos narrando.

Maria, aquella niña de rosada tez y negros ojos, la juguetona Maria cuyo corazon parecia no haber sido jamás empañado por el mas leve pesar, la que no podia hablar sin reir y hacer reir, aquella cuyos deseos y aspiraciones parecian limitarse á jugar y correr al aire libre cual esas tiernas avecillas que sin nido aun, pretenden el espacio por morada, Maria sufria tambien, aunque por causas diversas.

Al lado del piano cuyos sonidos arrebatadores arrancaba con maestra mano, estaba sentado Armindo de quien ella no podia desviar su vista enamorada, y despues de una animada conversacion entre ámbos, dejó escapar con aire de reconvencion estas palabras:

-Hoy que nuestra Delia es la feliz esposa del mejor de tus amigos, debieras fijar al menos el término de mis sufrimientos, ¿no era ese tu anterior pretesto?~dijo aquella con amargo acento, y un hondo suspiro vino á manifestar mas, el adios que su corazon acababa de dar á la infantil alegria.

Armindo se redujo á contestarle.~Cuando Delia y Jorje vuelvan del campo, pensaremos algo sobre esto porque hasta hoy querida mia, nada hay de sério entre nosotros.

-¡Oh! siempre el mismo,--esclamó Maria con altivo jesto, y sus dedos recorrieron de nuevo con rapidez, las teclas de aquel instrumento en cuyos sonidos, parecian reflejarse ios sentimientos de su alma de fuego.



PRESENTIMIENTOS.

CAPÍTULO XXII.



LATEADAS nubecillas cruzan el espacio lentamente, cual si soñolientas aun abandonaran su lecho de frescas y cristalinas aguas, para continuar su tarea vivificadora en el gran laboratorio del mundo, ordenada por el señor de la Creación.

Nada inquietaba ese silencio que tiene algo de melancólico y poético en los grandes centros de movimiento, cuando en ellos asoma la aurora matinal de un bello día de primavera.

Ese ambiente que recorre en la noche las verdes praderas robando á los jardines sus aromas, parecia jugar en su perfumado arrullo, con la ciudad dormida en su cuna de amores.

Las tres y media de la mañana anunció el reloj del pueblo.

Un hombre envuelto en una ancha capa estaba parado en una boca calle, y al oír la última campanada, caminó lentamente hacia el campo por la calle de Venezuela fijando su vista en la cerradura de una puerta, ávido de saber qué pasaba en el interior de la casa, pero como poseído de un vago temor, retrocedió á su puesto primero.

Habrian pasado apenas cinco minutos, y con la misma lentitud que antes lo hiciera, caminó de nuevo hacia la puerta señalada, siendo en esta ocasion menos curioso que audaz por que, fijando apenas su vista en ella, introdujo una pequeña llave con la que se abrió paso, volviéndola á cerrar tras de sí.

Frente á esa puerta, habia otra de una habitacion interior que crujió levemente, deslizándose por ella un bulto blanco, deforme, que se dirigia al zaguan con vacilante paso.

El hombre se desembozó inmediatamente al verle, y abriendo sus brazos, exclamó con voz casi imperceptible.-- Ven alma mia, soy yo, no temas.

--Ah! tiemblo Armindo, estoy mal, no seas cruel, déjame.

--¡Déjarte! imposible, esa separacion sería la muerte de tu amante,

--¡Y tú prefieres la mía!, contestó con desgarrador acento aquel bulto que al aproximarse, se distinguió una mujer cuyos ojos brillaban por la conmoción violenta que sufría.

--Cálmate amor mío,--continuó Armindo--déjame gozar un momento de la dicha de abrazarte, ahora que no me es dado dudar de tu amor, ahora que puedo juzgar de tu heroico sacrificio, ahora, permíteme...y oprimiendo á su pecho aquella mujer pálida y temblorosa por la agitación de su alma, hizo resonar sobre sus frescos labios un ardiente beso, que ella pareció rehusar con un rápido movimiento de cabeza.

--¿Me amas? preguntóle Armindo.

Ella pareció contestar con sollozos entrecortados, bañando con sus lágrimas el pecho del amante.

--Lloras María ¡oh! tú no me amas,--dijo aquel como sorprendido.

--Lloro Armindo, por que para ser creída de tí has exigido el sacrificio de una cita, lloro porque presiento que me engañas, sí, Armido mío: el hombre mas honrado, el mas leal, no lo es tratándose de engañar á una mujer.

Y así era en efecto, pero ese presentimiento era tardío.

Aquel Armindo de cuya lealtad y sentimientos delicados hemos podido juzgar tratándose de una hermana ó de un amigo, estaba abusando del amor de una jóven con la impasibilidad del niño ajitando al aire uno de sus juguetes.

Ahí teneis al hombre.

Buscar en él la perfección, árdua tarea seria, y las deducciones se asemejarían en algo á las que dejamos hechas sobre la felicidad.

Ese Armindo, que en sus protestas de amor momentos antes exclamára que la separacion de su amante le causaria la muerte, la suplicaba ahora volviese á su gabinete pretestando el temor de que su salud sufriera.

Es que su ilusion acababa de marchitarse por el contacto ardiente del corazon enamorado de Maria, y mas que todo, porque el alba comenzaba ya á iluminar ese cuadro sombrío y vergonzoso como las pasiones desbordadas que lo enjendraran.

Y la mujer que aspire á conservarse cual fresca ilusion en el alma de su amante, la que pretenda aparecer á la vista del hombre dignificada; preciso es que huya siempre de esas escenas que no dejan en pos, mas que el hastío, moneda muy corriente con que se paga con largueza á la mujer despues de un torpe davanéo.

Mas tarde, el arrepentimiento, las lágrimas quizá, pero nada bastará á convencer al que fué testigo del naufragio de su honra; que sea capaz de conservar ó dirigir certera la honra agena.

.....

Eran las 5 de la mañana, y al abandonar Armindo su cita, apresuraba el paso hácia la casa de Jorje en cuya puerta estaba ya preparado el coche que debia conducirlos á la *estancia*.

Delia estaba apoyada en el brazo de aquel, y don Juan daba órdenes para la partida.

Apenas llegado Armindo, corrió su hermana á abrazarle, y las lágrimas ahogaban su voz.

Armindo sufrió mucho al verla, no pudiendo conte-

ner las suyas á la idea de separarse por vez primera de su hermana querida.

Jorje estaba triste tambien, y cediendo á un vago instinto de su corazon, la suplicó tiernamente se quedára con Armindo.

—¿Por qué esponerte á sufrir las incomodidades de un viaje penoso, Delia mia?

--No insistas Jorje, me falta el valor para separarme de tí,—contestóle aquella con ternura irresistible.

Don Juan les anunció despues el momento de partir, y nosotros nos permitimos renunciar á la tarea de describir esa tierna separacion, en la que si nos fuese posible juzgar de las diversas emociones que se dibujaban en la frente de aquel grupo, forzoso nos seria decir que el corazon de todos, se ajitaba á impulsos de fatales presentimientos.



SORPRESA Y RAPTO.

CAPÍTULO XXIII.



AS que un pueblo de vivos, cementerio parecia Bahía-Blanca en la época que acaecian los sucesos que vamos á esponer.

Sus habitantes, consternados ya por la infausta nueva de la division *Otamendi*, victima de su impericia ó de su arrojo, en los campos de San Antonio el dia 13 de Setiembre les parecia ver al ángel de la muerte cernir en torno suyo sus negras espantables alas.

Serian las ocho de la noche de un día de Noviembre de 1855 y el silencio sepulcral de todo el vecindario hacia percibir mas ó menos lejano el tropel de los que espantados por aquel y otros semejantes sucesos, venian de los distintos puntos de la campaña á guarecerse allí con sus familias, abandonando el fruto de su trabajo y constancia.

Mujeres de todas condiciones y edades medio desnudas, y algunas con dos ó tres inocentes niños fuertemente asidos á su cintura y espalda, hacian correr sus ya fatigados caballos, no sin desesperantes y lastimeros ayes, ávidas de guarecerse de las salvajes bandas que en todas partes se presentaban amenazantes.

Ancianos encorvados por el peso de sus años y cuya barba emblanquecida en los riesgos y combates jamás vieran temblar, corrian tambien horrorizados, á la idea de verse reducidos á pasar sus últimos dias como miserables esclavos en el hediondo toldo.

Un vago y triste clamoreo se sentia por todas partes, y solo llanto y lágrimas encontraba la vista en esos dias de negro luto y desolación.

Jamás la campaña de Buenos Aires presentó un aspecto mas magestuosamente aterrante.

Jamás tampoco se presentó en ella mas feroz y audaz el salvaje de las pampas.

En medio del espanto general de todos, un grupo de cinco hombres armados de puñal y largas lanzas, apareció entre ellos quienes al parecer no participaban del pánico que en los demas se notaba, y lejos de entrar á toda brida

al centro del pueblo, hicieron alto á la distancia de una legua, apeándose de sus caballos con una calma imponente.

Todos mudaron los caballos en que venian montados y mientras uno quedó al parecer al cargo de las tropillas, se dirijieron los otros hácia el pueblo.

Apenas llegados allí, habláronse misteriosamente diciendo uno de ellos—¿cuidado con las señas, eh?—á lo que contestaron los demas—id tranquilo, no perdamos tiempo.

Concluido esto, tomaron todos opuestas direcciones favorecidos por la oscuridad de la noche.

El lector habrá conocido desde luego al grupo que tres dias antes vió entre los indios cuando se preparaban á la invasion sobre la Loberia, el Tandil, Azul y las Flores.

Ahora, nos es necesario trasladarnos á un largo rancho que aun existe hoy á unas cuantas cuadras de la plaza para el campo, el cual como casi todos los de Bahía-Blanca, se reduce á un techo de paja sostenido por endeble paredes de negro barro.

Una habitacion de triste aspecto le sirve de sala, cuyo ajuar lo componen unas toscas sillas de pino y algunos otros muebles ordinarios, formando un contraste singular con varios adornos de esquisito gusto desordenadamente esparcidos sobre dos pequeñas mesas redondas.

A la escasa luz de dos bujías, se distingue una mujer de esbelto talle y distinguido porte, cuyo rostro aunque oculto por estar apoyado en una de sus manos que se interponia á la luz, se conocia que era Emilia en desdeñosa actitud, como esquivando la vista de otro personaje que estaba sentado en el lado opuesto.

Ese personaje era el doctor Manzano, cuyos ojos brillantes y siniestros armonizaban en esta ocasion con los encendidos colores de su frente que denotaban el estado febriciente en que se hallaba.

--Segun eso --dijo con su melifluidad acostumbrada.-- Nunca, nunc a debo esperar de vos una prueba amorosa.

--Nunca, nunca.--contestó secamente aquella mujer sin hacer el mas pequeño movimiento.

--Parece que á mis desgracias, cuya única autora sois vos, señora; quereis agregar la burla y el desprecio--y á estas palabras dejó escapar el doctor una sonrisa sarcástica é infernal, pero incorporándose luego, continuó con alterada voz.--Yo que no tuveaba en hacer rodar la cabeza de un inocente por vuestro amor, yo que por uno de vuestros caprichos hubiera hecho jugar el puñal del asesino, que renuncié á ese porvenir sin horizonte que tiene el abogado de mi clase en una gran capital, debeis suponer que ni puedo ni quiero renunciar señora, á este amor por que me muero ¿lo oís? pese á quien quiera, sereis mia, por que tengo sobre vos un indispensable derecho, y por último, sois demasiado débil para luchar con un hombre, os poseo y....

--¡Y empleareis la fuerza! exclamó espantada Emilia retrocediendo.

--La emplearé.--dijo el doctor con un movimiento de entereza.

--¡Oh! habeis presentado á mi vista en este momento vuestra realidad horrible, os conozco, doctor; escucñadme-- Al confiaros la direccion de la causa contra mi esposo, vos

habéis explotado la credulidad de mi joven corazón, aumentando un odio que se hubiera disipado si entonces hubieseis llenado dignamente vuestro cometido desengañándome. Día á día presentabais á mi vista á aquel desgraciado como al bárbaro asesino de mi honrado padre escitando mi venganza, y yo que os miraba entonces como al noble campeón de mis derechos, comprendiendo vuestras tendencias amorosas hácia mí ¿qué extraño que tratara de alhagarlas para alentaros en lo que yo llamaba mi defensa? ¡ay! bastantes lágrimas he derramado ya por aglomerar imprudente eso que las mujeres titulan triunfos, bellas flores de nuestra vanidad ó capricho, que concluyen al fin por envenenar nuestra frágil existencia. Sí, doctor, bastante he llorado ya para que mis palabras dejen de ser en adelante el eco fiel de mi corazón ¡ojalá lo hubieran sido siempre! Oid pues, vuestras pretensiones son vanas y las amenazas que acabais de emplear aumentan el desprecio que comenzais á inspirarme.

El doctor mordió sus labios, y su semblante palideció de ira y despecho.

Emilia vió en esa palidez en esa agitacion y mas que todo, en las siniestras miradas de aquel, la realizacion de sus anteriores amenazas, y recordando su debilidad de mujer en una lucha desigual, tembló.

El doctor fijó de nuevo su vista en ella diciéndole con una sonrisa infernal acompañada de un movimiento amenazante.—Con que me despreciais ¿eh?—Os doy las gracias, señora, pero.... son inútiles vuestras tonteras—y levantándose se dirigió resueltamente hácia Emilia.

Esta última dió un grito espantada llamando á Juana en su auxilio, quien apareciendo inmediatamente allí, exclamó sorprendida--¿Qué haceis, señor? ¡dejadla por Dios! oh dejadla, ¡pobrecita mia!

Pero el doctor dando hácia ella una rápida vuelta gritó encolerizado--Vete, ahora mismo--señalando altivamente la puerta de la habitacion contigua.

Juana obedeció por el miedo, y al entrar en ella, el doctor la cerró de un golpe dando vuelta á la llave.

Pero Juana ya fuese por el temor de verse sola, ó ya por los deseos de auxiliar á Emilia; abrió la que daba al patio, y su sorpresa fué igual á su alegría al ver que dos hombres se presentaban allí providencialmente.

--Auxiliad á la pobrecita de mi alma--esclamó suplicante y temblorosa.--Lo que la ven sola y desvalida--continuó--cada cual se cree un dueño, vaya vaya, miren que se ven cosas en este Bahía-Blanca, Ave-Maria, Ave-Maria, y se santiguaba espantada.

Los dos hombres de quienes Juana acababa de reclamar auxilio, con un pequeño esfuerzo hicieron caer á sus pies la débil puerta, y arrojándose uno con la velocidad del rayo hácia el doctor que luchaba aun con Emilia, sujetóle con una de sus manos é introduciéndole con la otra, mas de cinco líneas, un agudo y largo puñal con que venia armado, le dijo con ronca voz--¡Miserable! si profieres una sola palabra, mueres.

--No me mateis,--suplicó el doctor espantado por esa aparición tan inesperada.

--¡silencio, infame! repitió de nuevo el recién entrado

incándole un poco mas el puñal que le tenia clavado, mientras que el otro con increíble lijereza, le ató los piés y manos, tapándole despues la boca con un pañuelo.

Emilia no podia articular una sola palabra.

El cansancio y la sorpresa de la lucha anterior, la oportuna aparicion de esos hombres, y la operacion que presenciaba, la hacian dudar de la realidad, pareciéndole mas bien el efecto de una pesadilla horrible.

Pero esa sorpresa fué mayor al ver que el mismo hombre que acababa de hacer ligar al doctor de pies y manos, se dirigiese á ella intimándole silencio y ordenando se le hiciese lo mismo.

La desgraciada cayó de rodillas casi sin sentido, pudiendo apenas oir aquella voz ronca y terrible repitiendo: ¡silencio, infame! ¡silencio!

Juana, que hasta entonces presenciara impasible la operacion efectuada con el doctor y que (sea dicho de paso) la aplaudia secretamente, se horrorizó tanto al ver que Emilia fuese víctima de los mismos que momentos antes creyera sus salvadores, que se lanzó precipitadamente á la puerta diciendo aterrada:—¡Virgen mia de Lujan! ¿que es esto, mi Dios? Jesus mil veces, vaya que no he visto otra—pero al pisar el dintel de la puerta, un brazo como de fierro la contubo por la garganta, diciéndole con frio acento:—Bruja del diablo, calla, ó mueres,—y arrancándola el pañuelo que ostentaba en su cabeza, hizo con ella una operacion casi idéntica á las que antes presenciara.

En seguida, las luces fueron apagadas por aquellos hombres.

La oscuridad y el silencio aterrante de aquella casa, armonizaba admirablemente con el de todo el vecindario de Bahía Blanca, que como lo hemos dicho ya, se asemejaba al de un vasto cementerio.

Uno de los tres, que parecía capitanear esa pequeña cuadrilla, hizo resonar dos extraños silbos en la puerta, á la que apareció como por encanto, un hombre montado con varios caballos del diestro.

Momentos despues, soio el galope precipitado de esos cuatro ginetes, interrumpian el silencio sepulcral de aquellos contornos.

Uno de ellos, llevaba á Emilia.

Otro, al doctor Manzano.

Y todos, en direccion al campo, desaparecian ájiles como el viento por entre la espesura de sáuces y álamos de que están cercadas la mayor parte de las quintas y chacras que rodean aquel pueblo.

Dejemos á Juana encomendándose fervorosamente á una santa de su devocion, para que abreviando la venida del dia, haga llegar hasta ella una alma piadosa que la salve de sus molestas ligaduras, siguiendo nosotros mientras tanto, al extraño grupo que acaba de desaparecer de nuestra vista.



EL 10 DE NOVIEMBRE.

CAPÍTULO XXIV.



ÓBREGA y sombría se ostenta la naturaleza.

Polvaredas gigantes-
cas que en gruesas y re-
vueltas espirales parecen
subir hasta el cielo, ro-
dean la frontera cristia-
na confundiéndose en
su densidad, con las co-
lumnas de negro humo
que produce el voraz in-
cendio de las propieda-

des y campos, al consumir la *salvage chusma* sus horribles depredaciones.

Un extraño temblor mueve la tierra, al arreo de los

innumerables ganados que precipitadamente conducen hácia la pampa en medio de feroces alaridos; mil diversos grupos, que en su desorden, parece un conjunto de seres endemoniados sometidos al influjo del Averno.

La atmósfera estaba impregnada de una ardientia abrasadora y sofocante, por mas que el sol estuviese envuelto en negras y encapotadas nubes.

Todo infundia ese vago terror que el corazon siente en esos dias en que la naturaleza parece envuelta en una especie de paño funerario, anunciando á los mortales que hay para sus vicios un castigo.

Hasta el viento, en su triste y melancólico susurrar, envolvía estrañas notas de un dolorido acento, cual si fuese el mensajero de Dios elevando hasta su excelso trono, los quejumbrosos ayes que las víctimas inocentes de ese dia exhalaban en sus postreros momentos.

En ese cuadro desgarrador y terrible, un solo hombre se hace notable por la espresion de dureza y dignidad que particulariza su altiva mirada, al fijarla indistintamente en el doctor Manzano y en Emilia, que están á su frente cabizbajos y meditabundos.

Su actitud era majestuosa.

Diriase que era el encargado de interrogar á la humanidad en nombre del Altísimo.

Ese hombre, era don Agapito.

—Qué ofensas, qué males teniais que vengar en mi, señor doctor; al cebaros tan cruel y villanamente en mi honra?—esclamó con imponente calma.

—En mi calidad de abogado, caballero,—contestó aquel

balbuciente y tembloroso--mi deber, era atacaros por todos los medios.

A estas palabras D. Agapito movió amenazante su tostada frente, y después de una pausa en que parecía contener el furor de su herido corazón, continuó-- Cuando esos medios son empleados en la defensa de una causa justa, jamás vuestro talento y saber ejercen un atributo mas noble y santo en la humanidad; entónces sois mas que abogados, sois los ángeles custodios de la inocencia y la honradez, abogando por la equidad y la justicia, haceis surgir de esos preciosos dones, como por encanto, la paz y la dicha en la sociedad. Esta á su vez, donde quiera que le es necesario un representante de sus derechos, corre llena de fé á deponer en vuestras manos sus destinos. De ahí esa influencia que ejercéis. Pero si por el contrario haceis uso de esa miserable chicana que el infierno imprime admirablemente en vuestros lábios de vívora, esforzándoos en demostrar que lo blanco es negro, lo bueno es malo, ó lo justo injusto, entónces, representais á ese mismo infierno con todos sus horrores, alentando al crimen, decapitando la inocencia, ahogando toda idea del bien, y esparciendo el gérmen de todas las malas pasiones en esa misma sociedad. De ahí, lo peligroso de vuestra influencia en ella,

--En efecto,--dijo el doctor--hay mucha verdad en cuanto decís, mientras yo os creí un culpable, os atacué; pero luego que vuestra pureza brilló á mi vista....

--Sí,--le interrumpió D. Agapito--mientras aparecía culpable, vos precipitabais el medio de ahorcarme, mas lo

que mi inocencia brilló, ó mejor dicho; cuando vuestros medios se estrellaron ante la rectitud de los jueces, entonces pagasteis unos asesinos y...

— Es qué...

--Es que habias prostituido ya, bárbaro, el corazón de esa mujer infame,-- le interrumpió lleno de ira D. Agapito-- y necesitabas gozar de tu obra con la adúltera. A estas palabras sacó la larga daga que ostentaba en su cintura, empuñándola de un modo amenazador y terrible.

Emilia dió una media vuelta, y arrodillóse fervorosamente hácia un sauce, uniendo sus manos temblorosas con resignacion admirable.

El doctor, retrocedió tres pasos espantado, y abriendo sus manos en actitud de defensa exclamó --Una palabra, una sola palabra, caballero.

-- Habla!--le contestó D. Agapito cuyos ojos inyectados de sangre se asemejaban á los del tigre en el acto de devorar su presa.

-- Vuestra esposa no es una adúltera, os lo juro: confieso que he tenido por ella un amor irresistible, y que por ese amor hubiera visto rodar cien veces vuestra inocente cabeza: anoche mismo, cuando en Bahía Blanca nos habeis sorprendido, yo hacia el último esfuerzo por conseguir el objeto que me propuse al haceros una cruda guerra, pero mi empeño fué vano, estrellóse ante su honradez acrisolada, creedlo caballero, podeis ser feliz aun á su lado porque en ella no se ha ahogado todavia el sentimiento sagrado del deber, pero no mancheis esa felicidad con la sangre de un hombre que os pide sinceramente el perdon de

sus indebidas ofensas, sed generoso caballero; os lo suplico- y á estas palabras, sus ojos parecian humedecerse.

Esta confesion ingenua obró un cambio rápido y visible en D. Agapito.

El habia escuchado en efecto, aunque vagamente, antes de la sorpresa que en Bahía Blanca les hiciera, las palabras de Emilia, y la lucha en que los encontrára despues, coincidía admirablemente con lo que acababa de decir el doctor.

D. Agapito quedó pensativo, por un momento.

El doctor respiró.

Vió en aquella pausa, en aquella reflexiva contemplacion, un rayo de esperanza que lo hicieron dueño de sus acciones en este momento.

Recordó en seguida que al ir á la casa de Emilia la noche anterior, habia puesto en sus bolsillos dos pistolas, recuerdo que solo pudo ser ofuscado en su mente por el terror de la sorpresa, que se aumentó en él al sentirse ligado de pies y manos.

Rápido comó el pensamiento, empuñó las dos mortíferas armas, y su frente antes compunjada, se dilató al choque de su corazon que se ajitó expansivo por la esperanza.

Tendió la vista en torno suyo y al ver la desaparicion de los que antes le acompañaran, comprendió que su vida no dependia tan solo de la generosidad de aquel hombre extraordinario, sino tambien de un esfuerzo de decision y valor por su parte.

No teniendo además D. Agapito otra arma que su lar-

ga y filosa daga, el resultado de la lucha no parecía dudoso para él.

Mientras tanto, aquel pareció abandonar su calma, sus ojos se enrojecieron de nuevo invadiéndole un movimiento convulsivo que denotaba agitarse en su corazón, el vértigo fatal de odio y venganza.

El doctor vió próxima la explosión de una nueva tormenta y se decidió á rechazarla haciendo crujir desde luego el gatillo de las pistolas que parecía acariciar.

D. Agapito adelantó un paso hácia él, y señalando despues á la frontera, exclamó--Ahí tienes tu obra, vívora infernal. En este momento mil víctimas caen al feroz empuje del salvaje chuzo, la sangre de nuestros hermanos, sus cuerpos medio inanimados, sirven de pábulo á esas hogueras en que se está consumiendo el trabajo mas constante y asiduo, de esos hijos desheredados de la patria á quien llamáis *gauchos*, de esos desgraciados cuya vida haceis depender mil veces de la torpe voluntad de un miserable alcalde. Centenares de niños inocentes- y de indefensas mujeres, riegan con sus lágrimas y dan su último adios, á las verdes praderas en que vieran la luz primera al sentirse arrebatado por el indio, á la tolerancia.

--Guardeme Dios de haber causado yo tales cosas, dijo el doctor haciendo un movimiento de sorpresa.

--Tus crímenes, son los únicos causantes de esas desgracias, ellos me hicieron armar el brazo del salvaje para vengar mi dignidad ultrajada, y el momento de esa venganza ha llegado para tí, prepárate--y al concluir estas pa-

labras, ajitó su brazo blandiendo la terrible daga dando un paso hácia el doctor, pero... se contubo. ..

Este retrocedió, y sacando resueltamente las pistolas de su bolsillo las dirigió al pecho de D. Agapito exclamando --Un paso mas, y os hago besar el polvo.

Un agudo y prolongado ¡ay! salió entónces del pecho de Emilia, é interponiéndose rápidamente entre ambos con la decision y entusiasmo de una Sabina, miró al doctor diciéndole--¿No os bastan aun los crueles disgustos que le hemos causado? él no morirá, señor, mientras no hayais despedazado antes mi pecho.

--No moriré--dijo á su vez D. Agapito con una sonrisa de desprecio--porque ese pigmeo no puede matar á un hombre,--y dándole á Emilia un feroz empuje, la desvió de sí inmediatamente.

--El doctor vió pasar por sus ojos una leve sombra, quiere apretar el gatillo de sus armas, pero ellas caen rodando por el suelo, y sus pies ceden á una fuerza irresistible que le arrastra á unos elevados pastizales.

--Dejadle, dejadle--gritó D. Agapito corriendo hácia el paraje á que aquel era arrastrado, pero al llegar: solo oyó un ronco quejido revolcándose convulsivamente el doctor en su propia sangre.

--¡Que habeis hecho! exclamó con acento de desesperacion.

--Nada-- contestó Chevengo con glacial indiferentismo desenredando el lazo de los pies de su víctima--Os estaba espiando desde aquí, y no me pareció justo que luchaseis solo con un doctor, una mujer, y dos pistolas.

--Es que no luchábamos amigo mio.

--Luego ¿qué diablos haciais?

--Que se yol... te juro que solo lo hubiese hecho por el placer de desarmarle, por lo demás, despues que le he oido, francamente.....

--Toma, ya lo sé yo, que si se le deja hablar á un doctor no se le ahorca; bien antiguo es el refran. --y á estas palabras se ha sonreido--juraría por el ánima de mi madre--continuó sonriendo--que estais creyendo inocente á vuestra esposa.

D. Agapito miró al suelo sin contestar.

--Pero inocente ó culpable, esa mujer no paga con su muerte las desgracias de este dia --y poniéndose de pié continuó--Tended hácia allá la vista y os horrorizareis de lo que pasa.

Cediendo á esta indicacion vió en efecto la heroica lucha de un cristiano con un grupo de indios, uno de los que parecia oprimir entre sus brazos el cuerpo de una mujer, tendido sobre la grupa de su caballo.

Tres silvidos hace resonar entónces D. Agapito, y tres hombres que tendidos entre los pastizales parecian apostados espresamente para dar aviso, se presentan á su vista.

Montando á caballo precipitadamente exclamó--Tu matarás á esa mujer maldita, y nosotros amigos mios; vamos á morir en la defensa de aquellos desgraciados.

--Muy bien, muy bien.

--Mientras ellos volaban mas veloces que el rayo al lugar de aquel desigual combate, Chevengo se lanzó daga en

mano hacia el paraje donde Emilia en cristiana actitud seguía orando fervorosamente al pie de un árbol.

--Parece una santa, ese demonio--dijo entre dientes, y cuanto más se aproximaba á ella, tanto más se aumentaba un extraño temblor que rápidamente invadió sus pies y brazos.

--¿Si será santa?-- balbuceó de nuevo Chevengo, á quien la hermosura y recojimiento de Emilia habían causado un extraño efecto.

Se esfuerza en continuar, pero vacila.

Fijase de nuevo, y en el tronco del árbol, un hueco, le hace parecer dibujada la imájen de una Virgen, ante la que le habían hecho rezar cuando era niño, y entónc es golpeando su frente, exclamó con cierta mezcla de duda y convicción,--por si acaso,.... no sea el diablo que despues, me llamen mata santas--y dando media vuelta, montó á caballo siguiendo sus compañeros á toda brida.

.

La lucha es, terrible.

Un solo hombre la sostiene á despecho de los que á semejanza de una rabiosa jauria le rodean.

Un *revolver* es la única arma que el desgraciado opone en su defensa y en la de aquella mujer á quien parece haber ofrecido su vida en holocausto.

Un certero disparo, hace caer de su caballo al salvaje más próximo y audaz.

Los otros retroceden.

Con una de sus manos contiene la rienda del fogoso potro en que estaba como dormida la mujer de su adora-

cion, mientras que con la otra dirige los puntos de su arma mortífera al indio que la estrecha entre sus brazos, pero aquel la hace servir de escudo.

Este tiembla y no se atreve á disparar el último tiro—Los que antes retrocedieron vuelven á él furiosos, dirigiéndole sus aguzados chuzos.

El cristiano los vé, dispara su arma, y un indio mas cae exánime resonando sobre la tierra.

Los otros contienen la furia de sus caballos ante aquel hombre que siembra entre ellos el espanto y la muerte.— Vuelven de nuevo hácia él con ímpetu irresistible, pero nuevos ginetes hacen variar la escena.

Aquel muro de lanzas dirigidas al desgraciado se abre á la intrepidez de un hombre que armado de una larga daga descarga certeras puñaladas á cuantos alcanza con su vista de águila.

El tropel continuado de los rabiosos caballos, no impide oír el destemplado clamoréo del salvaje, al caer en medio de la feroz matanza.

Tres de los nuevos combatientes, caen tambien entre el monton de indios.

No queda mas que uno, y ese era D. Agapito que con extraordinaria maestría quitó los botes de lanza que le son dirigidos, deslizándose velozmente entre la salvaje turba hiriéndolo con su daga indistintamente.

La lucha es sin embargo desigual, pero un nuevo ginete cae sobre ellos de improviso y los acomete con tal ímpetu, que hace besar á uno el polvo, al terrible cinco de su diestro caballo.

Los demas huyen espantados.

El que conservaba la mujer hace un supremo esfuerzo oprimiendo los hijares de su potro, á cuyo balancéo cae el cristiano que lo contiene.

--Salvadla, salvadla, grita desesperado el infelz,

Los dos ginetes vuelan hácia él, pero en vano....

El potro salvaje es mas veloz que el viento.

Pero no importa, Chevengo dirige al viento con calma imperturbable sus boleadoras y caen en las patas de aquel que cabritéa sintiéndose enredado.

--Es nuestro ya--dijo D. Agapito apurando la carrera.

--Ya es nuestro--repitió Chevengo blandiendo la damasquina hoja de su luciente daga.

Y ambos, hicieron espíar bien pronto al taimado y feroz salvaje sus torpes y livianos instintos.

Solo entónces, han podido fijarse en aquella mujer cuya belleza envidiarían los serafines.--La dulzura de sus ojos azules, resaltaban en la alabastrina palidez de su rostro angelical, cuyos delicados perfiles no nos atrevemos á describir.

D. Agapito y Chevengo guardaban ante ella una distancia respetuosa, pareciéndoles empañar con su varonil aliento, aquella mujer **que** creyeron celeste aparicion de una vírjen sobre un movable pedestal de flores. Tan bella era su actitud sobre el denso colchon de gramilla y trébol en que estaba apoyada.

Mientras tanto, los gritos del desgraciado que antes cayera, continuaban cada vez mas recios y cercanos, corriendo hácia allí enajenado.

Al llegar la estrechó entre sus brazos cubriéndola de abundantes y tiernas lágrimas.

--Estás libre ya Delia mía, nada temas; el cielo nos envió esos valientes para salvarte,--y dirigiéndose despues á D. Agapito y Chevengo que le contemplaban enternecidos les dijo--gracias señores, mi vida es poca cosa para ofrecérsela, pero en cambio contad con mi eterna gratitud y la de este ángel de bondad que habeis arrancado de las garras asquerosas del salvaje.

D. Agapito conoce aquella voz, lo mira: y ve que era Jorje de Leon. Mil ideas cruzan por su mente y su alma se ajita á la idea de una reparadora venganza; pero ¡oh rábia! aquella mujer es ya un obstáculo.

--¡D. Jorje! D. Jorje!--esclamó frenético y fuera de sí.

--Jorje le mira sorprendido, reconoce tambien aquella voz--¡D. Agapito! hermano mio!--y fué hácia él para abrazarle; pero aquel lo contiene.

--¡Yo, hermano vuestro!

--Sí, por que como yo fuisteis desgraciado, como yo habeis estado privado del cariño de mi padre que os ama como á mi, y que me encarga os dé siempre ese título.

--Vuestro padre ¿y quién es vuestro padre?

--D. Juan de Noel.

--¡D. Juan de Noel!!

--El desgraciado anciano cuyo destino ignoro en este momento, por que le dejé luchando brazo á brazo con los salvajes del desierto en la Rosa Colorada, donde hemos llegado hace apenas cinco dias--A estas palabras D. Jorje ocultó su rostro entre sus manos llorando como un niño.

D. Agapito abatió su frente entristecido, y despues de un momento de pausa exclamó- ¡Puede ser que sea tiempo, volemós al ausilio del mejor de mis amigos!

Sí, sí, repitió Jorje; y dirijiendose á Delia le dijo--Aquí tienes á D. Agapito Nolasco.

--Sí, señorita, el hombre maldito á quien adversa fortuna ha condenado á vagar en estas selvas, aquel á quien la sociedad arrojó de su seno desesperado por sus crueles injusticias, la víctima de una adúltera que hace pocas horas pagó bien caro sus liviandades.

--Es inocente, caballero.

--¡Inocente!

--Inocente--repitió Jorje--tenemos de ello inequívocas pruebas.

D. Agapito miró al suelo--¡Infeliz! .. pero... es ya tarde. A pocos pasos de aquí, - continuó--su cuerpo mutilado sirve de pasto á los carnívoros cuervos y caranchos.

--¡Que habeis hecho, desgraciado!

--Tarde es ya, D. Jorje, la inocencia de esa mujer cuya vida fué para mí una mezcla de ángel y demonio, lució tardía para su mal por que solo lució sobre su tumba, yo... la perdono de corazon... ¡que Dios la haya perdonado!

- -Voy á traérosla en este momento -le interrumpió Chevengo

--¿Cómo es eso?

--Como que no la hice nada, fuí á ella, rezaba; me pareció ver la vírgen en el árbol: tuve miedo, y la dejé...

--¡Un crimen menos!

--Una accion buena mas, repitió Jorje.

- ¡Salvada! — ¡salvada! exclamó Delia suplicante.

Y Chevengo desapareció satisfecho de salvar aquella mujer por quien se habia interesado instintivamente, pareciéndole momentos antes una sañta.



EFFECTOS DEL COQUETISMO.

CAPÍTULO XXV.



En minutos después, Emilia estaba entre aquellos cuya vida había acibarado mas ó menos directamente.

Las palabras delicadas y atenciosas, los conceptos tiernos y consoladores que la prodigaba Délia, no bastaban á que la cuitada abandonára

ese quietismo imponente que suele apoderarse de los desgraciados cuando tienen el corazon absorto en una vibracion activa de pesar por recuerdos dolorosos.

Ella, que momentos ántes hubiera recibido la muerte con resignacion santa, al ver allí á su antiguo amante, á su antigua rival, en cuyos semblantes estaba marcada esa serenidad que aun en los trances mas sérios de la vida refleja en los que conservan un corazon puro: ella, hubiera deseado ver abrirse la tierra á sus piés para ocultarse.

Es que su alma era presa de la mas dolorosa angustia, y en su imaginacion, se veía fotografiada con el mas negro y siniestro colorido; y como se hubieran reunido todos allí por caminos ~~diversos~~ presenciando la espiacion de sus faltas, creía traslucir en este hecho sencillo y casual, esa providencia que jamás abandona al bueno, que nunca deja impune al malo.

Imposible parece que lijerezas de niña mimada, pequeños rasgos de vanidad y coqueteria, hubieran podido producirle disgustos tan sérios, males tan trascendentales y funestos, y sin embargo, hemos podido ya juzgar que Emilia no poseía un corazon malvado.

La desgraciada habia tenido que ceder á la influencia de una educacion defectuosa, dirigida por una de esas madres escesivamente amorosas y complacientes, que concluyen por hacer de sus inocentes hijas, bellisimas máquinas solo dispuestas para los goces, ó delicados muebles destinados para reclinarsse el hombre en los momentos de plácido solaz.

¿Habia pensado acaso la madre de Emilia en predisponer el corazon de ésta, para llenar dignamente la delicada mision de esposa, y ejercer mas tarde en una sociedad cristiana el augusto y santo sacerdocio de madre?

Veamos á lo que se habian reducido, lo que ella llamaba sus asiduos y maternas cuidados.

Jamás la permitia abandonar el lecho al despertarse, sin que ántes saboreára el aromático y predilecto *mate*; nunca al salir de su gabinete, dejaba de tomar las mas **sérias** precauciones para que el sol ó el aire no empañáran su rosada y fresca tez, y sus pequenitas y pulidas manos, estaban vedadas de ejercitarse mas que en pulsar el piano, ó tejer *monadas*.

Absorvidó así una gran parte de su tiempo, el resto le alcanzaba apenas para escojer los matices que mejor ~~que~~ **cuadráran** á su tocado, con que creía deslumbrar á cuantos pasáran por su ventana en las cuatro horas diarias que destinaba para ello, ni mas ni menos que si fuese un objeto destinado á la pública exhibicion.

Con una vida tan superfluamente gastada, debilitada por la molicie mas estúpida, mimada por una madre amorosa hasta el delirio, ¿qué extraño no haber ella podido sufrir la mas pequeña contrariedad ó la mas leve indicacion de sus deberes en su nuevo estado?

Ahora tocaba la infeliz los tristes efectos de aquella escuela de ocupaciones pueriles, de continuados alhagos y contemplaciones indiscretas.

¡Triste leccion, cuanto tardial

A las peripecias del combate, á las agitaciones mezcladas de dolor y placer, consiguientes á los sucesos que **hemos** descrito, se sucedió un momento de calma y reflexion.

Délia, aquel ángel bellísimo cuya **cabellera suelta se**

tornasolaba á los rayos de luz, pareciendo guedejas de oro prendidas en su virgínea frente, se arrodilló elevando sus ojos llenos de dulce gratitud al cielo, dando al Altísimo fervorosas gracias por haberla salvado de una esclavitud tan terrible como ignominiosa.

Jorge estaba silencioso, pero sus ojos parecían querer saltarse de sus cuencas al fijarlos hácia la parte en que estaba situada la «Rosa Colorada» donde habia tenido que abandonar á su padre querido, luchando solo con los salvajes.

Don Agapito lo miraba consternado.

Emilia, nuestra pobre heroina, tenia su vista fija en el suelo, pero con un brillo opáco y agonizante.

Las emociones violentas que habia sufrido desde los sucesos de Bahía-Blanca, y la profunda conviccion que entonces tenia de su muerte en manos de un esposo á quien habia herido en su fibra mas delicada, habian robado la vida de su corazon, por que sus latidos eran lentos y apagados.

En tan lamentable postracion, se dejaba conducir maquinalmente sin que le importara nada de un porvenir lleno de amargura y vilipendio.

Cuando pasaba por su ofuscada mente la idea de una venganza sangrienta por parte de su esposo, parecia sentir ahora un interior consuelo,

Semejante á esos cuerpos que dilacerados por el dolor, desean que la vida los abandone como una trégua ó un descanso, asi tambien Emilia creia que con una espia-

cion horrible, disiparía en algo el ódio que debía encerrar el corazón de su esposo.

¡Ella deseaba la muerte! como si la vida no fuese ya un documento intachable, de ese pago que aunque sin plazo fijo, tiene que realizar la pobre humanidad forzosamente.

El silencio fué interrumpido por Jorge que no podía resistir á la duda y al deseo de saber de su padre querido, cuya memoria absorbía en ese momento toda su alma.

-Ea, señores, es ya tiempo de marchar.

-Marchemos, repitió Don Agapito, haciendo una señal á Chevengo que habia preparado los caballos.

Momentos despues, los ginetes todos, se dirigian á la «Rosa Colorada» con lento paso, igual á esos acompañamientos fúnebres rodeados de una pompa estudiada para producir una impresion de tristeza que no pudo efectuar la muerte del mismo á quien acompañan.

Y era fúnebre en efecto la marcha que habian emprendido, porque en la larga estension que iban recorriendo, estaban marcadas las huellas sangrientas de la invasion bárbara.

Mutilados cadáveres se hallaban en todas direcciones, y aquellas cabañas blanqueadas que antes formaban el mas bello ornato del paisage, estaban reducidas á un monton de cenizas, contribuyendo ahora con sus negruzcas y derruidas paredes, á dar un aspecto mas sombrío á ese panorama de muerte.

El sol, próximo á sumergirse en occidente, arrojaba

de su disco una luz rojiza con que tñía el paisaje siniestramente, pareciendo un lago inmenso de sangre.

Diríase que la naturaleza entera participaba de los tristes sucesos de esos días, porque todo era lóbrego, sombrío, imponente.

A medida que el sol iba desapareciendo, negros y oscuros nubarrones encapotaban el cielo, y un cuadro no menos horroroso, se presentaba á la vista de nuestros preocupados y tristes viajeros.

La luz aterradora de las llamas, que cual mónstruo voráz se extendía destruyendo cuanto alcanzaba con sus mil brazos de fuego; hacía crispár los cabellos del mismo Chevengo, que estaba acostumbrado á esas escenas de horror sublime.

Así continuaron marchando toda la noche silenciosos y meditabundos, y el paso ya acelerado ó ya lento de sus caballos, era lo único que interrumpía la quietud solemne que hacía percibir de cuando en cuando los chasquidos que las ondeantes y ligeras llamas despedían.

El alba apareció por fin, anunciando al nuevo día la proximidad del sol, y los objetos fueron presentando á la vista de todos sus diversas formas.

Chevengo apuró el paso de su caballo hácia el de don Agapito, diciéndole algunas palabras al oído, y parando ambos sus caballos, fijó el último su vista en un objeto cereano, y como si fatales reminiscencias le asaltáran en aquel momento; golpeó su frente desesperado, exhalando un contenido y prolongado ¡ay!

Jorge miró también hácia allí, y vió que el objeto

que se dibujaba, era un bosque inmenso de sauces y álamos, de cuyo eentro salia una gigante columna de negro humo remolineándose al soplo de un vientecillo fresco y embalsamado.

Don Agapito quiso hacer alto allí, pero Jorge, que no podia contener su impaciente ansiedad, grito:- adelantef adelantef-- á cuyas palabras tuvieron mágicamente que seguirle todos.

Mientras continuaban su ruta, el sol iba apareciendo triste y magestuoso, y su amarillenta luz, aumentaba el desconsuelo que encerraba el corazón de todos.

Sus primeros rayos iluminaron aquel bosque, que al recibir la luz solar, parecía de bronce oscuro.

--«¡La Rosa Colorada!» gritó con doloroso acento Jorge.

Y era en efecto «La Rosa Colorada,» pero sus pobiasiones habian desaparecido en el general incendio.

Tremulo, pálido, despavorido, Jorge se arrojó precipitadamente en el patio al momento de llegar, y recorrió con la velocidad del rayo los rincones todos, hasta los mas ocultos de aquella poblacion, cuyos restos servian aun de pávulo á la ardiente hoguera.

--¡Padre! ¡Querido padre! ¡Padre desgraciado! exclamó con voz atronadora.

--¡Padre mio! . . . ¡Padre mio! . . . ¡Querido padre mio! . . . gritó de nuevo desesperado, llorando como un niño, y al oprimir con ambas manos las sienes de su abrasada frente, cayó sin sentido.

Sus dolorosas exclamaciones se perdieron en el espacio.

Nadie contestaba.

El infortunado don Juan no existía allí. . .

Solo Délia le seguía por todas partes como la sombra al cuerpo, y por eso al caer Jorge sin sentido, encontró un regazo donde apoyar su cabeza desvanecida; lágrimas abundantes con que neutralizar el ardor de su frente de fuego; palabras llenas de unción con que mitigar el dolor de su desgarrado corazón; consuelo que solo le es dado prodigar á ese destello del cielo. . . ¡La muger! . . . cuando á semejanza de nuestra Delia, la brillantéz diamantina de su alma se ostenta sin una leve mancha que la oscurezca, sin el mas pequeño reproche que la perturbe!

--¡Ha muerto!... ha muerto por defendernos, Delia mia, ¡ya no existe! el corazón me lo anuncia; le veo allí con su honrado rostro que nos mira, que se sonríe, si... allí... que nos llama con tierno afecto, que extiende sus brazos para abrazarnos. . . le estoy viendo,---.... ¡Padre! ¡Padre mio!---gritaba de nuevo Jorge señalando al cielo, y nuevas lágrimas se confundían con las de aquel ángel de ternura, cuyos ojos azules elevados también al cielo, parecían implorar un consuelo para su afligido Jorge; consuelo de que ella misma carecía.

Don Agapito estaba consternado, y sus gruesas lágrimas harían estremecer al que comprendiéndolas, dedujera la agitación de aquella alma de fierro, templada en los riesgos y en las tormentas.

Una idea luminosa, vino sin embargo á auxiliarle en

aquel momento que entregados todos á un dolor acerbo, solo encontraban lágrimas para ahogarle.

Acercándose á Chevengo, balbuceó unas pocas palabras que aquel comprendió en el acto, porque montando á caballo, le aseguraba llenar sus órdenes estrictamente.

--Muerto ó vivo, aquí ó en el toldero, tráelo, *campesino*, él no puede estar muy distante, . . . estaba á pié, y... con qué ya sabes, muerto ó vivo; ¡quiero verlo!

--Estad tranquilo,--contestó Chevengo desapareciendo.

Solo despues de efectuada esta operacion, se fijó don Agapito en Emilia, que á una pequeña distancia de los demás, esto es, á orillas del bosque que rodeaba la Rosa Colorada donde quedára abandonada de todos, estaba arrodillada articulando algunas palabras que no sabrían distinguirse de una queja ó una oracion.

Su alma pasaba por una de esas situaciones angustiosas y terribles. . . su corazon no latía á impulsos de sensacion alguna, por que su sensibilidad, su vida toda, parecia sufrir una crisis suprema, una transicion.

Pálida. . . desencajado el rostro . . . hundidos en sus órbitas los ojos, sus pupilas estaban sin embargo fijas y dilatadas por el intenso dolor.

Don Agapito tendió hácia ella la vista con una de esas miradas de indefinida expresion, mezcla de lastima y horror, de compasion y desprecio.

Pero sus labios no articularon una sola palabra.

Desapareciendo despues de su lado, pasó á cambiarse el repugnante traje que por la necesidad de asimilarse á los hijos del desierto se habia visto forzado á usar entre ellos.

Algunos momentos despues, volvió á donde estaba Emilia pero con la misma imponente gravedad, con su habitual silencio, y cruzando los brazos fijó de nuevo sus ojos en ella, moviendo pausadamente la cabeza.

Emilia se encorvó un poco, por que en esa actitud de su esposo veía un mudo y duro reproche que no le era posible resistir. Una nueva emocion desconocida para ella hasta entonces, le embargó todos sus sentidos. . . . sus rodillas tambalearon. . . . se esfuerza: pero su cabeza al fin cede al peso enorme que sufría y. . . . cayó sin sentido. . . .

D. Agapito la toma entre sus robustos brazos y conduciéndola á una pequeña glorieta formada de enredaderas en el centro del bosque, la colocó sobre un monton de gramilla que habia cubierto con una de las jergas de su *apero*.

Emilia continuaba pálida é inanimada.

D. Agapito la contemplaba creyendo que habia pasado para ella el momento postrero de la vida, y cediendo instintivamente á un impulso de su leal corazon, imprimió en su helada frente un amoroso y ardiente beso.

Algunos instantes despues, Emilia tuvo un pequeño estremecimiento, y á la palidez de sus lábios se sucedió un leve tinte de color carmin, su rostro todo, pareció animarse mas; y al abrir sus ojos y encontrar los de su esposo que le miraba con la mas dulce espresion de ternura, una reaccion rápida se pronunció en ella, que con desesperante ansiedad, ébria de pasion y como enajenada se incorporó abrazándole con frenesi, esclamando.

¡Perdon! . . . ¡Perdon, esposo mio!! . . .

D. Agapito comprendió entonces cuanto sufría aquélla desgraciada y cuán sincero era su arrepentimiento, y sin poder contener sus lágrimas le contestó.--Señora, si vuestro corazón ha podido hundirse en el fango, si me habeis despreciado como á un miserable, si me odiasteis hasta el extremo de intentar cruelmente contra mi vida tratándome como un vil asesino, al menos conserváteis puro mi nombre y. . . . eso me basta, señora. . . . ¿qué más puede exigir el gaucho? ¿merece tanto el que no sabe ocultar con ampulosas frases la vileza de su alma ¿á qué consideraciones, con el que no frecuenta el teatro, que no sabe emplear engañosas palabras en el estrado, ni es elegante? . . . Señora, yo os perdono sinceramente, procuraré olvidar vuestros pasados errores.

--¡Alma generosa! corazón honrado y leal á quien el mío en su vanidad no supo comprender. . . ¡gracias! . . ¡Yo soy indigna de tí, esposo mío! . . . tu perdón me lo prueba. . . ¿había yo creído acaso, alcanzarlo nunca? . . ¡Gracias, gracias, Dios mío!

Y las lágrimas ahogaban á Emilia que oprimía entre sus brazos á D. Agapito con el sincero arrepentimiento del hijo pródigo al tierno y amoroso padre, con el ardor frenético del náufrago la tabla salvadora.

A los lamentos de Emilia, á sus exclamaciones dolorosas y tocantes, se presentaron Delia y Jorje á quienes no podía ser indiferente la suerte de sus compañeros de infortunio.

--¡venid todos á presenciar mi redención, también á vosotros debo graves ultrajes, pesares inmensos cuyo re-

cuerdo despedazan mi corazón, . . . ¡Jorjel . . . yo te he envuelto en la desesperación, te coloqué al borde del sepulcro, y en tan terrible situación ¡mi alma no se despedazaba! mi vanidad de mujer hacia por el contrario columpiar expansivo este corazón que las mil diversas sensaciones diarias habían embotado para los sentimientos delicados; pero el cielo premió tu amoroso afán enviándote ese ángel de ternura que forma la delicia de tu vida, ese ángel á quien he odiado y á quien hubiera envuelto en mis siniestros planes porque sentía avivarse en mí, la Pama del deseo, no del amor, pues yo . . . ¡ay! . . . ¡ni sé, si á mis buenos padres amaba entonces! . . . Aturdida por la embriagadora adulación de cuantos me rodeaban, mis mas frívolos deseos quería que fuesen terminantes órdenes, la mas leve contrariedad en mis actos, era para mí un imperdonable crimen, y por eso . . . ¡ay! . . . he llenado vuestros mejores días de amarga hiel. . . ¡perdon! ¡perdon! . . .

Y juntas las manos, trémula, balbuciente, ronca la voz por las emociones dolorosas de su corazón angustiado, y derramando copiosas lágrimas: Emilia continuaba implorando: ¡oh! perdonadme. . . perdonadme todos. . . Jorge, Delia, esposo mio. . . perdonad á la que en sus elucubraciones no hubiera sentido vuestra muerte. . . ¿qué digo? . . . ¡La he deseado! . . . perdonadme. . . ¡no comprendía los deberes de mi nuevo estado! . . . ¡ignoraba la misión de la mujer! . . . Hacía consistir la felicidad de mi vida en contar los eslabones de esa cadena de amorosos triunfos que fascinan y arrebatan á las que como yo pertenecen á una escuela sensualista, pero que se truecan des-

pues en punzantes espinas haciendo de nuestra existencia un mar de amargura inmenso, en el que nos es forzoso zozobrar al fin, y feliz de la que al hundirse en su insondable abismo, el recuerdo de alguna víctima inócete no perturbe sus últimos momentos....¡Madre querida!....¡Padre de mi corazón!...¡Ved á la única causante de vuestros pesares...de vuestra muerte....

Estas últimas palabras no pudo casi articularlas, por que su voz parecía ahogársele en la garganta que demasiado estrecha quizá para dar paso al inmenso dolor que los remordimientos produce, hizo trocar los sollozos de la desgraciada en una especie de hipo extraño que aumentaba sus padecimientos horriblemente.

D. Agapito corrió á sostenerla entre sus brazos por que comprendió instintivamente que su esposa se ahogaba.

Delia, que para todos encontraba palabras llenas de dulce consuelo, oprimió cariñosamente una mano de Emilia entre las suyas diciendole con los ojos bañados en lágrimas--¡Emilia! amiga mia, no así os entregueis á los desagradables recuerdos, tiempo es que penseis en un porvenir mas venturoso, ahora sabeis ya que para nosotras no hay felicidad posible fuera de la familia, y que ni nos es licito siquiera buscarla mas allá del círculo fijado al hogar doméstico, por que la familia y su hogar, son nuestro imperio y á nosotras incumbe la elevada mision de hacer jerminal allí, la virtud, el amor, y como consecuencia inmediata, la paz y la dicha. Pensad tan solo en que á los dias de agitacion por que habeis pasado, se suceda la calma, recordad que á vuestro esposo le son menester el repo-

so del espíritu demasiado ajitado ya, los alhagos de la familia, la quietud del hogar donde debeis ser felices ambos.

Emilia llevó las manos de Delia á sus labios imprimiendo en ellas un espresivo beso cubriéndolas despues de lágrimas llenas de sincera gratitud, pero siu poder articular una sola palabra por que el hipo continuaba cada vez mas recio y repetido, despedazándola el pecho.

D. Agapito seguia silencioso y su rostro contraido, indicaba la compasion que á su alma arrancaba aquella mujer que demasiado lijera ó imprudente se habia desviado de la senda trazada por el deber en un momento de irreflexion, pretestando un ultraje que con esplicaciones honorables, con la satisfaccion á que estaba entonces dispuesto, se hubiera disipado con la facilidad que el sol disipa la pasajera nube.

Jorge estaba frente á Emilia y con su vista parecia devorar los mas leves movimientos de aquella, que juntas las manos, tendida sobre el improvisado colchon, y reclinada su hermosa cabeza de ojos y cabellos de ébano sobre el pecho de D. Agapito, continuaba convulsiva y suplicante, escitando la sensibilidad de todos, y especialmente las fibras delicadas del corazon de Jorje que si en su amada Delia veia un ángel puro y perfecto, en Emilia creia traslucir un ángel caido, uno de esos bellos demonios con el poder magnético de atraer nuestro corazon, una mujer en fin, que aun con la conciencia de su perfidia, de su doblez, nos vemos arrastrados hácia ella forzosamente.

Jorje vió en esa mirada lánguida y desfalleciente, refractarse el pesar agudo de Emilia, la súplica mas tierna

y dolorosa de su corazón á la que no pudo resistir el suyo, y bajando los ojos para disimular las lágrimas que de ellos se desprendían, le dijo--Vos no nacisteis para el mal, y por eso habeis retrocedido espantada de los desvíos en que os hizo incurrir la inesperienza de niña; pero ahora que os presentais purificada por el martirio, sois digna del amor de vuestro esposo, del cariño de todos, creedlo señora: todos os amamos, todos deseamos veros feliz.... ¿no pagásteis con usura vuestros desaciertos?....

--Sí, sí amigos míos, con usura pagué mi error, el corazón que no sufre en él... ¡desgraciado!... carece de sensibilidad, de vida, y ¿cuáles pueden ser sus goces? ¿hay acaso felicidad para un cadáver?.... ¡Compañeras en sexo!... bellisima mitad del humano linaje, no materialiceis vuestro corazón, alejad de él la vanidad, la falsía, el egoismo, que ahogan todos los sentimientos delicados con que nos engalanó pródiga la naturaleza... ¡Delia! amiga mia, vuestros pesares son el resultado de mis lijerezas que debieron desvanecerse como las nubes tormentosas de la atmósfera tropical, pero que cuando llegan á perturbar la armonía indispensable de nuestro estado; somos siempre la víctima del huracán que desafiamos imprudentes... mis lágrimas, las vuestras... ¡ay!... no son sino los tristes "EFECTOS DEL COQUETISMO"....

Emilia no pudo continuar.

Una palidez mortal cubrió su frente sacudida por continuadas convulsiones, sus brazos oprimieron con mas fuerza el cuerpo del esposo en que estaba apoyada, al hipo, se siguió un ronquido extraño, sus ojos hundidos en un círculo amoratado, jiraron con dificultad hácia su esposo que estaba bañado en lágrimas, quiso decir algo, pero no pudo.... sus labios estaban yertos....

--¡Emilia!--¡Emilia!--esclamaron á una voz D. Agapito y Delia.

--¡Emilia!--repitió Jorje al ver que la cabeza de la desgraciada se blandecía desprendiéndose de su esposito.

Pero Emilia no contestaba por que su alma acababa de volar á una mejor rejion, á la rejion de los mártires.

La desgraciada habia muerto.



PERDON!... ¡PERDON, ESPOSO MIO!...

EPILOGO.

Hace ya muchos siglos que una de las mas bellas regiones de España, sacrificó su independencia que la hiciera rica y feliz, en aras de la Nacionalidad gloriosa, que á un tiempo mismo que sacudía el Agareno yugo, arrancaba del seno de las aguas un mundo nuevo para sellar en él con jenerosa sangre, cien diversos imperios, á quienes dió las costumbres caballerescas de su época, su rico idioma y relijion civilizadora.

Aquella region poética y deslumbrante para el viajero que contemple la elevacion de sus montañas siempre verdes y majestuosas, coronadas de *castros*, sus fértiles y estensos valles, sus vertientes soberbias de variadas aguas, ha sido siempre la primera en los sacrificios que el espíritu guerrero de los pasados tiempos exijia, para contener la fuerza brutal, única razon que decidia entónces los destinos del mundo.

¡Pobre patria de Feijóo y de Cernadas!

Vanos fueron tus nobles sacrificios.

Para tí no hubo fueros ni franquicias, no hubo libertades, jamás un asiento te fué ofrecido en el ~~benigno~~ sagrado de la Patria.

Esclava envilecida de esa misma nacionalidad que tú has formado, tus leales hijos tienen aún hoy que abandonar con lágrimas degarradoras, las banquedadas chozas de sus poéticas montañas, el modesto santuario de sus aldeas, para buscar un pan con que nutrir sus fuerzas debilitadas por el trabajo, cuyo fruto no bastó nunca á saciar la voracidad de esa raza infame de nobles que has producido para tu mal, ostentando blasones por tu larga y penosa agonia, tu atraso y ruina.

¡Desventurada Galicial!

No basta á tus hijos su acrisolada y proverbial honradez, su amor al trabajo que forma la aureola mas brillante de los pueblos modernos, no basta su adhesion constante á esa nacionalidad que has formado ¡pobre patria mia! á esa nacionalidad cuyo primero y mas formidable eslabon fuiste tú.

No: para ellos no hay mas que desdenes, desprecios y sarcasmos, pero tantos: que atravesando los mares, vienen á herir torpe y villanamente á tus sencillos y leales hijos, por mas que habiten en apartadas regiones, en opuestos hemisferios.

Y eso: es apurar demasiado los sufrimientos de un pueblo.

No siempre se pueden despreciar las preocupaciones vulgares de la ^{041 21.} ignorancia.

Economiza tu sangre ¡madre mia! no mas la viertas para radicar las reformas y las instituciones liberales, que si enaltecen á la península en cuyo centro estas como en-

clavada siendo su mas fuerte baluarte, tú: solo recojes de los déspotas promesas y desengaños.

Y sinó ¿qué han hecho por tí? ¿por tu engrandecimiento qué hacen?.....

¡Oh! no desempeñes por mas tiempo el triste rol de la pobre Irlanda, por que tu historia es mas brillante que la de Escocia segun la espresion de uno de tus mas preclaros hijos (1)

Sacude la inercia jamada patria!

Que en tus montañas y valles resuene el eco de tu justa indignacion recordando la potente voz de la altiva y antigua «Calaica» sinó para pulverizar tu misma obra, al menos para que tus estúpidos tiranos tiemblen al ver en tu luciente escudo de armas el mote de «Dios y el Pueblo.»

Por que solo Dios y el pueblo deben ser los árbitros del Mundo.



Henchido de ardor patrio, rodeado de los objetos suspirados de su alma, el corazon del anciano D. Juan de Noel radiante de alegria, ébrio de felicidad, se ajitaba expansivo al respirar de nuevo el aire puro y vivificante de la Patria.

(1) D. Benito Vicetto.

Cinco años despues de los sucesos descritos en el **capitulo anterior**, esto es: en 1860 y en una de esas risueñas tardes de Julio en que el pintor mas inspirado seria incapaz de trasladar al lienzo el brillante colorido de ese cielo puro de la bella suiza española llamada Galicia, á quien acarician dos Oceanos; D. Juan señalaba con las esplicaciones mas minuciosas las colosales y atrevidas obras del Arsenal de Ferrol, terminado en el Reinado de Carlos III con asombro de todos, por la magnificencia y solidez de ese departamento Naval basada en el fondo de las aguas.

Sus reparticiones admirables, sus diversos obradores de máquinas perfeccionadas por el genio creador de *Antelo*, los talleres de escultura, pintura, de instrumentos náuticos, los diques, las distintas gradas de construccion, con la sorprendente dársena que avanzando hácia el puerto parece contenerlo entre sus dos colosales brazos de *sillería*, llamaba la atencion de los nuevos visitantes, que en cada objeto, hallaban un motivo de curiosidad que satisfacía cumplidamente el venerable Cicerone.

Si la vista de ese primer arsenal de España, el único quizá de Europa donde han podido construirse á un tiempo doce magníficos navios de línea, les llenaba de grata sorpresa; ésta se aumentaba al ver reunidos en ese foco de actividad y trabajo, seis mil operarios sin que el orden mas perfecto fuese jamás interrumpido.

D. Juan conducia de la mano un niño cuya semejanza á él era admirable, no bastando á variarla ni los ojos azules y anjelicales de aquel, ni sus cabellos que parecian bucles de oro bruñido.

A la izquierda de D. Juan marchaba D. Agapito reflexivo y grave.

Tras ellos iban Delia y Jorge placenteros y risueños al ver los estremosos cuidados que el viejo abuelo prodigaba á ese hijo querido, que miraron desde el momento de nacer, como al precursor de una felicidad no interrumpida.

Al llegar todos al puerto por uno de los malecones de la gran dársena, un magnífico panorama se presentó á su vista.

Los últimos rayos del sol doraban ese inmenso caudal de agua que se estiende desde el Cabo de *Priouriño* hasta *Juvia*, interponiéndose entre *Mugardos* y la *Graña*, y las pintorescas aldeas que lo circundan, parecian agruparse á contemplar el bellissimo espectáculo de la caída del sol, especialmente «*Cervaz*» que desde una de las mas elevadas colinas que rodean la *Ria*, dominaba con sus blanqueadas casas aquel poético paisaje embellecido por la vívida luz de una hermosísima tarde de estío.

Entre las innumerables embarcaciones que en opuestas direcciones surcaban el espacioso puerto, hacíase notar un soberbio vapor que al aproximarse, dejaba impresa por la popa sobre las tranquilas y mansas aguas, un surco espumante, producido por la lijereza con que le impelian las poderosas ruedas de sus costados.

--¿Me diríais que vapor es ese, buen hombre?-- preguntó D. Juan á uno de los muchos marineros que pasaban en ese momento.

--Es de esta matrícula señor:--contestóle, respetuosamente el marinero--viene de Lisboa--continuó--y debe conducir la mala de América.

ALGUNAS horas despues de la agradable escursion hecha á los malecones de la gran dársena, se retiraban todos lisonjeados del proyecto que habian formado de pasar la próxima estacion de invierno en Andalucía.

Llegaban apenas frente à la Casa Consistorial desde la cual se distinguia la magnifica de tres pisos que les sirve de habitacion, y notaron que en la puerta que dá entrada á la servidumbre, pasaba algo de extraño por la agitacion que habia.

Al verlos, corrieron todos hácia estos apresuradamente, y los que formaban el bullicioso grupo, parecian disputarse el honor de dar á su amabilísima patrona una grata nueva.

--¡Albricias! ¡albricias, señora! exclamó uno.

--¿Y por qué, amigos míos? preguntó Delia con la esquisita y peculiar suavidad que la distinguia.

--¡Cartas de América! exclamó de nuevo el criado presentando respetuosamente la que acababan de entregarle de la estafeta.

--¡Gracias! mil gracias amigo mio, nunca pedías darme mas agradable sorpresa,--contestó Delia palitante de gozo al ver la letra del sobre, que conoció ser de su hermano querido.

Algunos momentos despues, la rodeaban todos para oír la lectura de aquella carta cuyo contenido no es justo ocultemos á nuestros lectores.

Decía así.

«Hermanos míos:»

«Permitid que en esta ocasion comience por mi, participándoos que Maria se ha empeñado en ayudarme á pasar los dias de tédio que me causa vuestra ausencia-

« ¡Nos hemos desposado!...

« Vuestros negocios marchan bien.

« Chevengo, es admirable para administrar un establecimiento de campo.

« El Dr. Manzano, á quien hemos creído muerto, lo he visto bajo los portales del *Cabildo*, y me encarga os amenace seriamente con la *prensa*, si dais publicidad á alguna de sus pasadas peripécias.

« A nuestro querido Nolasco, le direis que aquella Juana á quien dejó poco galantemente ligada en Bahía Blanca, tuvo á bien conceder su rolliza mano á un sargento de aquella guarnicion; siendo hoy por consiguiente una figura espectral de campamento.

« Adios, pues: y esperad pronto en esa con su juguetona consorte, á vuestro hermano.

«ARMINDO.»

Buenos Aires Mayo.

FIN DEL EPILOGO.

Sr. D. Ramon Borrás.

Estimado amigo mio:

Le prometí unos artículos bosquejando algunos tipos de este país

Escritos los primeros artículos, varié de pensamiento ligándolos entre sí, para formar algo.

No sé si lo he conseguido, pero tal cuales son, se los dedica como una prueba de sincera amistad.

R. el Mujiense.

Sr. D.....

Estimado amigo:

He leído con el mayor placer los artículos que se sirve dedicarme, y sin querer entrar á juzgar de su mérito, para lo que me declaro incompetente, puedo asegurarle que me han agradado, y *tal cuales son*, no estrañe verlos publicados algun día.

Agosto 10 de 1862.

RAMON BORRÁS.

ÍNDICE.

Introduccion	3
Capítulo 1 Pesares y Placeres	9
« 2 Reconvencion oportuna	13
« 3 Hastio y celos	18
« 4 Dificultad vencida,	21
« 5 Consuelo y esperanza.	26
« 6 Tardío arrepentimiento	30
« 7 El Rompimiento	35
« 8 El Hogar Paterno.	40
« 9 Delia	44
« 10 El Dr. Manzano	49
« 11 En la Quinta	55
« 12 Al fin....¡Gallego!.	60
« 13 Un mal dia	68
« 14 Los dos hermanos.	77
« 15 Escena Oscura,	85
« 16 La Esquina de Perez.	96
« 17 Lealtad ejemplar	107
« 18 La Partida	117
« 19 Revelaciones	124
« 20 Una Invasion	134
« 21 Felicidad	145
« 22 Presentimientos	154
« 23 Sorpresa y Rapto	159
« 24 El 10 de Noviembre	167
« 25 Efectos del Coquetismo	181
Epilogo.	197

ERRATAS MAS NOTABLES.

<u>Pág.</u>	<u>Line.</u>	<u>Donde dice</u>	<u>Léase</u>
7	22	un nombre	su nombre
10	17	número 83	número 209
14	12	de la del que	del que
18	1	Astio y celos	Hastio y celos
22	23	preferir con	preferir casi
23	6	á riesgo	eu riesgo
"	8	negocio es	negoció será
64	2	un herido	su herido
47	8	aquella de la	de la
53	26	se decía	se dice
61	11	disformidad	defórmidad
60	1	lascitod	lascitud
70	13	de D. Agapito	de aquel
74	15	para	por
79	6	ahí por	por ahí
89	12	care	caréy
00	26	ya era	y era
94	8	continuarne	contestarme
103	15	ha de ver	ha de ser
123	3	quien oprimió	la que oprimió
126	11	relatar	relatasos
130	20	poesía	poseía
120	8	dos è tres	dos y tres
162	20	jndispensable	indisputable
163	8	tratar	tratára
168	8	en esos	esos
188	19	abrazarnos	estrecharnos
191	2	desgraciada	desaventurada



